



Reinaldo Sapag Chain

Mi Amigo, el Cardenal



EDICIONES COPYGRAPH LTDA.

069487

Diseño de portada: Claudio Sapag

Fotografía: Antonio Larrea

Digitación: Lorena Ahumada

Diagramación y composición: Claudio Sapag

Primera edición

Inscripción N° 95720 / 1996

Con las debidas licencias

I.S.B.N. 956-7119

© Mi Amigo, el Cardenal

© Ediciones Copygraph

Rafael Cañas 270, Providencia

Fono: 2359720 Fax: 2352616

Santiago, Chile

Impresor: Salesianos S.A.

Bulnes 19, Santiago de Chile

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 1996

INDICE

	PRESENTACION	7
	PREFACIO	9
I	MI AMIGO, EL CARDENAL	11
II	EL PRIMER ENCUENTRO	19
III	EL SEGUNDO ENCUENTRO	27
IV	EL TERCER ENCUENTRO	39
V	LA MESA DEL SEÑOR CARDENAL	45
VI	LA FAMILIA FREI	57
VII	EL GOLPE MILITAR	71
VIII	LA SALIDA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA	79
IX	DON RAUL SUSPENDE SU CARGO DE GRAN CANCELLER	93
X	EL VINO EN LA VIDA DE DON RAUL	103
XI	LA CASA DE TALAGANTE	115
XII	UN DOLOR QUE ME ACOMPAÑA	125
XIII	LOS VIAJES DE DON RAUL	133
XIV	PUNTA ARENAS Y EL PADRE OBISPO	143
XV	LA FAMILIA DE DON RAUL	153
XVI	LA PATENTE DIPLOMATICA	167
XVII	EL PADRE JUAN BAGA	177
XVIII	LOS 111	187
XIX	LAS MUJERES Y HOMBRES DE TRABAJO	195
XX	MIS BODAS DE PLATA	203
XXI	EL "VISERA SILVA"	211
XXII	PUNTA DE TRALCA AGRADECIMIENTOS	219 235



PRESENTACION

“Mi amigo”. Mucha fuerza tienen en sí estas dos palabras, cuando son dichas de verdad, con conciencia clara y se hacen públicas en un escrito.

Y así ha debido ser. La amistad es un tesoro.

Se puede afirmar que la amistad verdadera permanece y perdura por siempre. Y cuando el espacio nos separa de nuestros amigos, la amistad verdadera se conserva como brasa encendida en lo profundo del alma.

Así le acontece al autor de “Mi amigo, el Cardenal”. Durante un viaje a Europa, en compañía de su esposa Silvia y su hija Verónica, Reinaldo Sapag, cada tarde o noche después de haber admirado las bellezas de las grandes ciudades y de haber compartido con sus amigos alemanes, Günther y Friedl, siente la necesidad de transcribir sus vivencias con el señor Cardenal.

Por eso, mientras descansa del ajetreo del día, del ir de una parte a otra correteando plazas y catedrales, navegando por plácidos ríos de la sin par Europa, su amigo el Cardenal Raúl Silva Henríquez aflora a su memoria.

Es entonces cuando da rienda suelta a sus recuerdos, plasmando aquellos hechos de su vida con don Raúl. En todos ellos se percibe la simpatía y el gracejo del señor Cardenal.

Son hechos amenos, que nos hacen gozar con sus puntas de agudeza y sabiduría de chileno de pura cepa.

En cierto aspecto, es también una hermosa descripción del perfil de la personalidad de un Cardenal, tan humano y cercano al hombre y al mundo, pero destacando de modo especial la sonrisa del alma de quien tantas veces hubo de aparecer con un rostro más enérgico.

Son capítulos que se leen de un tirón. Y yo afirmarí, -me ha sucedido-, que cuesta trabajo dejar el libro sin terminar del todo su lectura.

Junto al deleite que se experimenta al conocer tantos simpáticos hechos de la vida del señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, confieso que ha crecido mi aprecio y amor a tan eximio Pastor de la Iglesia de Chile.

No podías no acordarte, Reinaldo, de tu amigo, el Cardenal. Tu te honras con llamarle así, porque así lo vives y experimentas.

Yo sólo te puedo asegurar que, durante los tres años que he permanecido junto a don Raúl en su casa de calle Los Pescadores, el señor Cardenal, siempre que te recordábamos, te llamaba "mi amigo, Reinaldo".

ANTONIO HIDALGO DE LOS SANTOS. SDB

PREFACIO

A pesar de nuestra diferencia de edad, 32 años, fuimos cimentando una amistad verdadera y duradera.

Amistad que nació en 1972 cuando ocupé el cargo de Director General de la Vicerrectoría Económica de la Universidad Católica de Chile y él era su Gran Canciller.

Yo le abrí mi corazón y él me abrió el suyo, en jornadas irrepetibles de confianza mutua. Siempre estaba atento a mis solicitudes, muchas veces las intuía y actuaba silenciosamente. Sí, verdaderamente sentí su amistad, la sentí en lo más profundo de mi corazón y es por eso que, a pesar de los 32 años de diferencia, debo confesar que nos hicimos realmente amigos.

A principios del año 1995, visitándolo en su casa de Los Pescadores, me tomó mi mano derecha en medio de las suyas y acariciándome me dijo: “más de veinte años que hemos sido amigos, yo te he querido mucho y tú me has querido a mí, nos hemos acompañado y amado tanto”. Afloraron las lágrimas. Después de un rato, pasada la emoción, le dije: “¡Cómo no haberlo querido tanto, señor Cardenal, si usted ha sido un amigo tan leal, tan generoso y tan querido, al cual le debo tanto!”. Y él respondió diciendo: “Dios quiso que nos conociéramos, que nos quisiéramos y que trabajáramos juntos en tantas jornadas, algunas de alegría y otras no tanto”.

Este libro se comenzó a escribir en Europa en junio de 1993. Posteriormente lo retomaba de vez en cuando y así, poco a poco se fueron estructurando las distintas historias que lo contienen. Me quedan aún muchas anécdotas adicionales por relatar, lo que espero hacer más adelante en una segunda parte, si el tiempo me lo permite.

Este libro relata, con ciertas licencias, algunas de esas “jornadas de alegría y otras de no tanta”.

REINALDO SAPAG CHAIN

I
MI AMIGO, EL CARDENAL



Comienzo a escribir este anecdotario en la ciudad de Córdoba, España, a fines de junio de 1993. Tres días atrás, el viernes 25 de ese mes, pasé a visitar a mi amigo el Cardenal Raúl Silva Henríquez en su residencia de calle Los Pescadores, en la comuna de Ñuñoa. En verdad más bien fui a despedirme, ya que esa misma tarde partiría a España para una corta estadía de tres días en Andalucía y posteriormente, junto a mi esposa Silvia y mi hija Verónica de 24 años, dirigimos a Alemania para recorrer junto a mi buen amigo Günther Spaett y su esposa algunos países de Europa del Este. Regresaríamos a Santiago el 21 de julio.

El señor Cardenal se encontraba convaleciente de una grave neumonitis que a su edad, próximo a cumplir 86 años el 26 de septiembre, lo había dejado al borde de la muerte. Incluso, el viernes 28 de mayo, los padres Salesianos Gustavo Ferraris y Antonio Hidalgo habían temido seriamente por su vida. Estos dos sacerdotes han sido los que han estado más cerca del señor Cardenal en el último tiempo. Ambos, de caracteres muy distintos, tienen en común un gran respeto y un cariño entrañable para con don Raúl.

El padre Gustavo, a pesar de los múltiples compromisos que le exigen hasta el último minuto de su tiempo, siempre encuentra la fórmula que hace posible que el señor Cardenal disponga de compañía. Gran sacerdote el padre Gustavo, a quien tantos chilenos le debemos mucho por su impresionante labor en favor de los matrimonios, la juventud, las comunica-

ciones, la congregación, y tantas obras de bien y de amor que llevan su sello inconfundible. Durante los días de semana alojaba en la casa de Los Pescadores, quedándose hasta la mañana siguiente para acompañar a don Raúl en la misa diaria que se efectúa en la pequeña y acogedora capilla de la casa.

El Padre Antonio Hidalgo, de unos 65 años, había llegado a Chile el año 1986 desde su querida y hermosa Sevilla. Ahora, que me encuentro en las tierras de Andalucía, su recuerdo ha estado muy cercano. Incluso, en un primer momento pensamos haber viajado también a esa ciudad donde él había ocupado el cargo de padre inspector durante seis años. La Congregación Salesiana tiene dividido el país en siete inspectorías, una de ellas con sede en Sevilla. Terminado su período se le solicitó su venida a Chile, donde se desempeña como formador de novicios en el complejo salesiano que la Congregación posee en Lo Cañas. A diferencia del activismo sin fin del italiano Padre Ferraris, el español Padre Hidalgo demuestra una tranquilidad a toda prueba. Acompaña al señor Cardenal principalmente durante los fines de semana, en Punta de Tralca. Su prudencia, delicadeza, respeto, sensatez, comprensión, generosidad sin límites, más su tranquilidad y su amor cariñoso para con don Raúl, lograron conquistarlo definitivamente. Pero no es el único; otro tanto había ocurrido con las Madres de Punta de Tralca, los cien niños de la Aldea S.O.S. que el señor Cardenal había fundado en ese lugar en el año 1980, las “tías” de las casas que los cuidaban, los “papis” de la Aldea y en general todos los que podemos gozar de su amistad hemos sido también conquistados por el Padre Antonio.

Desde el inicio de su enfermedad y a pesar de haber ido cinco veces a visitarlo, sólo en una oportunidad pude estar con el Cardenal, el domingo 13 de junio. Ahora rogaba a Dios que en esta ocasión pudiera verlo. En la mañana de ayer jueves 24, al llamar por teléfono a su casa con el objeto de indagar sobre

su estado de salud, tuve la oportunidad de conversar con el Padre Ferraris, quien me dio las últimas noticias de la evolución de su enfermedad. Le expresé mi deseo de poder ver al señor Cardenal antes de mi partida a Europa. Me dio la buena noticia de que dada la mejoría mostrada en la última semana, él creía que podría hacerlo.

Al ingresar a la casa de Los Pescadores ese viernes, alrededor de la 13:30 horas, me dieron otra buena noticia: el señor Cardenal estaba almorzando en el comedor y no en su dormitorio como venía ocurriendo a partir del 26 de mayo. Prácticamente había transcurrido un mes desde el inicio de su enfermedad. Recordé que el último almuerzo que hizo en su comedor fue el día martes 25. Como era habitual, los días martes y jueves me correspondía organizar los almuerzos de don Raúl. Ese martes le había pedido a mi buen amigo Arturo Palma, Presidente Nacional del Sindicato del Banco de Santiago, que me acompañara al almuerzo. Arturo ya había ido varias veces antes y se había granjeado el cariño tanto del señor Cardenal como el de la señora Clementina Silva, admirable mujer, hermana de don Raúl, quien estaba a cargo de la casa desde que éste dejara el cargo de Arzobispo de Santiago en el año 1983. Ese año se trasladó desde calle Simón Bolívar, donde se encuentra la residencia del Arzobispo, hasta Los Pescadores, casa adquirida por el Arzobispado especialmente para que en ella habitase don Raúl como Arzobispo Emérito de Santiago. Graciosamente el señor Cardenal, cuando se menciona su carácter de emérito, pregunta: “¿sabe lo que se quiere decir con eso?”, y sin dar tiempo a que se le responda, él mismo contesta: “jubilado”.

Realmente me sentí feliz de poder sentarme otra vez en la mesa del señor Cardenal y recordar que también habíamos estado juntos la última vez que él lo había podido hacer, con Arturo, la señora Clementina, una sobrina de ella, ese martes 25. En esta oportunidad estaba acompañado del Padre Anto-

nio y había un tercer puesto a la espera de la señora Clementina que aún no llegaba a la casa. Después de los saludos, fuimos invitados por don Raúl a acompañarlo en su mesa. Aún notándose una cierta mejoría, evidentemente no era el querido amigo vivaz, inteligente, rápido de mente, socarrón, alegre y bueno para la broma que acostumbraba ser. Tenía delante de mí a un hombre muy importante en mi vida, influyente al máximo y por sobre todo amigo leal y cariñoso. Aún ahora, al contemplarlo en el ocaso de su vida, mi corazón se inunda de alegría por el solo hecho de poder estar a su lado. Ya no tenía el poder, ni la lucidez de antes, pero sí lo que siempre tuvo: el amor de Cristo en su corazón. Ese mismo amor que a él lo llevó a elegir el lema episcopal de "*Caritas Christi urget nos*", que traducido significa: "el amor de Cristo nos urge".

Después de conversar un rato breve, opté por retirarme, por temor a cansarlo en demasía, puesto que eran evidentes los grandes esfuerzos que hacía para mantener una conversación con alguna fluidez. Me acerqué a él y arrodillándome a su lado, él sentado en su lugar habitual en la mesa del comedor y yo al pie de su silla, imploré su bendición. Me puso su mano izquierda sobre mi cabeza, mientras con su mano derecha me otorgaba, una vez más, su querida bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A pesar de la solemnidad del momento, el señor Cardenal mantenía incólume su sentido del humor. En efecto, al acercarme a él pasé a llevar su bastón que estaba afirmado en su silla, el cual cayó estrepitosamente al suelo; entonces él exclamó: "se cayó el bastón, ping pong".

Hago estos recuerdos el martes 29 de junio de 1993 a bordo del tren AVE que nos lleva de Córdoba a Madrid. Un tren de altísima velocidad que nos permite recorrer 401 kilómetros en poco más de una hora y media.

A las 15:30 horas partiremos a Frankfurt.

Desde el día de esa despedida y bendición de don Raúl, he sentido el impulso irresistible de escribir y transmitir el privilegio de mi vivencia de 24 años muy cerca de él. Quiero relatar las anécdotas que nos tocó compartir; sus cuentos e historias; la riqueza de su alma entregada al servicio de los hombres, ya que como él siempre me decía, sólo así se ama a Dios; su sentido del humor y sus mil facetas humanas, para muchos desconocidas. Quiera el buen Jesús que pueda cumplir con mi propósito.



II
EL PRIMER ENCUENTRO



Estamos a miércoles 30 de junio, gozando de la hospitalidad de Günther Spaett, su querida esposa Friedl y Patricia Mónica, su hija menor nacida en Chile en julio de 1973, y ahijada mía. Nos encontramos en Vinxel, un sector muy hermoso y agreste cercano a Bonn en la comuna de Königswinter. Anoche, en la cena que nos ofrecieron con motivo de nuestra llegada, hicimos muchos gratos recuerdos del señor Cardenal.

Les manifesté que estaba iniciando el intento de escribir un anecdotario de mi relación tan cercana con don Raúl. Mi propósito al contarles esta intención se debía justamente a que mi primer encuentro formal con el señor Cardenal se realizó en el Arzobispado de Santiago de calle Erasmo Escala, donde fuimos recibidos Günther, Enrique Palet y yo. Quería confirmar la fecha de ese encuentro. Intentamos hacer memoria y finalmente nos pusimos de acuerdo que en esa reunión debió efectuarse a finales de 1971, en pleno período de la Unidad Popular.

En esa época Günther había sido destinado a Chile, por la Fundación Konrad Adenauer, a supervisar los programas de la Corporación de Desarrollo y Promoción Juvenil, CPJ, cuyo Presidente era Enrique Palet y el Director de Finanzas, yo mismo. Esta Corporación había sido fundada en 1967 por iniciativa de un grupo de jóvenes dirigentes vinculados a la Democracia Cristiana, quienes pensábamos en la gran necesidad de disponer de una organización dedicada a la forma-

ción de la juventud en los valores del humanismo cristiano. Se le planteó esta idea al Presidente Eduardo Frei Montalva, quien la acogió con mucho entusiasmo, otorgándole su más decidido apoyo. En efecto, envió personalmente una carta a la Fundación Adenauer en Bonn, en la cual solicitaba el apoyo económico para el desarrollo de la iniciativa. Entre los impulsores de la idea se destaca muy especialmente Raimundo Valenzuela de la Fuente, eficiente y tenaz promotor, quien no escatimó esfuerzo alguno para que el proyecto se pudiera realizar. También tuvieron una efectiva participación Antonio Cavalla, Juan Enrique Miquel, Pedro Felipe Ramírez, Luis Maira, Luis Badilla, Jaime Lavados y su hermano Iván.

La Corporación fue dirigida inicialmente por el propio Raimundo Valenzuela y una vez que él renunciara a la Democracia Cristiana en 1971, pasó a dirigirla Enrique Palet. En sus cuatro años de existencia, desde 1967 a la fecha de la conversación con don Raúl, CPJ había desarrollado una muy efectiva y fructífera labor en todo Chile. Los seminarios de capacitación se multiplicaban con gran éxito, perfeccionándose día a día los programas, disponiéndose de excelentes profesores destinados a la formación de futuros políticos imbuidos en los principios del humanismo cristiano. Recuerdo de tantos amigos que fueron colaboradores, funcionarios o alumnos de CPJ, tales como Gerardo González, Iván Radovic, Martín Correa, Manuel Antonio Matta, Guillermo Laurent, Ricardo Hormazábal, Gutenberg Martínez, Manuel Bustos, Andrés Palma, Domingo Santa María, Mariano Ruiz-Esquide, Eduardo Palma, Edgardo Riveros, Mario Fernández, Carlos Nazar, Fernando Iribarra, Carlos Sepúlveda, Guillermo Yunge, Juan Carlos Latorre, María Gloria Yáñez, Francisco Larenas, Eugenio Pavlovic y muchos otros cuya mención alargaría en demasía esta lista.

Ante el desarrollo tan significativo de CPJ, se hizo necesario disponer de un lugar adecuado para realizar los

cursos y que a la vez permitiera recibir a internos para alojarse durante los fines de semana, puesto que las jornadas se desarrollaban principalmente en esos días.

En aquellos años ocurría un fenómeno generalizado en las congregaciones religiosas: la falta de vocaciones. Fue por ello que en CPJ pensamos que sería posible adquirir algún recinto que no estuviera en condiciones de ser bien utilizado por ellas y que resultara adecuado a nuestras necesidades. Luego de buscar y negociar, habíamos llegado a un acuerdo con una Congregación religiosa femenina para el traspaso de una excelente Casa de Ejercicios Espirituales ubicada en Walker Martínez cerca de Tobalaba. Sin embargo, al momento de ir a cerrar el trato, nos plantearon que Casa Generalicia en Roma les exigía la aprobación del Arzobispado como requisito para autorizar la transferencia y que estaban teniendo dificultades para obtenerla.

Debido a que nuestra tarea de capacitación se fundaba en la doctrina social de la Iglesia, nos parecía razonable explicarle al señor Cardenal lo que hacíamos, en la seguridad de encontrar un aliado que nos permitiese disponer de un local propio para el desarrollo de nuestra labor. Con este propósito, muy seguros de nosotros mismos, nos dirigimos a una audiencia con el Arzobispo, el propio Cardenal Silva.

Recuerdo que llegamos a la reunión en horas de la mañana, conforme a la cita previamente acordada con su secretaria. Después del saludo protocolar, el señor Cardenal nos invitó a sentarnos en unas sillas que se encontraban frente a su escritorio. Demostró desde el principio de la reunión una lejanía que se fue haciendo cada vez más patética a medida que transcurría la reunión. Cada uno de nosotros trató de explicar de la mejor forma posible el quehacer de la Corporación, haciendo énfasis en el hecho de que la formación que desarrollábamos en nuestros cursos de

capacitación, era perfectamente coincidente con el pensamiento social de la Iglesia; aún más, era la base de nuestros cursos de capacitación. Finalmente le planteamos nuestra necesidad de disponer de un local, pidiéndole su aprobación para poder adquirirlo.

Durante toda la reunión, que no duró más de veinte minutos, el señor Cardenal no movió un solo músculo. Estaba levemente inclinado hacia la izquierda, como mirando un punto fijo en esa dirección. Apoyaba su brazo en su sillón giratorio, mientras su mano izquierda la utilizaba para sujetar su cabeza, manteniendo el dedo índice en posición rígida desde el mentón a su ojo izquierdo. Sin duda que nos escuchó atentamente; sin embargo, nada podíamos deducir de cuál habría sido su reacción ante nuestra elocuente argumentación. Nunca interrumpió nuestro relato y al final de éste tampoco hizo ninguna pregunta o comentario. Tan sólo un rostro impenetrable, hosco y poco afable nos acompañó durante toda la reunión.

Su respuesta fue breve y categórica: el Arzobispado no aprobaba que esa Congregación se desprendiera de esa casa; tampoco tenía ninguna propiedad que vender; y no sabía de ninguna otra Congregación que quisiera vender algún recinto adecuado a nuestro interés. Dicho esto se levantó de su sillón, dando claras muestras de que la reunión había terminado.

Bajamos por el ascensor del edificio de Erasmo Escala, bastante decepcionados. Al caminar por la calle en búsqueda del auto que nos llevaría a las oficinas de administración de CPJ, ubicadas en Elena Blanco, en la comuna de Providencia, un solo comentario nos mereció la entrevista: “este hombre es de una frialdad inmensa, con una cara de palo que imposibilita saber lo que piensa”.

Por distintas causas que aparecerán relatadas en las páginas siguientes de este anecdotario, los tres participantes en la reunión jugamos después papeles trascendentes junto al señor Cardenal, durante la agobiante dictadura del General Pinochet. Cada uno de nosotros tres, y por canales diversos, tuvimos posteriormente que cambiar radicalmente las opiniones que virtiéramos sobre don Raúl, una vez terminada la reunión de fines del 71.

Hoy 1° de julio de 1993 y poco antes de ir a visitar la tumba y la casa del ex canciller Konrad Adenauer, le he leído a Günther mis recuerdos de esa reunión, los que resultaron ser muy coincidentes con los suyos.



III
EL SEGUNDO ENCUENTRO



Durante el Gobierno del Presidente Frei Montalva trabajé en la Presidencia de la República, muy cerca de don Eduardo en el Palacio de La Moneda. Formaba parte del equipo que tenía bajo su responsabilidad las informaciones económicas oficiales que daban cuenta del progreso económico y social que lograba el país bajo su mandato. En el año 1967, Rafael Moreno, Vicepresidente de la Corporación de la Reforma Agraria (Cora), me llamó a trabajar en esa institución a cargo de la Gerencia de Finanzas; la entrevista final la tuve con Fernando Yrarrázaval, Director de Producción y Finanzas, con el cual muy pronto cultivamos una leal y fructífera amistad, la que se mantuvo por muchos años.

El 4 de setiembre de 1970 triunfaba en las elecciones presidenciales Salvador Allende. El equipo ejecutivo de la Cora había trabajado con mucho esfuerzo y dedicación en la campaña de Radomiro Tomic. La derrota de nuestro candidato y el hecho de que la gran mayoría de los directivos éramos demócratas cristianos, significó que presentáramos nuestras renuncias a las nuevas autoridades designadas por el Gobierno de la Unidad Popular.

De esta forma me encontré en enero de 1971 sólo con mi trabajo parcial en CPJ. Tomé unas cortas vacaciones en mi casa de veraneo en Las Cruces y posteriormente, de vuelta en Santiago, se me ofreció la Gerencia General de la empresa editora "Desfile", recién formada por Alejandro Hales, Genaro Arriagada, Pedro Buttazzoni y Guillermo Atria. La tarea

consistía en editar la revista “Desfile”, la que había tenido dos versiones anteriores, en entornos muy distintos al que estábamos comenzando a vivir en el Chile de la Unidad Popular. Acepté el cargo con mucho entusiasmo; siempre me ha atraído el trabajo editorial, incluso en mis tiempos de estudiante en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, cuando el director de ella, Hugo Zunino Zunino, me había designado director de la Central de Apuntes.

No nos fue bien con la revista, a pesar de los innumerables y comprometidos esfuerzos de los socios de la empresa y muy especialmente de Genaro Arriagada, quien como director de ella se entregó -como sólo él sabe hacerlo- a producir una revista de calidad periodística acorde a los tiempos que se estaban viviendo en el país.

En esas actividades me encontraba cuando fui llamado por Fernando Castillo, Rector de la Universidad Católica, a ocupar el cargo de Director de Asuntos del Personal de esa casa de estudios. No fue una casualidad el nombramiento que me hiciera el Rector, puesto que hacía ya algunos meses que estaban trabajando en la Universidad Domingo Santa María como Vicerrector de Asuntos Económicos y Jorge Awad como Director General en esa misma Vicerrectoría. Fueron ellos quienes le propusieron mi nombre al Rector Castillo, a quien yo no conocía. Con Domingo y Jorge me unía una gran amistad. Al primero de ellos lo había conocido cuando era Ministro de Economía en el Gobierno del Presidente Frei Montalva. Con Jorge Awad me une una amistad que nace de nuestras familias, ambas de Homs, Siria. Sin embargo, el cariño y amistad con Jorge nace en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile y se ha mantenido inalterable por mucho tiempo.

En esos tiempos, Jorge Awad estaba soltero. Se casó a principios de setiembre de 1974 con Jeanette Manzur, mujer

de grandes cualidades y sentimientos, además de buenamoza. Muy pocas veces el señor Cardenal acepta bendecir los matrimonios, puesto que en su opinión las personas que se lo pedían lo hacían más por su deseo de figuración social que por el significado que debería tener para los contrayentes el sagrado vínculo matrimonial. Pero con Jorge fue distinto puesto que ambos habían logrado hacerse amigos, así que cuando le hizo la petición de inmediato aceptó.

Al momento del matrimonio, Jorge era Vicerrector de Asuntos Económicos. Había reemplazado a Domingo Santa María cuando éste ganó las elecciones en la Universidad Federico Santa María, a finales de 1972, para el cargo de Rector. El tiraje interno que produjo la salida de Domingo significó mi nombramiento como Director General de la Vicerrectoría.

Fue en esa calidad que se produjo mi segundo encuentro con don Raúl.

En aquella época, la Universidad Católica había adquirido la propiedad que pertenecía a las Monjas Francesas para instalar allí el Campus Oriente. Se estaba efectuando la remodelación del Colegio, a fin de adecuarlo a los requerimientos de un plantel de educación superior. Conjuntamente con ello se continuaban las obras de construcción en el Campus San Joaquín, para lo cual se había conseguido la aprobación de un crédito otorgado al Gobierno de Chile por el Banco Interamericano de Desarrollo. Para hacer frente a este ambicioso plan, el más dinámico jamás efectuado, ni antes ni después, por la Universidad, todos los recursos se hacían insuficientes. Las obras no podían detenerse, razón por la cual el Rector Castillo y el Vicerrector Awad me pidieron que hiciera un catastro de las propiedades de la Universidad en el cual se especificara cuáles de ellas podrían venderse de inmediato. A su vez debía señalarse las propiedades que se

desocuparían con el traslado de las unidades académicas a los Campus Oriente y San Joaquín y que podrían ser enajenadas cuando ello ocurriese. Además el informe debía contener una tasación de cada una de ellas con el fin de poder establecer la cuantía de los recursos que se podría obtener y que se destinarían a terminar las obras.

Después de un minucioso trabajo, logré presentar un completo informe a Jorge y a Fernando Castillo. La dirección general de la Vicerrectoría disponía afortunadamente de un excelente grupo de profesionales que desarrollaron una tarea muy importante al servicio de la Universidad. Se me viene a la memoria en estos momentos el recuerdo agradecido para con Sebastián Viviani, Marcelo Kaplán, Roberto Iturriaga, Ventura Varela, Raúl Romero, Pedro Villar, Jaime Vicente, los hermanos Chacón, Silvia Zamorano, Hilda Troncoso, Carmen Godoy, Adriana Espinoza y Jorge Moraga, entre otros, quienes en momentos difíciles, demostraron voluntad, capacidad de gestión y lealtad.

La aprobación del informe por parte de Awad y Castillo fue otorgada de inmediato. Sin embargo, para que la enajenación pudiese llevarse a efecto era imprescindible lograr la aceptación por parte del Consejo Superior de la Universidad. Y aún más, la sesión de Consejo en que se debatiese la enajenación de algún bien raíz, debía contar con la presencia del gran Canciller, cargo que ocupaba en aquel entonces el Cardenal Silva, a quien el propio Estatuto de la Universidad le concedía el derecho a veto en estas materias. Por ello es que resultaba imprescindible que el señor Cardenal recibiese previamente la información correspondiente. El Rector Castillo, hombre bueno, inteligente, respetuoso y carismático, administraba la Universidad por la vía del consenso y la persuasión. Nunca quiso imponer su punto de vista, aunque lo defendiera con tenacidad y vehemencia. ¡Qué calidad humana la de Fernando Castillo!. Realmente admirable. Así fue

como me encomendaron conversar con don Raúl, a fin de explicarle la situación, darle cuenta del informe y conseguir su aprobación antes de poner en punto de tabla de las sesiones del Consejo Superior, la venta de las propiedades susceptibles de ser enajenadas.

Curiosa situación se presentaría en este mi segundo encuentro con don Raúl. De nuevo el motivo eran las propiedades; pero ahora no para adquirir alguna, sino que al revés, tenía que explicarle acerca de las propiedades que necesitábamos vender. Un año había transcurrido entre una reunión y otra.

Pero sin lugar a dudas que en esta nueva reunión me encontraba en mejores condiciones que en la anterior. Por de pronto, estaba mi alto cargo en la Universidad. Además, yo sabía que él ya tenía referencias mías, puesto que antes de mi nombramiento como Director General, recibió un informe curricular más la apreciación del Rector en torno a mi desempeño funcionario, el cual yo sabía que era muy positivo. Por otra parte, también había recibido antecedentes míos por mi parentesco con dos monjas de la Congregación de las Esclavas del Amor Misericordioso, la madre Mercedes y la madre Elena, hermanas de mi madre. La superiora de la Congregación era en aquel entonces la madre Mariana Silva, sobrina directa del señor Cardenal y la ecónoma, mi tía Mercedes. Cuando don Raúl decidió trasladar la casa del Arzobispo de Santiago, desde la calle Lota, en la comuna de Providencia, hacia un barrio de clase menos acomodada en Ñuñoa, adquirió parte de los terrenos que en la calle Simón Bolívar disponía una de las casas de la Congregación de mis tías.

Siempre don Raúl se ha referido en forma muy elogiosa a las madres Chain, como él las llama, puesto que dado su parentesco con la madre Mariana Silva, estaba muy bien informado de las actividades que ellas desempeñan en favor

de los pobres y los marginados. Y la verdad es que don Raúl tiene razón en alabar las tareas realizadas por mis tías, puesto que han entregado toda una vida de esfuerzo, sacrificio y trabajo en el cumplimiento del mandato divino que por lo demás a ellas les nace muy naturalmente; de amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a ellas mismas. Incluso más, pues muchas veces pienso que aman a los necesitados más que a ellas mismas.

Sin embargo y a pesar de mi convicción de que este segundo encuentro se daría en condiciones mucho más favorables que el anterior, preparé muy prolijamente la exposición que tendría que hacerle. Solicité la reunión a su secretaria en el Arzobispado, explicando las razones de mi necesidad de hablar con él. Quedó de responderme una vez que lo hubiese puesto al tanto de mi petición. En efecto, muy pronto recibí la confirmación de la reunión: ésta se realizaría en horas de la tarde del día siguiente, en su residencia de calle Simón Bolívar. Buen presagio, puesto que el señor Cardenal atendía sólo en las mañanas en la Curia de calle Erasmo Escala las cuestiones de carácter protocolar, ordinario y administrativo. Normalmente cuando la persona o el tema tenían para él especial significación e importancia, solía efectuar las citas en su casa habitación por las tardes.

Asistí puntualmente a la cita convenida, llevando en mi portadocumentos todos los antecedentes que avalarían mi exposición. Era la primera vez que llegaba a su casa. Antes había estado en la casa del lado, la de la Congregación de mis tías, la cual tenía en su jardín una hermosa higuera a la que yo me trepaba para sacar sus sabrosos frutos cuando era más niño, o mejor dicho, menos adulto.

Observé con atención cada detalle de la casa. Sus jardines hermosos y bien cuidados; la capilla de bloques de piedra que daba a la calle y que tenía una puerta lateral a la cual

se podía acceder por el antejardín; el cobertor que cubría todo el trayecto desde la calle hasta la entrada de la casa, para proteger al visitante de las inclemencias del tiempo. Casa sobria, sencilla, de ladrillos a la vista, de un piso y con postigos de madera. Si no fuera por la capilla colindante, habría pasado inadvertida como residencia de un alto prelado de la Iglesia. Me hicieron pasar al salón de visitas; una gran alfombra cubría el piso, muebles de estilo francés vestían ordenadamente el gran espacio cuadrangular. En uno de los costados se hacía presente una grata chimenea en la que lamentablemente, aparecían unos leños artificiales de material arcilloso, alimentados por gas licuado de cañería. Hermosos cuadros adornaban sus murallas.

Al cabo de unos breves minutos de espera, que pasaron muy rápidamente, me invitaron a pasar a su escritorio. Acogedor lugar atiborrado de libros de arriba a abajo en varios de sus costados. Culminaba en su parte superior con una completa colección de la enciclopedia Espasa-Calpe con más de 82 volúmenes de respetable tamaño.

Al verme entrar se levantó ágilmente de su escritorio y me saludó muy afablemente. Su rostro sonriente contrastaba con la hosquedad del encuentro anterior. Sin embargo esta auspiciosa recepción no fue capaz de mitigar mi evidente nerviosismo. Era la primera vez que me encontraba a solas con él. Otra vez sentado frente a frente con un escritorio separándonos. Comencé mi exposición, torpemente al principio, con mayor seguridad al cabo de unos minutos, y, a mi juicio, brillantemente al final de ella. Había dejado los documentos que respaldaban mis dichos sobre el escritorio. Noté, durante la media hora de mi argumentación, un notable interés por lo que yo estaba expresando. Un rostro distendido y unos ojos vivaces y elocuentes no dejaron de observarme durante esa fascinante media hora. Me sentí feliz. Me hizo algunas preguntas que contesté con soltura y rapidez. Sin lugar a

dudas - creía yo - había dado un muy buen examen y por lo tanto tenía la seguridad de su aprobación inmediata para que iniciáramos el plan de ventas de propiedades prescindibles para la Universidad y que se contaría con su apoyo en el Consejo Superior para la enajenación de ellas.

Ahora él tenía la palabra y por lo tanto le correspondía dar su opinión. Con voz suave y calmada me dijo con mucha simpleza:

- Si, me parece bien. Pero Ud. no me ha dicho cómo llegaron esas propiedades a la Universidad.-

Me quedé perplejo sin saber qué responder. Para nada me había preocupado de indagar cuál era el origen de esos bienes. Por lo demás, ¿qué importancia podía tener ese antecedente si lo que se intentaba hacer era vender lo que no necesitábamos?.

Frustrado de no poder responder a la consulta planteada, le contesté brevemente:

- No lo sé, señor Cardenal.-

El entonces, se levantó de su asiento con cara sonriente y me dijo:

- Averígualo y una vez que lo hayas hecho me vuelves a ver, para seguir conversando de este tema.-

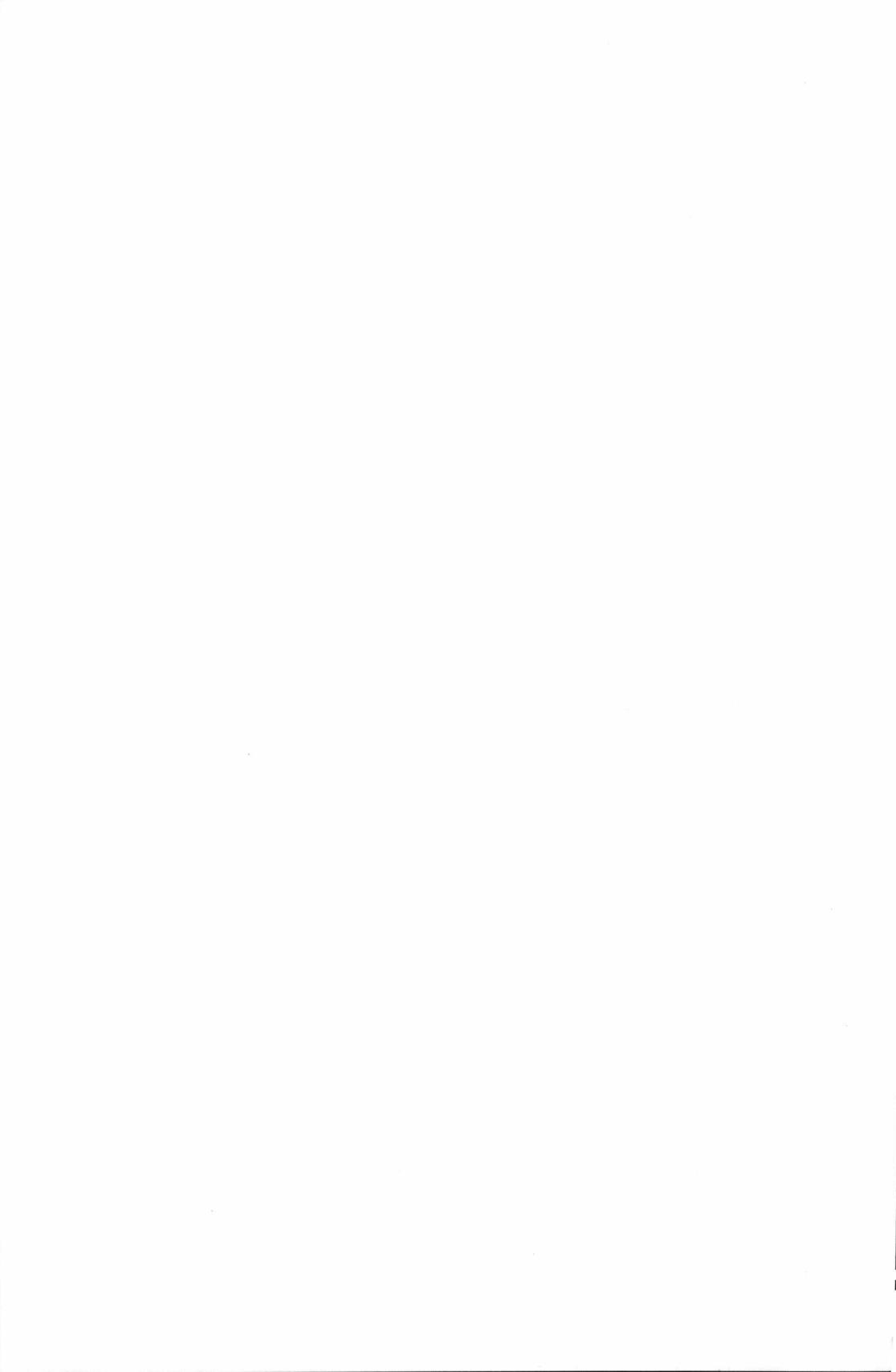
Nos despedimos, prometiéndole que muy pronto le tendría la información requerida. Hasta ese momento, no me explicaba las razones que motivaban la inquietud del Gran Canciller y tampoco me atreví a preguntárselo. En el tercer encuentro, que se desarrollaría algunos días después, el mis-

terio se aclararía definitivamente, regalándome de paso, una gran lección para mí y mi eficiencia economicista.

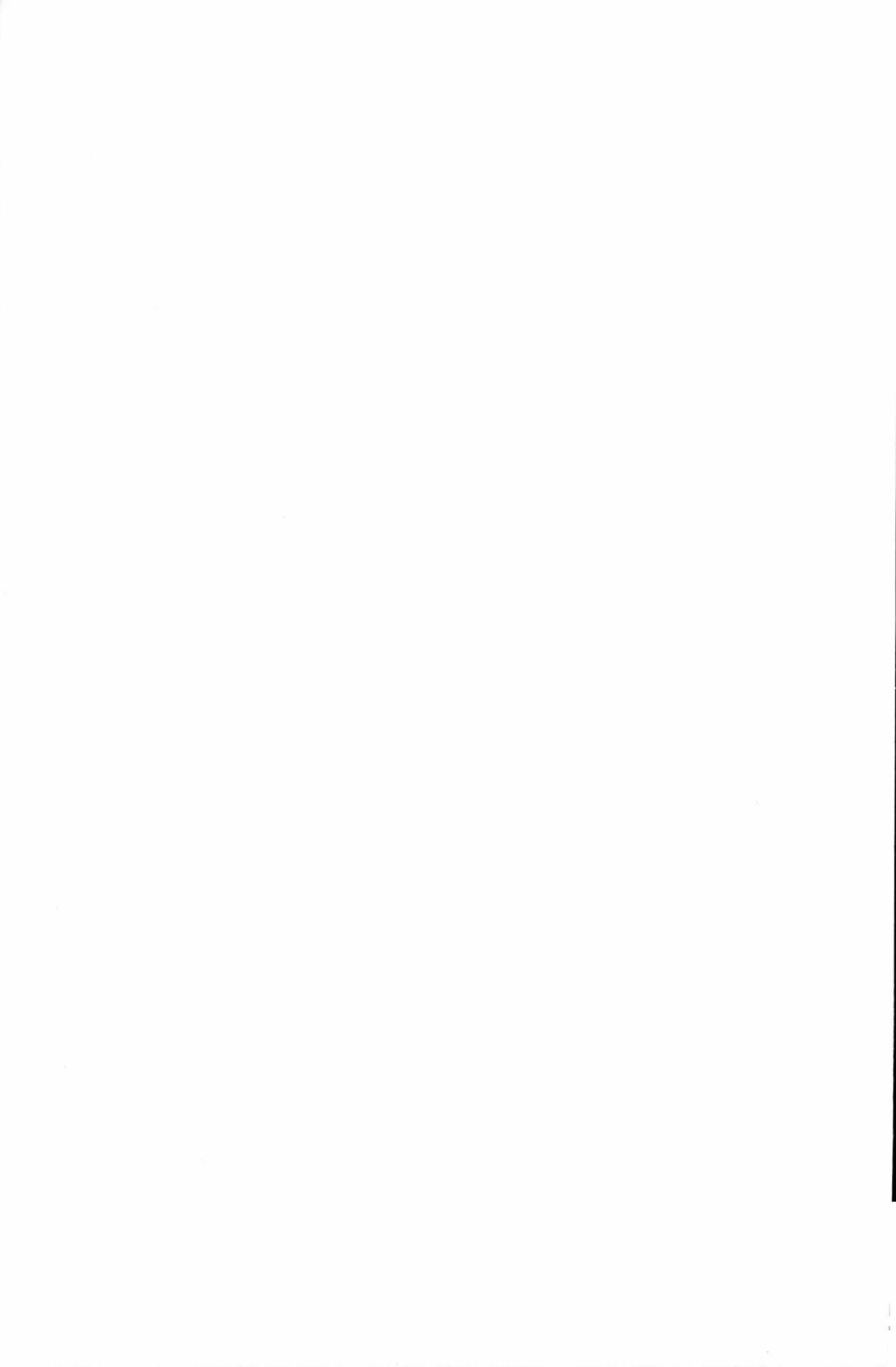
Termino de escribir estos recuerdos el viernes 2 de julio, sentado junto a mi ahijada Patricia Mónica en la plazoleta que se encuentra delante de la majestuosa y sublime Catedral de Colonia.

Pocos momentos antes la habíamos visitado junto a Silvia y Verónica quedando maravillados, una vez más, por su belleza imponente. Habíamos bajado a la cripta, donde se encuentran los restos del buen amigo de don Raúl, el Cardenal Joseph Höffner, fallecido en 1987. Recé en silencio por su alma. Recordé cuántas veces, cada vez que el Cardenal Silva pasaba por Alemania, iba a Colonia a visitar al Kardinal Höffner y siempre recibía un aporte de dinero muy importante para sus obras, en especial para la defensa de los derechos humanos durante la dictadura militar. Mi oración ante su tumba fue de agradecimiento por su cariño, sensibilidad y el afecto que siempre demostró por la tarea que realizaba don Raúl.

Anoche, 1º de julio de 1993, cenamos en Bonn con nuestro embajador en Alemania, Carlos Huneeus, gran admirador de don Raúl. Al contarle que estaba escribiendo este anecdotario, su entusiasmo fue manifiesto, alentándome a continuar mi propósito, en especial cuando me escuchó algunos de los temas que contendría.



IV
EL TERCER ENCUENTRO



Finalizado el segundo encuentro me dirigí a mi oficina de la Dirección General de la Vicerrectoría, en la Casa Central de la Universidad, con el firme propósito de indagar cuanto antes el origen de las propiedades que queríamos vender. Mi oficina era bastante peculiar. Larga y angosta, tenía un escritorio adosado a la pared ubicada al final de la sala, cerca de la ventana, un muy hermoso escritorio que podía cerrarse mediante una puerta de corredera semicircular y que había sido utilizado por Monseñor Carlos Casanueva cuando fue rector de la Universidad. Más cerca de la puerta de entrada de la oficina, la que se encontraba ubicada en el ángulo sur poniente del segundo piso que daba al patio de la Virgen, se extendía una larga mesa de reuniones. Dado lo angosto de la oficina, apenas quedaba un espacio para poder llegar al escritorio. Cerca de la puerta de entrada y a lo ancho de la oficina se encontraba una cómoda francesa del siglo 18, muy hermosa y bien conservada, que se utilizaba la mayor parte del tiempo para guardar los documentos de mayor valor.

Digo la mayor parte del tiempo, porque Sonia Fuchs, mujer de un empuje y tenacidad inimaginable y a la sazón productora de la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad, me pedía, de tiempo en tiempo, que le facilitara el escritorio y la cómoda, ya sea para una filmación ambientada en épocas pasadas, o una obra de teatro o un programa de televisión. No era fácil negarse a las peticiones de Sonia, puesto que contagiaba con su entusiasmo a quien fuera su interlocutor. Además, estaba casada con el Secretario General

de la Universidad, Ricardo Jordán, hombre íntegro, inteligente, recto, afable y consecuente.

Probablemente, como consecuencia de todas esas fantásticas cualidades, nos habíamos hecho muy amigos. El señor Cardenal siempre tuvo un especial aprecio hacia Ricardo, por lo que era frecuente que nos encontráramos, hasta el momento de su trágica muerte ocurrida en febrero de 1992, compartiendo la mesa con don Raúl. No puedo olvidar ese día tan doloroso. Yo me encontraba junto a mi familia en mi actual casa de descanso en Las Cruces, cuando aparece el señor Cardenal en su automóvil, para avisarme que nuestro amigo había fallecido junto a Sonia Fuchs en un terrible accidente aéreo ocurrido a orillas del lago Caburgua. Don Raúl venía llegando desde Santiago con la triste noticia. Compartimos un buen rato en el living de mi casa, contemplando el mar, recordando nuestras vivencias junto al buen amigo. Acordamos reunirnos el día sábado para ir juntos a Santiago, puesto que él deseaba estar presente en la eucaristía donde se despedirían sus restos y los de Sonia.

Me gustaba mi oficina de la Universidad, a pesar de sus características tan poco comunes. Sentado en mi sillón de trabajo, frente al histórico escritorio, le pedí a mi secretaria Valeska que me contactara con los abogados de la Universidad encargados de los títulos de las propiedades. En aquel entonces esas tareas se llevaban externamente mediante el pago de honorarios que se hacían a los profesionales encargados. Recuerdo que entre ellos se encontraban Guillermo Pumpin, Luis Bates, Francisco Bulnes Ripamonti y Claudio Illanes. Fue con este último con el que finalmente me contacté y, explicándole la situación, le pedí que hiciera un estudio legal de los títulos, señalándose la fecha de adquisición, monto de la compra, nombres de los antiguos propietarios, etc. Se trataba de más de una decena de propiedades, por lo que el trabajo demoraría una semana.

Transcurrido el tiempo convenido, llegó hasta mi oficina el eficiente abogado, quien me hizo entrega personal del informe solicitado. Revisé los antecedentes junto a él y grande fue mi sorpresa al constatar que todas ellas, sin excepción, habían sido donaciones a la Universidad efectuadas por conocidas familias santiaguinas .

Con esa información en mi poder, solicité una nueva entrevista con don Raúl a su secretaria de muchos años, doña Raquel Guevara. Nuevamente me recibe en su casa de Simón Bolívar. Después de saludarlo le muestro el informe con los antecedentes solicitados por él.

- Es lo que yo sospechaba, me dijo. La Universidad, agregó, desde que abrió sus puertas, recibió una gran ayuda de las familias católicas que deseaban que se otorgara una formación cristiana a los profesionales chilenos. Monseñor Carlos Casanueva consiguió el aporte generoso de ellas. Es por ello que te pedí este informe, puesto que tenemos que ser muy delicados con los familiares de aquellos que hicieron posible la existencia de nuestra Universidad. Tenemos que contarles nuestros planes, hacerlos partícipes de estos nuevos y tan importantes proyectos que permitirán engrandecer cada vez más esta casa de estudios superiores. Ellos tienen que saber lo que estamos haciendo y deben aprobarlo y una vez conseguido lo anterior, tenemos la obligación de colocar en el Campus Oriente y en el Campus San Joaquín placas recordatorias con los nombres de aquellos que nos ayudaron generosamente, en épocas pasadas, a ser lo que hoy somos. Este es un deber que tenemos que cumplirlo bien. El futuro de las instituciones y su solidez sólo pueden construirse sobre la base del conocimiento y del respeto a su historia.-

¡Qué lección más importante me estaba dando don Raúl!. Toda la preparación de mi informe para la venta de las propiedades se había sustentado en completos y precisos

antecedentes económicos. Mis argumentos, aún cuando los hubiera desarrollado brillantemente, se centraban en el dinero y en las ventajas económicas que le reportarían a la Universidad. Al señor Cardenal, sin perder de vista esa parte de la situación, le habían preocupado más los sentimientos de las personas y el reconocimiento agradecido a aquellas familias que en el pasado tanto hicieron por esa institución tan importante y de tanto significado para la Iglesia y para Chile, como es la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Después de estos encuentros, mi relación con el señor Cardenal fue tornándose cada vez más estrecha. Empezamos a conocernos, y de vez en cuando, al principio en forma esporádica y después en forma consuetudinaria, recibía invitaciones para los almuerzos o cenas en su muy bien dispuesta mesa, gracias a los esfuerzos de la Madre Socorro quien era la encargada de la Casa de Simón Bolívar y de Teresa Nahuelcoy, su cocinera que lo acompaña hasta el día de hoy. También comencé a participar en diversas reuniones de trabajo y por distintos temas. Al principio todos vinculados con la Universidad Católica y posteriormente pidiendo mi opinión y mi asesoría en muchos otros temas, delicados algunos, para los cuales el señor Cardenal me honraba solicitando mi criterio. Así fue naciendo poco a poco y paso a paso, una amistad sincera y un cariño mutuo que se ha ido acrecentando en estos 24 años de relación.

Doy gracias a Dios por el privilegio tan hermoso de esta amistad que además, me permite hoy, escribir este anecdotario. Gracias, Señor.

V

LA MESA DEL SEÑOR CARDENAL



Para nadie es un misterio que en la casa del señor Cardenal se sirve una muy buena comida. Hasta tal punto esto es así que Silvia, mi mujer, se sentía muy complicada las primeras veces que lo invitamos a nuestra casa. En los últimos cuatro años a partir de 1989, normalmente una vez a la semana viene a almorzar con nuestra familia en nuestro lugar de descanso en Las Cruces, los días domingo, después de su misa de mediodía en Punta de Tralca. Por tanto, ahora es habitual su llegada y Silvia ya no se complica como antes.

Creo importante destacar cómo mi esposa respeta y quiere al señor Cardenal. Al principio, en los primeros años de mi estrecha relación con don Raúl, no le fue fácil aceptar mis permanentes salidas a cenar en su casa de Simón Bolívar. Poco a poco esta situación fue cambiando hasta tal punto que tanto para ella como para mí, el compartir la mesa y la vida con él constituyen hoy día una de nuestras principales preocupaciones. Admirable mujer es Silvia, por lo que doy gracias al Señor por haberla puesto en mi camino.

No sabría decir cuántas veces he compartido la mesa con don Raúl. No creo exagerar si dijera que han sido más de dos mil veces. Cuatro han sido los lugares principales en que ello ha ocurrido: la casa de Simón Bolívar, Punta de Tralca, su casa de Los Pescadores y mi casa de descanso en Las Cruces. Además, también hemos estado juntos en Nueva York, en Roma y en múltiples reuniones en casa de terceros, recepciones y restaurantes. Sin lugar a dudas hemos compartido miles

de horas junto al pan nuestro de cada día, horas de alegría y entretenimiento, puesto que el señor Cardenal posee un extraordinario sentido del humor, el que fundamentalmente lo manifiesta en la mesa. Aún en los momentos más difíciles y complicados de su misión pastoral, siempre estuvo presente su alegría de vivir. Le gustan los comensales entretenidos que saben alternar, junto a temas de gran profundidad, la salida espontánea que da amenidad y chispa a la conversación.

La buena mesa, los convidados, los comentarios de trasfondo de las noticias, la información confidencial, incluso los chismes y las copuchas del mundo social y político, constituyen para el señor Cardenal uno de los momentos más gratificantes del diario vivir.

En ocasiones, le gusta preparar personalmente el aperitivo a sus comensales. Después de la conversación inicial y una vez degustado el trago preparado, el señor Cardenal invita a pasar a la mesa. Muchas veces me ha tocado escuchar una de sus frases predilectas que usa para esta ocasión: “Pasemos a comer porque si no, el suflé se desinflé”. Otras veces exclama, una vez que le han avisado que la comida está lista: “Menos mal, hay comida en esta casa. Ya me estaba dando susto. ¡Demos gracias a Dios!”.

Distribuye personalmente la ubicación de los participantes en la mesa. Coloca normalmente al frente de él a la persona que considera de mayor relevancia entre los invitados. Cabe hacer notar que su puesto es en el centro de la mesa, no ocupando nunca la cabecera. Posteriormente ubica a su derecha al que sigue en importancia. Al siguiente le indica que se ponga a la derecha del que consideró de mayor relevancia. Posteriormente ubica a su izquierda al cuarto en importancia y así sucesivamente de acuerdo al número de comensales.

Todos deben mantenerse de pie en espera de la bendición de los alimentos. A veces algunos despistados se sientan apenas se le ha indicado el lugar que le corresponde. En esos casos el señor Cardenal no se molesta, sino que simplemente le dice “vamos a bendecir la mesa” y el despistado se levanta de su silla muy rápidamente. Una vez que advierte que todos están en los lugares correspondientes y de pie frente a su silla, levanta su mano derecha y haciendo la señal de la cruz dice:

- Bendice, Señor, estos alimentos que nos vamos a servir para que ellos nos permitan mantenernos en tu Santo Servicio.-

Allí todos responden al unísono:

- Amén -

De inmediato y antes que nadie se siente agrega con voz firme:

- María, auxilio de los cristianos -

Y todos responden:

- Ruega por nosotros -

Concluido este ceremonial, suele agregar:

- Bon Appetit -

Luego sirve él mismo el vino a sus invitados. Finalmente se sirve a sí mismo agregándole una cierta cantidad de agua mineral. Como no queriendo que nadie le haga ninguna observación por este hecho, exclama en voz alta:

-Sólo a los Cardenales les está permitido bautizar el vino -

Otras veces, mientras sirve el vino y alguno de los invitados prefiere servirse sólo agua mineral el señor Cardenal, con mucha gracia le dice que los italianos tienen un dicho para los que acompañan las comidas con agua y dice en un muy buen italiano:

- "L'acqua è fatta per i perversi, il diluvio lo dimostro", - lo que quiere decir: "El agua fue hecha para los perversos, el diluvio lo demostró"

En muchas oportunidades le elogian la buena calidad del vino y le preguntan acerca de su procedencia. Normalmente los vinos son de la viña Cousiño Macul y sus etiquetas dicen "Cosecha" o "Don Luis". El señor Cardenal toma la botella y contemplando la etiqueta señala:

- ¿Sabe Ud. quién me manda este vino?

Y de inmediato se responde diciendo:

- Desde que fui designado Arzobispo de Santiago, don Arturo Cousiño, bellísima persona, me ha regalado el vino. Fíjese que hace más de treinta años que en esta mesa se bebe este vino. Imagínese Ud. cuánta cantidad me ha regalado don Arturo.-

Y haciendo una pausa continúa diciendo:

- Muchas personas, al igual que Ud. han encontrado este vino excelente y entonces deciden comprarlo; pero al beberlo se dan cuenta de que aunque tiene la misma etiqueta, no tiene la misma calidad. Y, ¿sabe Ud, por qué es eso?. Porque don Arturo separa una partida especial para él y para mí y le pone cualquier etiqueta; pero este vino es especial para la mesa cardenalicia.-

Después que murió don Arturo hace unos tres años, en 1989, el señor Cardenal agrega otro párrafo a esta historia señalando:

- Estando en Punta de Tralca, recibo la comunicación de que don Arturo había muerto. Tenía más de 90 años. Entonces decidí regresar a Santiago y poniéndome en contacto con su familia, les manifesté mi intención de decir una misa especial por su alma, en la capilla privada de mi casa. Aceptaron de inmediato y así llegaron los parientes más cercanos. Después de la ceremonia invité a la familia a mi salón y allí conversamos un rato. Me agradecieron muy sinceramente la misa y el viaje especial que hiciera desde la costa, para estar junto a ellos en esos momentos tristes. Yo les respondí diciéndoles que era lo mínimo que podía hacer para con un hombre bueno que había sido tan generoso para con la mesa cardenalicia, regalando el vino por más de 30 años. Entonces don Arturo hijo, quien actualmente se encuentra a cargo de la viña, me dijo de inmediato: -“Me comprometo con usted, señor Cardenal, a regalarle el vino por otros 30 años”.-

En la mesa del señor Cardenal, a la primera persona a la cual se le sirve la comida, es a él mismo. De esta manera intenta dar una señal al resto de los comensales de la cantidad que hay que servirse, de la siempre bien presentada fuente que contiene el alimento sabiamente cocinado por la Tere. A veces lo dice en voz alta indicando: “Son tantas por persona”. El dato de la cantidad que corresponde a cada cual lo recibe de la persona que lleva la bandeja y que en el último tiempo ha sido la Juanita, sencilla y bondadosa mujer de nuestros campos del sur.

Terminado por todos los comensales el primer plato, situación que es observada cuidadosamente por el señor Cardenal, procede a tocar una campana de cristal a fin de comunicar este hecho.

En mis primeras idas a compartir su mesa en la casa de Simón Bolívar, encima de la mesa del comedor se encontraba una hermosa tortuga toledana a cuerdas, la cual al presionarle la cola o la cabeza, comenzaba a sonar un timbre mientras se mantuviera la presión.

Posteriormente cambió la tortuga por una campana de porcelana, cuando se trasladó a la calle Los Pescadores. En una oportunidad, poco después de la muerte de su gran amigo el ex Presidente don Eduardo Frei Montalva, invitó a una cena a la señora Maruja Ruiz-Tagle y a sus hijos. Al momento de hacer tocar la campana de porcelana ésta se le resbaló de su mano derecha y yendo a parar al suelo se rompió en mil pedazos.

Al día siguiente tocan al timbre de su puerta. Le venían a dejar un paquete envuelto en papel de regalo. Al abrirlo se encontró con una hermosa campana de cristal que doña Maruja le enviaba. Hermoso gesto, muy propio de ella. Sin embargo lo que más emocionó al señor Cardenal fue la tarjeta con que le enviaron el regalo puesto que en ella se señalaba que esa campana era la que usaba el Presidente Frei Montalva en su mesa. Explicaba la tarjeta que era de origen suizo, al igual que los antepasados de don Eduardo, y que representaba el sonido de los cencerros que utilizan los pequeños ganaderos alpinos para ubicar el lugar donde se encontraban sus animales.

Con orgullo, emoción y agradecimiento hacia la señora Maruja, don Raúl ha contado esta hermosa historia en muchas oportunidades.

Desde esa fecha y hasta el día de hoy esa campana de cristal ocupa un lugar preferente delante de su puesto en la mesa del señor Cardenal.

El señor Cardenal es dulcero. Le encantan los postres cuando están bien preparados. También le gustan los picarones y las sopaipillas, razón por la cual cada vez que se inicia la temporada de lluvias, en ese mismo día se puede saborear en su casa este típico postre chileno que se mantiene por tradiciones. La costumbre se mantiene intacta y cada día de lluvia, necesariamente aparecen en la mesa cardenalicia o las sopaipillas o los picarones.

La extraordinaria mano de la Tere difícilmente podrá ser igualada.

Después de los postres y el café, el señor Cardenal, una vez percatado de que todos hayan terminado, levanta la voz y exclama:

- Parece que esto no da para más -

Después se levanta y procede a dar las gracias al Señor. Su oración es muy parecida a la del inicio de la comida, tan sólo que en esta oportunidad, en vez de invocar la bendición, da gracias al Señor por los alimentos recibidos.

Aún de pie y antes de salir del comedor para retornar al salón, pregunta con ojos de picardía:

- ¿Se tomarían una agüita de cebada?-

Esta expresión, tan típica del señor Cardenal, es la forma peculiar que utiliza para referirse al whisky escocés.

La primera vez que me acompañó a un almuerzo con don Raúl, el dirigente sindical Arturo Palma, hace unos tres años, al escuchar la invitación del señor Cardenal pensó que la agüita de cebada era una hierba de carácter medicinal de uso y costumbres cardenalicias; por lo tanto no dudó ni un instante

en aceptar la propuesta. Los demás convidados de esa oportunidad ya teníamos conocimiento de la situación y obviamente no nos llamó la atención la forma figurada que utiliza para referirse al whisky.

Pasamos al salón, donde en la mesa de centro ya se encontraban dispuestos los vasos, el hielo, el agua mineral y los licores. Como es habitual, yo me preocupé de atender a todos los presentes. Cuando le llegó el turno a Arturo y le consulté si quería whisky o algún otro licor, éste en voz alta me dice:

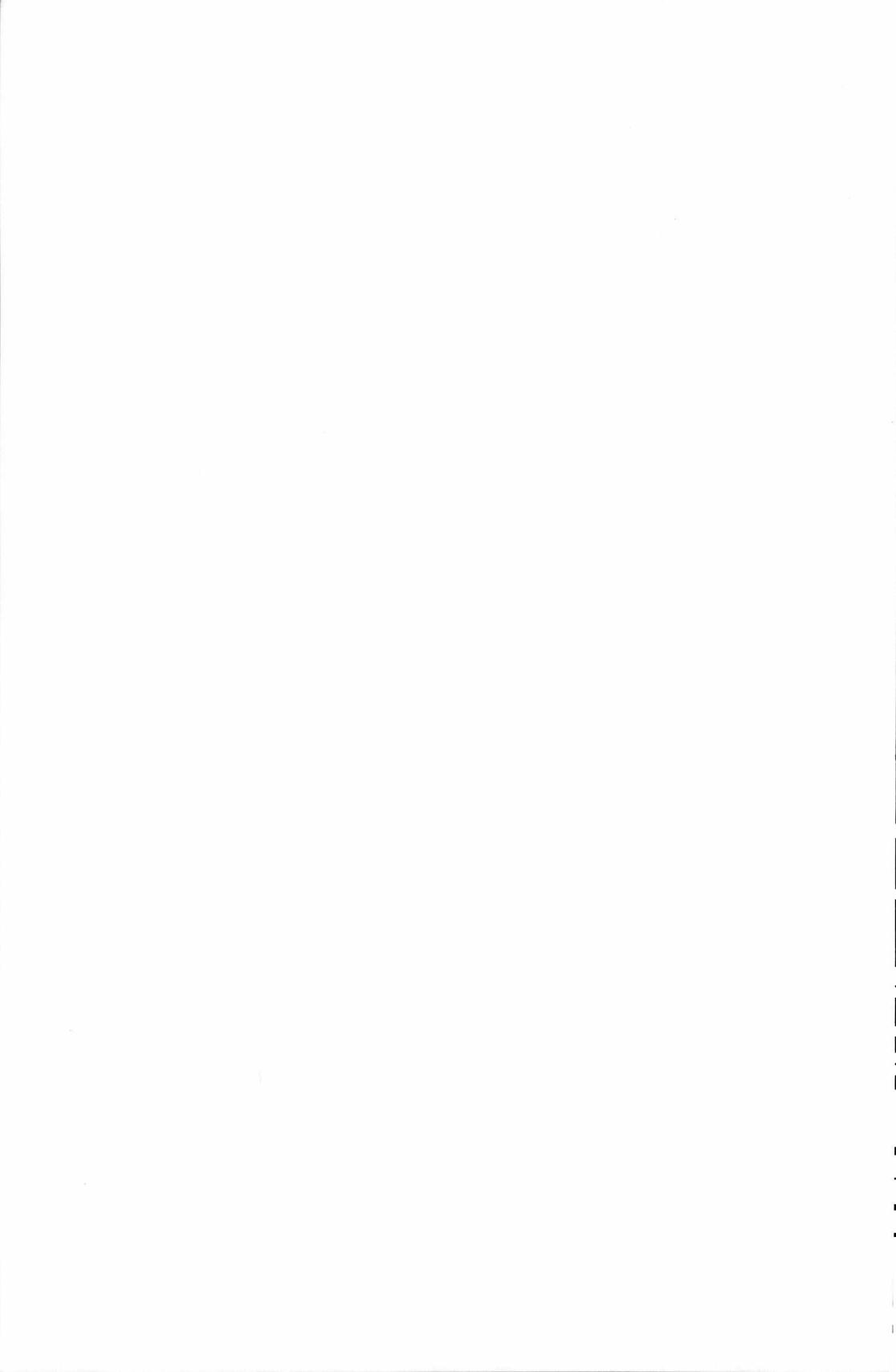
- Perdón, pero antes del bajativo quiero tomar la agüita de cebada que me ha ofrecido don Raúl -

Una prolongada y espontánea carcajada se produjo en el ambiente apenas terminó de hablar. Entonces don Raúl, muy compungido por lo ocurrido pero a la vez muy sonriente, le explicó bondadosamente a Arturo el sentido de su expresión.

Termino de escribir estos recuerdos en la ciudad de Erefurt, antiguo territorio de la Alemania Oriental antes de la unificación. En la mañana de este sábado 3 de julio de 1993 partimos de Bonn junto a los Spaett, para recorrer Europa del Este. Verónica partirá junto con Patricia Mónica a recorrer Francia, Italia, España y Alemania, al estilo estudiantil, en trenes y albergues juveniles; por esta razón es que viajamos sin ellas. Fantástica la juventud de hoy día por su capacidad de emprender y conocer la cultura, el arte y la civilización de la mejor manera que se puede hacer: viviéndolos.

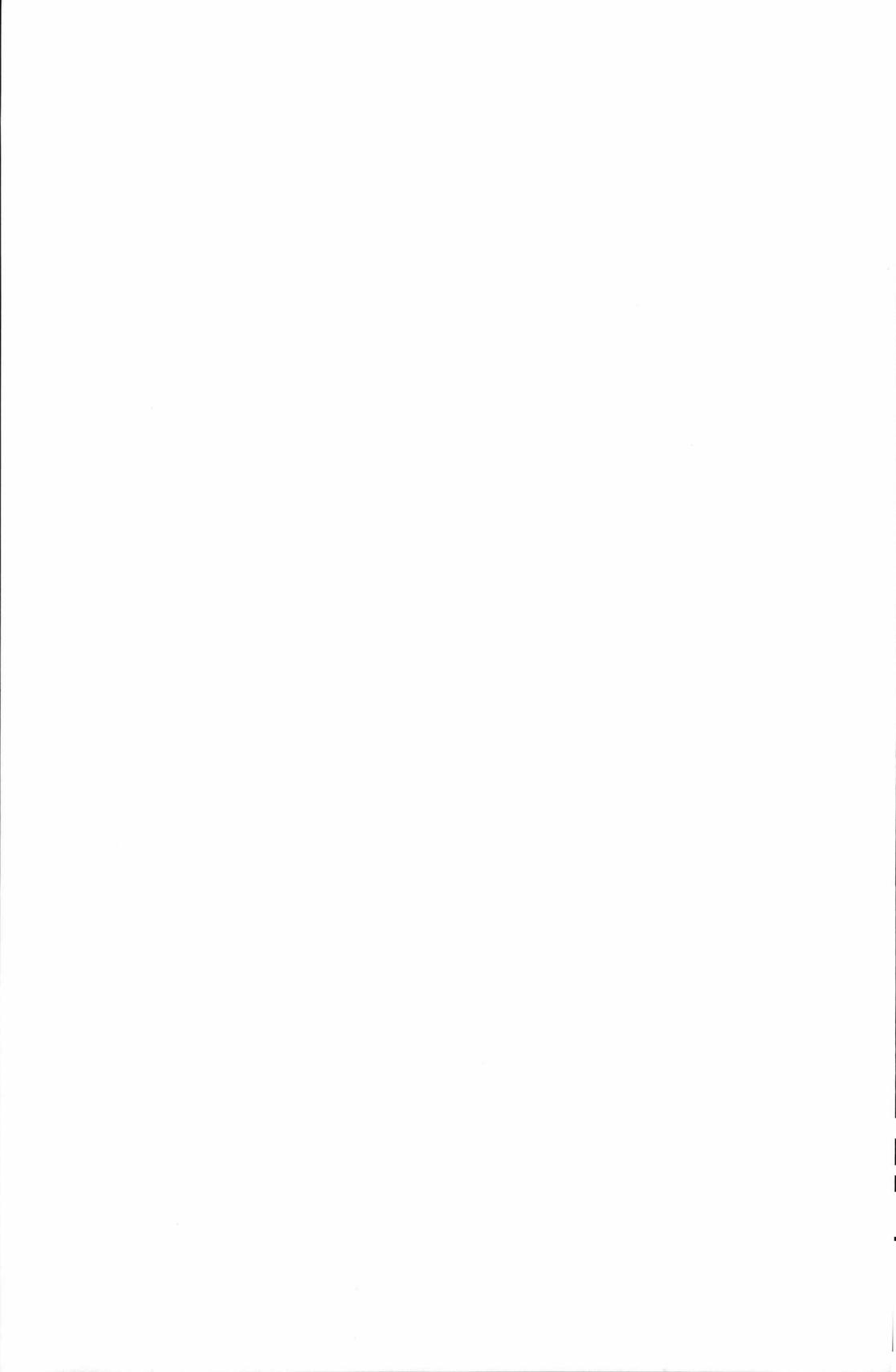
Al mediodía almorzamos en Eisenach, un hermoso lugar donde vivieron Martín Lutero y Juan Sebastián Bach durante algunos años de sus vidas.

Posteriormente subimos al castillo de Wartburg, donde Lutero tradujo el Nuevo Testamento del latín al alemán. Al atardecer llegamos al Hotel Cyriac en Erefurt. Por un error en las reservas, no imputable de ninguna manera a Günther, quien es un excelente organizador, habían ocupado nuestra habitación doble. La administración del hotel, para subsanar el problema creado por ellos mismos, tuvo que cedernos la única habitación que tenían disponible: la suite presidencial. Este hotel pertenecía al Estado, como todos los bienes productivos en el fracasado proyecto socialista alemán, por lo que se suponía que la impresionante habitación de cuatro ambientes la habría ocupado Erich Honecker en más de alguna oportunidad. Hecha la consulta respectiva a la administración, nos comunicaron que efectivamente el ex jerarca había estado en esta ella varias veces. En estos momentos, cerca de la medianoche, estoy sentado en la sala que corresponde al escritorio privado, terminando de escribir esta parte del anecdotario.



VI
LA FAMILIA FREI





Nunca el señor Cardenal manifiesta abiertamente sus preferencias en el orden político. Siente que su gran responsabilidad como pastor radica en enseñar a su grey la ley del amor. "Mi reino no es de este mundo", como dice Jesús. Sin embargo, para llegar al reino prometido es necesario primero vivir en éste y aquí ser consecuentes con el mensaje divino. Amar a Dios es también amar al prójimo, al que tiene necesidades, al que está desvalido, al que no tiene voz.

Es por ello que el señor Cardenal nunca ha tenido opción política. En lo personal se identifica con aquellos que buscan la justicia para con los más débiles, con los que intentan construir la civilización del amor, con los que creen y practican el humanismo cristiano.

Muchos han intentado encasillarlo en posiciones políticas. Los que lo hacen evidentemente no lo conocen; a él sólo se le puede encasillar como un luchador infatigable por los que sufren, por los pobres, por los perseguidos, por los despreciados de la sociedad, puesto que a través de ellos y sólo a través del prójimo se llega a donde está la pasión de su vida: Jesús.

Hay muchas personas a las que el señor Cardenal quiere y respeta. Se me vienen a la memoria en forma especial tres hombres con los cuales él ha sentido una gran identidad y cariño.

El primero de ellos es Su Santidad Juan XXIII, el Papa Bueno, con el cual no tan sólo se siente plenamente identificado en sus ideas, sino que además lo sentía muy cercano en el espíritu y por sobre todo, lo consideraba un amigo al cual siempre podía recurrir. Santa persona, dice a menudo el señor Cardenal para referirse a su amigo Papa. “Me hizo Obispo, Arzobispo y Cardenal, y si algo he podido hacer por la Iglesia en los cargos que me han honrado, a él se lo debo”.

Cada vez que el señor Cardenal llegaba a Roma, después de la muerte de Juan XXIII, bajaba a la cripta de la Basílica de San Pedro, donde están los restos de su amigo y arrodillándose ante su tumba, rezaba a Dios con gratitud por su alma.

El segundo de ellos es Monseñor Manuel Larraín. ¡Cuánto sintió su trágica muerte!. En más de una oportunidad me ha relatado como ocurrió el fatal accidente. Monseñor Larraín había viajado a Santiago acompañado del Padre Enrique Salman para reunirse con el Presidente Eduardo Frei M. y el Senador Patricio Aylwin con el objeto de informarles de los problemas educacionales y sociales del Obispado de Talca y a la vez manifestarles su preocupación por la penetración marxista en los campos de la zona. Monseñor Larraín estaba preocupado por estos asuntos y deseaba hablar con el Presidente Frei sobre estos temas, quien lo recibió esa misma tarde. Aprovechó la oportunidad para visitar a don Raúl y contarle el resultado de estas importantes reuniones. Ambos se identificaban con los problemas sociales y con el deber de la Iglesia de ser madre y maestra para iluminar a los hombres en la búsqueda de las soluciones técnicas y políticas de los grandes problemas nacionales. De vuelta a Talca, por la tarde, se cruza intempestivamente una carreta tirada por un caballo, en la carretera que une Santiago con Talca. El brusco frenazo del automóvil Opel de Monseñor resulta estéril ante la proximidad del obstáculo y choca frontalmente con la carreta. El desenlace fatal para Monseñor

Larraín lo provoca el caballo, el cual tirado en el camino y en los estertores de su vida, lanza una violenta coz que le da en el rostro al obispo, provocándole la muerte.

Siempre el señor Cardenal se recuerda con admiración y cariño de su amigo. A veces comenta la difícil situación que se vivió en el funeral. En efecto, el Presidente Frei Montalva había anunciado su llegada por tren especial a Talca la tarde anterior para asistir al entierro del que también fuera su amigo. Don Raúl lo había hecho en la mañana de ese día.

El Obispado de Talca había decidido que la homilía la hiciera Monseñor Augusto Salinas. El Presidente Frei, cuando supo de esta decisión, señaló que no asistiría al funeral en consideración a que este sacerdote no estaba de acuerdo con la línea de acción del Presidente Frei Montalva y de Monseñor Larraín. En efecto, Augusto Salinas había sido compañero de Frei en la Escuela de Leyes en la Universidad Católica, teniendo ya en esa época diferencias de apreciación en relación a los problemas políticos y sociales del país. Posteriormente, siendo ya sacerdote, señaló públicamente que la Falange Nacional, fundada por Eduardo Frei Montalva entre otros, no estaba en una correcta posición y que sus postulados contravenían los de la Iglesia Católica. Sólo una carta pública de don Manuel Larraín señalando la libertad de conciencia que en materia política le corresponde al católico, salvó a la Falange de un serio problema existencial.

El buen amigo del señor Cardenal y también mío, el Padre Enrique Salman, de fructífera y reconocida labor sacerdotal en Talca, en Santiago y ahora a nivel latinoamericano, fue encargado por Monseñor Enrique Cornejo, quien había asumido el cargo de Vicario Capitular a raíz de la trágica muerte de Monseñor Larraín, de la organización protocolar de la ceremonia fúnebre. Asimismo, le encargó a Monseñor Salinas la homilía en el interior de la Catedral.

Ante esta situación, Frei le pide a su Ministro del Interior, don Bernardo Leighton, que intente una solución. Don Bernardo pide hablar con el Padre Salman. Se reúnen en el Hotel Plaza y al confirmársele que Monseñor Salinas había sido encargado de la homilía a pesar de la opinión contraria del Padre Salman, quien había señalado el nombre de Monseñor Emilio Tagle, don Bernardo expresa que de ser así el Presidente Frei y su comitiva retornarían a Santiago.

El Padre Salman pide tiempo para buscar una solución. Decide llamar a Monseñor Silva Henríquez, quien se encontraba alojando en San Javier en casa de un hermano. Le cuenta el problema ocurrido y juntos llegan a una solución salomónica. Monseñor Salinas haría la homilía en el interior de la Catedral, pero en consideración a que la mayor parte del pueblo de Talca se encontraría en la plaza de la ciudad, la despedida oficial a nombre del Episcopado la haría el propio Cardenal Silva en el atrio del Templo. El Presidente Frei al saber de esta solución accedió asistir al funeral de su amigo Obispo.

El tercero de ellos es justamente Eduardo Frei Montalva. Lo conoció en la Escuela de Leyes de la Universidad Católica de Chile, donde eran compañeros de carrera. No fueron amigos en aquella época, sino más bien su relación era la propia de estudiantes de distintos cursos que se conocen y conversan de vez en cuando. Sin embargo, y una vez que el señor Cardenal fuera abogado y sacerdote, y Eduardo Frei abogado y político, siempre miró con gran simpatía el accionar político de su compañero de estudios.

La vida les tendría deparados muchos momentos en común. Su verdadera relación y amistad nace cuando ambos ya están jugando un rol importante en la sociedad chilena, cada cual en lo suyo, pero en definitiva las raíces y los fundamentos del pensamiento y acción de uno y otro, eran los mismos. Esta identidad hizo posible que los dos se entendie-

ran, se respetaran y se quisieran entrañablemente. Probablemente esta relación permitió que se resolviera el impasse del funeral de Monseñor Larraín.

No eran necesarios documentos ni pactos. El Cardenal confiaba en Frei y Frei confiaba en el señor Cardenal. Así de simple es la amistad sincera, cuando uno cree en el otro, en lo que piensa, en lo que dice y en lo que hace. Y sin lugar a dudas que los dos, Frei y don Raúl, fueron tremendamente consecuentes. La historia dará fe de ello.

Al escribir estos recuerdos, transmitidos por don Raúl, me ha llamado la atención un hecho curioso que no había reflexionado antes. En estos tres amigos tan queridos para él, hubo un lugar común importante de ser destacado: todos ellos creían en la necesidad de efectuar un cambio fundamental en el campo chileno, a finales de la década de los cincuenta y a principios de la del sesenta. Chile vivía en aquel entonces un período de ebullición social, probablemente producto de los sucesivos fracasos económicos que tenían al país sumido en bajísimos niveles de crecimiento económico. En el sector agrícola la situación era especialmente grave, puesto que el país tenía que utilizar cientos de millones de dólares para importar productos básicos para la alimentación de los chilenos, mientras millones de hectáreas fértiles no se cultivaban. La situación de los trabajadores agrícolas y de los campesinos era por otra parte muy difícil. El analfabetismo rural, la explotación y la desprotección social eran males endémicos en la agricultura. El poder político vinculado a la tenencia de la tierra había sido una herencia del colonialismo español que estaba siendo demasiada costosa para el país, tanto desde el punto de vista social como económico.

El golpe de Fidel Castro en Cuba en 1959 y la elección de John Kennedy en 1960, quizás como consecuencia de lo anterior, hicieron posible que el gobierno de los Estados

Unidos procurara y alentara reformas estructurales en América Latina. Dentro de ellas se encontraba la reforma agraria. Es por ello que no debiera extrañar que la primera ley de reforma agraria en Chile fuera promulgada por un presidente de derecha, Jorge Alessandri, quien tuvo que tomar en consideración el ideal de cambios que deseaba la sociedad chilena y el claro respaldo que estas posturas reformistas tenían tanto para el gobierno de los Estados Unidos como para la Iglesia.

Tanto para Frei, como para el Obispo Larraín y el señor Cardenal, el tema de la reforma agraria era un factor de identidad, de reflexión común y de búsqueda de caminos que la hicieran posible. Desde este punto de vista, tanto para don Raúl como para don Manuel resultaba complicado predicar la necesidad de cambios para lograr la justicia y al mismo tiempo mantener bajo la administración y propiedad de la Iglesia, tierras agrícolas de cierta consideración. Este tema fue conversado en más de una oportunidad entre los dos obispos y el Senador Frei Montalva, antes de que éste fuera elegido Presidente de la República en 1964.

Don Manuel y don Raúl deciden iniciar el proceso de reforma agraria en el interior de la Iglesia, entregando la tierra a los campesinos que la trabajaban. Esta impactante decisión, fue mas fácil llevarla a cabo al primero que al segundo. En efecto, el Cabildo Metropolitano, que debía dar su aprobación a la audaz propuesta del señor Cardenal, la rechazó, dejando a don Raúl en una difícil situación. El decide entonces lograr el apoyo de Su Santidad Juan XXIII, única instancia capaz de cambiar la decisión del Cabildo. Viaja a Roma y le dice a su amigo el Papa lo difícil que era para él plantear a su grey la necesidad del cambio y al mismo tiempo mantener la tenencia de la tierra, lo que a su juicio tenía que ser radicalmente modificado.

El Papa bueno lo escuchó con mucha atención y después de la elocuente argumentación hecha por don Raúl en su excelente italiano, tan sólo le guiñó su ojo derecho, diciéndole con voz firme:

- “Hágalo, yo lo respaldo”-

Gran paso de don Raúl que tuvo además el efecto de facilitar que su amigo Frei pudiera en la campaña presidencial de 1964, señalar al país en su programa de gobierno, la profundización de la reforma agraria iniciada por Alessandri.

Otro hecho, entre muchos que cuenta don Raúl, fue la participación que le cupo a Eduardo Frei en la comida que, a petición de Salvador Allende, se desarrolló en su casa de Simón Bolívar en las postrimerías del régimen de la Unidad Popular, con Patricio Aylwin. En efecto, en esa fecha don Eduardo era presidente del Senado y don Patricio era Senador y Presidente del Partido Demócrata Cristiano, elegido hacía pocos meses en este último cargo, después de una reñida lucha interna con Renán Fuentealba Moena. Salvador Allende estimó importante poder tener una conversación privada con Patricio Aylwin y que ésta se hiciera en la casa del señor Cardenal. Lo llama por teléfono y le pide que le haga ese servicio, de tal forma que la invitación proviniese de don Raúl. Este accede a ello y procede a su vez a comunicarle a Aylwin que su casa se encontraba disponible para ese encuentro y que él, como Arzobispo de Santiago, había aceptado la petición de Allende en consideración a que como pastor le corresponde que los hombres intenten buscar los caminos del entendimiento y de la paz. Notó reticencias por parte de Aylwin, quien estimaba que su encuentro era totalmente inútil dada la polarización política existente en el país en ese entonces. Frei supo de esta situación y fue terminante con Aylwin diciéndole sin ambages:

- Si te lo pide el señor Cardenal, tienes la obligación de asistir. Otra cosa es lo que el partido determine después. No puedes negarte a asistir cuando la invitación la está cursando el Arzobispo de Santiago.-

Asistió Aylwin a la cena y así pudo desarrollarse la reunión pedida por el Presidente Allende.

El señor Cardenal cada vez que cuenta estos hechos, le agradece a su amigo Eduardo Frei su valiosa intervención a fin de haber procurado que se juntasen a conversar en momentos tan dramáticos para el país.

Al término de esa reunión, el señor Cardenal acompañó hasta la salida a sus convidados. Primero sale Aylwin quien se despide de ambos y se retira hacia su automóvil. Allende se queda un momento más. Sosteniendo entre sus manos la mano derecha del señor Cardenal, le agradece sinceramente el que haya hecho posible ese encuentro y después, mirándole fijamente a los ojos le dice:

- Usted puede hacer mucho por nuestra querida patria, señor Cardenal.-

Hasta el día de hoy don Raúl recuerda estos hechos con emoción profunda. Me diría años más tarde:

- Fueron las últimas palabras que escuché personalmente de sus labios. Quiera el Señor que su último ruego que me hiciera para el pueblo chileno a quien él tanto amó, lo haya cumplido bien. El tiempo y Dios lo dirán.-

Muchas veces, durante la dictadura militar, se reunía Frei con el Cardenal. Solían juntarse, principalmente a cenar, en la casa de uno u otro. Siempre hubo identidad de posiciones frente a la dictadura y nuevamente cada uno en su rol, se

jugaron por entero por la libertad, la democracia y el respeto a los derechos humanos.

Duro golpe fue para don Raúl la muerte de su gran amigo Eduardo. ¡Cuánto lo sintió!. “Me ha dolido hasta el alma”, aseguró en una oportunidad, con los ojos brillantes por las lágrimas que se asomaban en sus expresivos ojos.

Por decisión de la familia Frei, él presidiría la ceremonia fúnebre. Preparó la homilía que pronunciaría en la Catedral, más con el corazón que con su brillante lucidez. En el principal templo metropolitano no cabía nadie más. La Plaza de Armas y las calles colindantes se encontraban repletas de pueblo. Pudimos, con mi hijo Claudio ingresar al interior del Templo Catedral. Por los parlantes se escuchaba la homilía de don Raúl, llena de belleza oratoria, de profundidad de contenido, de dolor profundo, al amigo, al Presidente del pueblo, al luchador por la justicia.

“Querido hermano -decía el Cardenal-, ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo:

Ven bendecido de mi Padre:

Yo tuve hambre y me diste de comer en los pobres de Chile.

Yo estaba sin casa y procuraste una habitación digna para mí.

No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocermé en los campesinos.

Yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver.

Yo me encontraba humillado y tú levantaste mi dignidad.

Hermano mío, entra al gozo de tu Señor”.

Los chilenos adoloridos, muy cercanos unos de los otros, por la falta de espacio, no podíamos contener la emoción y el dolor en ese día tan tremendamente duro. Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

La emoción llegó a su punto máximo cuando al final del responso, los parlantes transmitieron el hermoso discurso pronunciado por don Eduardo al culminar la marcha de la Patria Joven, en la cual me había cabido una directa participación, ya que en esa época era Presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile y había participado en su organización junto con Sergio Fernández Aguayo y Eduardo Zúñiga Pacheco.

No recuerdo cuánto tiempo después de estos hechos, pero en todo caso fue muy pronto, apareció en un lugar destacado de su escritorio en el segundo piso de su casa de Los Pescadores un hermoso y gran retrato de su amigo Eduardo Frei, sin dedicatoria, el que lo acompaña hasta el día de hoy.

Eduardo Frei Ruiz-Tagle ha conversado en reiteradas oportunidades con don Raúl después de la muerte de su padre. Los principales pasos que ha dado en su carrera política se los ha planteado al señor Cardenal, quien lo ha alentado a seguir los pasos de su padre.

- Tienes una herencia que sólo a ti te pertenece y un nombre y un apellido de mucha significación para los chilenos. Tienes que saber administrar esta herencia para el bien de Chile, de su pueblo y de los más pobres -, le diría en una oportunidad.

Poco antes de caer enfermo, almorcé con él y con Jorge Frei Ruiz-Tagle, quien deseaba poder disponer de copias de las cartas intercambiadas entre don Eduardo y don Raúl a fin de poder completar el archivo de la Fundación Frei. Obvia-

mente el señor Cardenal dio su aprobación y me encomendó que las ubicara para sacarles copias y entregárselas a la familia Frei. Después de una investigación pude establecer que las cartas y la documentación del señor Cardenal habían sido enviadas a la Biblioteca del Seminario Pontificio Mayor. Hechas las consultas en ese lugar, quedamos de acuerdo que en agosto, a mi regreso de Europa, buscaríamos las cartas.

En ese mismo almuerzo le conté a don Raúl que yo formaba parte de una comisión encargada de lograr el financiamiento para la construcción de un monumento a la memoria del Presidente Frei en un costado de la Plaza de la Constitución. Le mencioné que otros miembros de la comisión eran Luis Pareto, Domingo Santa María, Sergio Molina, Julio Montt, Alejandro Hales, José Luis del Río, Rafael Moreno, Eduardo Arriagada y otros que se me escapan. Le señalé a don Raúl que la idea de la comisión era que ese mismo pueblo a quien don Eduardo tanto quiso y trabajó, fuera el que hiciera el aporte económico para financiar la construcción. De inmediato el señor Cardenal expresó:

- Yo quiero ser el primero en hacer un aporte y quiero que se sepa públicamente.-

Termino estos recuerdos en la ciudad checa de Hradec Králové, después de haber partido a primera hora de la región de Sajonia, específicamente desde Dresden en Alemania y haber bordeado el río Elba hasta la frontera con la región de la Bohemia en territorio checo.

Estamos a martes 6 de julio de 1993. Ayer nuestra ahijada Patricia Mónica celebró su cumpleaños número 20.

Al revisar este capítulo, ahora en enero de 1996, se me viene a la memoria un hecho importante ocurrido el 12 de diciembre de 1993. El día anterior, Eduardo Frei Ruiz-Tagle

había sido electo Presidente de Chile en una jornada en la que nadie dudaba del resultado. El señor Cardenal no fue a votar puesto que su estado de salud no se lo permitía. Lo sintió muchísimo, pero él mismo se consolaba diciendo que su voto no era necesario ya que Frei igualmente sería electo por una gran mayoría.

Algunos días antes del 11 de diciembre llamé a Jorge Awad y le señalé que, a mi juicio, sería muy significativo que uno de los primeros actos de Frei como Presidente electo de Chile fuera ir a visitar a don Raúl. Le conté los entretelones que menciono en este capítulo y le señalé que Frei le daría una gran alegría al Cardenal. Jorge formaba parte del comando de la campaña en la búsqueda del financiamiento de la candidatura presidencial, razón por la cual estaba muy cercano a Frei. Jorge hizo los contactos necesarios que hicieron posible que el domingo 12, cerca de las 11 de la mañana y previo a la conferencia de prensa que daría en el Hotel Carrera a los periodistas internacionales, Eduardo y su esposa Martita Larraechea fueran a la casa de Los Pescadores N° 2260 a visitar a don Raúl. Ante la presencia del Padre Cristián Precht, del Padre Antonio Hidalgo y de la señora Clementina Silva Henríquez, hablaron principalmente de los recuerdos del señor Cardenal acerca de la gran amistad que lo unió con Eduardo Frei Montalva. Yo llegué momentos después que Frei se había ido, por lo que pude constatar muy directamente la profunda emoción del señor Cardenal por el hermoso gesto de Frei. Me relató lo que habían conversado, señalándome que al momento de la despedida les dio su bendición. Sin embargo, sus últimas palabras fueron para Martita, a quien la instó a ser compañera inseparable y apoyo incondicional en las difíciles tareas de ser esposa del Presidente de Chile. La emoción en el rostro de Martita por este encargo fue evidente.

VII
EL GOLPE MILITAR



El 7 de setiembre de 1973, cuatro días antes de lo que los militares denominarían “el pronunciamiento”, partí a los Estados Unidos, acompañado por Silvia. Durante el período de la Unidad Popular era muy difícil conseguir los dólares necesarios para el desarrollo de las actividades de la Universidad Católica. Diversas unidades académicas requerían para sus investigaciones equipamiento, tecnología y productos importados que debían adquirirse con la moneda norteamericana. Por otra parte, el Hospital Clínico y la Corporación de Televisión, también demandaban permanentemente recursos en dólares para el desarrollo de sus importantes actividades.

Todo el control de la moneda extranjera lo llevaba el Banco Central de Chile, por lo que el presupuesto en dólares había que convenirlo con las autoridades del gobierno de Allende. Obviamente que ante la escasez de divisas, nunca se nos entregaba el total de los recursos que necesitaba la Universidad. Por otra parte, muchas entidades, fundaciones y organizaciones de Iglesia del extranjero mantenían convenios con las unidades académicas por lo que se disponía de un caudal de recursos en dólares propios de relativa importancia y que se optó por administrarlos por cuenta propia. En estricto rigor, se debía haber hecho entrega al Banco Central de los dólares que se percibían y a su vez solicitar los que se requerían. La experiencia había demostrado que lo primero era muy fácil de hacer, pero lo segundo era una tarea que demandaba extraordinarios esfuerzos y cuyos resultados eran inciertos y muchas veces negativos. El encargado de esta

administración en el Banco Central era Marco Colodro. Curiosamente, años después, el propio Marco a través de la empresa que formó en Santiago a vuelta de su exilio, fue el encargado de cambiar muchos dólares que le llegaban a la Academia de Humanismo Cristiano fundada por don Raúl y de la que yo era su Secretario de Finanzas como así también el de otras instituciones de la Iglesia.

Por esta razón, con la aprobación del señor Cardenal, se abrió una cuenta en dólares en Nueva York, en el First National City Bank, en donde se depositaban algunos de los dólares que se recibían directamente del exterior y se giraban de acuerdo a las necesidades de la Universidad, evitando de esta forma los muchas veces absurdos y complejos trámites estatales.

Con el objeto de supervisar estas operaciones, la Vicerrectoría decidió que viajara a los Estados Unidos a efectuar los controles correspondientes. En estas tareas me encontraba en la oficina central del Banco en Park Avenue, cuando Luis Alberto Simián, quien en aquella época ocupaba un alto cargo en el City Bank y que a su vez era el encargado de la cuenta de la Universidad, me pone ante mis ojos los telex que estaban llegando de Chile y que daban cuenta del golpe militar. Obviamente era la mañana del 11 de setiembre de 1973.

En Nueva York, estuve con mi buen amigo Cristián Ossa, quien ocupaba un importante cargo en las Naciones Unidas, el que mantiene hasta el día de hoy. También estuve en el departamento que tenía Gabriel Valdés en Manhattan, antes que se trasladara a Larchmont, un elegante y acomodado barrio en las afueras de Nueva York. De ellos obtuve completas informaciones sobre lo que estaba ocurriendo en Chile. Por televisión pude ver cómo sacaban envuelto en una manta el cuerpo sin vida del Presidente Allende el mismo día

11, cuando en Chile, por lo que pude enterarme a mi regreso, las noticias eran muy confusas y contradictorias.

No es fácil estar en el extranjero cuando están ocurriendo situaciones tan hondamente dramáticas en la tierra de uno, en donde se tiene centrado todo su quehacer, donde viven sus hijos y su familia. De repente no se sabe nada más que las noticias públicas, puesto que las comunicaciones con Santiago se suspendieron y los vuelos también. Vivimos con Silvia momentos de angustia, de incertidumbre y de impotencia. Nuestros tres hijos eran pequeños, de 7, 5 y 4 años. Carolina aún no nacía.

Después de estar unos días en Nueva York nos trasladamos a Washington, donde el viernes 14 de setiembre, Carlos Massad nos invitó a comer a su casa. A Carlos lo conocí en la Facultad de Economía donde fue un gran profesor y un notable investigador y académico. Los alumnos lo admirábamos y queríamos mucho.

Carlos, que ocupaba un importante puesto en el Fondo Monetario Internacional, nos tenía preparada una sorpresa para esa comida, ya que había invitado a nuestro amigo común, Jorge Cauas, quien se desempeñaba en un alto puesto en el Banco Mundial. Antes habían formado equipo en el Banco Central de Chile durante el gobierno de Frei Montalva, siendo Carlos, Presidente y Jorge, Vicepresidente de esa institución. Allí me pude enterar de mayores noticias de Chile y por sobre todo de las tareas que ellos dos habían asumido a fin de lograr el mayor apoyo internacional posible a las nuevas condiciones que estaba viviendo el país. Debo confesar que en lo personal, nunca me identifiqué con aquellos que buscaban una solución militar a la evidente crisis que imperaba. Abrigaba la esperanza de una solución negociada políticamente, a pesar de las dificultades que objetivamente se advertían para lograrla. Es por ello que esa cena me dejó un

sabor de amargura y derrota. No podía sumarme al gran entusiasmo que ellos mostraban por los acontecimientos en Chile. Obviamente ninguno de los tres podíamos adivinar la durísima violación a los derechos humanos que estaba ocurriendo en esos momentos en nuestro país, ni tampoco los que ocurrirían durante muchos años. Ellos buscaban, en esos momentos, soluciones concretas al desabastecimiento y a los problemas cotidianos de los chilenos, tan simples como el poder comer. Sin embargo, con el paso del tiempo, la actitud de uno y otro en relación al régimen, fue muy diversa. Carlos es un hombre sencillo, humano, cristiano, afable y entregado a causas que valen la pena; es por ello que muy pronto se desembarcó de cualquier tarea que lo siguiera comprometiendo con un régimen que no compartía en sus fundamentos y valores.

Al llegar a Santiago el día 22 de setiembre, con el corazón apretado y angustiado, pude observar al poner pie en la losa del aeropuerto Pudahuel, una fila de soldados con metralleta levantada, que iba desde el avión hasta el control de los pasaportes. Lo único que deseaba era salir cuanto antes del recinto y ver a mis hijos. Después de los interminables trámites, nos percatamos que para salir hacia Santiago debíamos hacerlo primero en un bus el cual nos dejaba en la barrera de control de carabineros que existe hasta la actualidad a la entrada del aeropuerto. Allí podíamos abordar un taxi para ir a nuestra casa. Obviamente que nadie nos esperaba, puesto que por las dificultades de comunicación con Chile no pudimos avisar de nuestro vuelo.

Afortunadamente toda nuestra familia se encontraba bien. Claudio, nuestro hijo mayor, había tenido una reacción nerviosa al ver los aviones bombardear la residencia de Tomás Moro. Por muchos días nuestro hijo dormiría con sobresaltos y angustias. Al vernos llegar su alegría fue inmen-

sa y lo demostró con su inocencia de niño, con sus dos bracitos apretándome el cuello fuertemente y llorando sin consuelo.

Ocho días más tarde, el día 30 de setiembre retornó definitivamente a Alemania Günther Spaett con Friedl, sus dos hijos y la chilena Patricia Mónica.

En la Universidad Católica todo era desconcierto y temor. La mayoría de los directivos y jefes de unidades académicas que respaldaban al Rector Castillo, deseaban renunciar a la Universidad. Al propio Rector, que por su estado de suma gravedad producto de un infarto cardiaco y estando internado en el hospital clínico, se le pide que renuncie al cargo por parte de un joven e inmaduro dirigente del gremialismo. A esas alturas, ya sabíamos lo que había ocurrido en las otras universidades, y por lo tanto se tenía claro cuáles serían las medidas que se adoptarían en la Pontificia Universidad Católica de Chile, una vez que se designara al representante del gobierno militar. A mi llegada ello no había ocurrido, probablemente por los problemas que podría acarrear un nombramiento espúreo ante la autoridad eclesiástica chilena, representada por don Raúl como Gran Canciller y ante la propia Santa Sede en Roma.

Sólo a principios de octubre pude reunirme, junto a otras personas de la Universidad, con don Raúl, quien nos contó los difíciles momentos que se vivían y lo complejo de la situación del país. El grupo había decidido ir a hablar con el Gran Canciller producto de la inminente llegada del almirante en retiro Jorge Swett, quien a esa fecha ya había sido designado rector delegado, aún cuando todavía no pisaba la Universidad. Nosotros pensábamos que él debía rechazar este acto ilegítimo.

El señor Cardenal nos miró a todos con gran cariño y nos dijo:

- Ustedes son de mi confianza. No se pueden ir y abandonar la Universidad, porque con ello estarían permitiendo el nombramiento de nuevas autoridades, las que podrían destruir el pluralismo participativo que hemos podido construir. Yo les pido que no renuncien y que juntos tratemos de mantener en la Universidad el espíritu de excelencia y de compromiso cristiano en la docencia, la investigación y la extensión. Por favor, no me dejen solo.-

Cuando el señor Cardenal nos dijo estas palabras, algunos directivos no estaban en la reunión puesto que habían manifestado de partida que no estaban dispuestos a trabajar un solo minuto con un rector designado por la Junta Militar y por lo tanto habían renunciado de inmediato a la Universidad. Destacan entre ellos, Alfredo Etcheverry, Vicerrector Académico, José Zalaquett, Director General de la Vicerrectoría Académica, Jaime Bellalta, Vicerrector de Comunicaciones y Enrique Browne, Secretario General, quien hacía poco había reemplazado a Ricardo Jordán en ese cargo.

Termino de escribir estos recuerdos en la ciudad de Praga el miércoles 7 de julio de 1993, día de cumpleaños de mi hermano Nassir, a quien he tenido muy presente en este día.

Recorrimos con Günther, Friedl y Silvia las maravillas de esta ciudad fascinante en donde cada rincón es un homenaje vivo a la cultura y al arte romano, al gótico, al renacentista, al barroco y por sobre todo al hombre sin fronteras que ha sido capaz de desarrollar con imaginación y maestría las maravillosas obras que impresionan a la vista y el corazón a cada paso de esta ciudad-arte.

VIII
LA SALIDA DE LA UNIVERSIDAD
CATOLICA



Llega Swett a la Pontificia Universidad Católica con un escueto y espúreo decreto de designación como rector delegado de la Junta de Gobierno. Evidentemente no conocía nada de la Universidad ni tampoco sabía cómo dirigirla. Siempre ponía como ejemplo la Escuela Naval, como intentando decir que el hecho de haberla dirigido lo habilitaba para ser Rector de una de las más importantes e influyentes universidades chilenas.

Se pudo apreciar desde un principio que venía con precisas instrucciones de lo que había que hacer. Y lo hizo.

En la Vicerrectoría de Asuntos Económicos, con Jorge Awad a la cabeza, no renunció ninguna persona. La Vicerrectoría Académica pasó a dirigirla Jaime del Valle, ex decano de la Facultad de Derecho, quien se había prestado en un programa exclusivo de televisión de Canal 13 para intentar demostrar que las elecciones municipales de abril último habían sido un fraude generalizado, por el hecho de que se habían detectado cédulas de identidad duplicadas que habían permitido una doble votación. Siendo cierta su denuncia para unos pocos casos, evidentemente que ello no podía ser generalizado. La Unidad Popular había tenido un importante respaldo. Ciertamente es que los hechos se precipitarían a partir de esa fecha y que la población, cinco meses más tarde, no le habría otorgado a Salvador Allende el apoyo que le dio en esa oportunidad. En la Vicerrectoría de Comunicaciones, Swett designó al Director General de esa Vicerrectoría como

Vicerrector, a mi amigo arquitecto Patricio Gross, como una forma de señalar que respetaba la carrera interna y que por lo tanto los nombramientos no tenían un rasgo político. Secretario General fue designado Francisco Bulnes Ripamonti.

Swett tenía que andar despacio, puesto que aún no contaba con el respaldo de la Iglesia, por lo que su nombramiento no tenía ningún valor ante ella. Hablamos de esta situación con Jorge Awad y con otras personas cercanas, resolviendo que era fundamental que el Gran Canciller asumiera el rol que le correspondía en plenitud. Para ello era necesario aceptar a Swett y hacer ahora un decreto de la propia Universidad, el cual debía llevar la firma de don Raúl. Conversamos de esta situación con el señor Cardenal, quien a su vez hizo consultas a otros obispos y a otras personas. Recuerdo que a finales de octubre se redactó el decreto de nombramiento y Jorge Awad se trasladó a la casa de Simón Bolívar, donde estaba esperando al señor Cardenal, quien procedió a firmarlo. Para bien o para mal, la situación se encontraba concluida. Teníamos Rector delegado con aprobación eclesiástica.

No fue fácil entenderse con Swett. No sé si al final de su larga rectoría aprendió algo de lo que es una Universidad. Creo que sí. Creo además, que fue útil para la Universidad Católica el que se mantuviera una sola persona en el cargo de Rector durante tanto tiempo. La experiencia de la Universidad de Chile, entregada en un principio a la Fuerza Aérea, fue nefasta con los sucesivos cambios de autoridad que minaron la organización interna con males endémicos que se manifiestan hasta el día de hoy.

Recuerdo sus primeras preocupaciones. En una oportunidad, después de haberle dado cuenta de la política que se seguía en la Universidad en torno a las residencias universitarias, noté que el tema le entusiasmó sobremanera. Al final de

la reunión me dijo que quería hacer una visita a una de ellas y que yo lo acompañase. Convinimos día, hora y lugar. Lo pasé a buscar y nos trasladamos a la residencia elegida. La recorrimos completamente, conversando con algunos estudiantes que allí se encontraban. Todas sus consultas se centraban en el aseo, en el orden, en las horas de llegada, etc. Me daba la impresión de que estaba en su salsa, puesto que eso era lo que acostumbraba a hacer en la Escuela Naval. Al llegar a los dormitorios, el Rector procede a desarmar una cama y al constatar que las sábanas estaban inmediatamente encima del colchón -cosa muy natural por lo demás- me dice con voz de triunfo:

- Nadie se ha preocupado de colocar una colcha delgada de algodón-, me dice, indicándome el lugar en que a su juicio debería ponerse la prenda indicada.

Tímidamente le respondo:

- No lo entiendo, señor Rector. Siempre todas las camas se han hecho igual.-

- ¡ Ah no !- dice él.- En la Escuela Naval siempre hemos colocado esa delgada colcha absorbente con el objeto de que no se manche el colchón con los derrames involuntarios que de vez en cuando le ocurren a los muchachos.-

Y agregó diciendo:

- Preocúpese de que aquí también se haga.-

En otra oportunidad me señaló que a su juicio era muy importante que en los baños de la Universidad se controlara el uso de papel higiénico, entregando no más de un metro por estudiante, como una forma de provocar ahorros al presupuesto.

Con Jorge Awad nos manejamos bastante bien en la Vicerrectoría. Este hecho era ampliamente reconocido dentro y fuera de la Universidad. Debo sí dejar constancia de dos nombres que fueron de muchísima importancia en este éxito durante el régimen militar. El primero de ellos es Juan Villarzú, tan amigo mío como lo ha sido Jorge, quien había asumido el cargo de Director de Presupuesto en el primer Ministerio de la Junta de Gobierno, cuando Lorenzo Gotuzzo fuera designado en la cartera de Hacienda. Poco sabía de economía el Almirante Gotuzzo, razón por la cual el gran peso de la administración de la hacienda pública estaba en manos de Juan. El segundo nombre es el de Patricio Arriagada quien trabajaba desde años, en la Dirección de Presupuesto, a cargo justamente de la asignación presupuestaria a las universidades. La amistad y confianza que teníamos con ellos nos permitió disponer de recursos que nos ayudaron a lograr muy buenos resultados en la administración financiera de la Universidad. Gran profesional y gran amigo Juan Villarzú. De características humanas sobresalientes, hizo todo lo que estuvo de su parte para que el régimen adoptara una línea conductual distinta. Incluso conversó con Pinochet dándole sus puntos de vista, sin resultado. Frustrado ante el rumbo que estaban tomando los acontecimientos y ante su impotencia para lograr cambiarlo, renunció a su cargo a finales del año 1974.

Patricio Arriagada sufrió mucho. En el año 1972 había aceptado una invitación para visitar Cuba que le había sido traspasada del cupo de personas que el Gobierno de Fidel Castro había enviado a la Universidad del Norte. Fueron él y el Rector. Este hecho estaba en conocimiento de los militares, quienes después del golpe persiguieron a todo aquel que hubiese ido a Cuba. En horas de la noche, en un día de noviembre de 1973, lo apresaron y lo llevaron vendado y tendido en el suelo de un camión a un verdadero campo de concentración que habían instalado los militares en Cerros de

Chena. Fue maltratado y duramente torturado para que reconociera que había tenido participación en el bullado caso de la internación de armas desde Cuba, que fuera interceptada en Pudahuel, por efectivos del Ejército durante el gobierno de Allende. Cenando en mi casa algún tiempo después de que recuperara su libertad, con lágrimas en los ojos, nos relató las atrocidades y vejámenes a que fue sometido. Nunca imaginé hasta dónde puede llegar la maldad humana como para cometer las barbaridades que me contara tan atribuladamente Patricio.

Apenas supimos de su desaparición, nos movilizamos de inmediato. Formamos una cadena de solidaridad en donde Jorge Awad y yo nos dividimos las tareas a fin de tocar todas las puertas necesarias que permitieran saber dónde estaba nuestro amigo. Temíamos lo peor, ya que en aquella época era normal saber de personas desaparecidas, o de fusilamientos por fuga u otras artimañas utilizadas por los militares para eliminar a los que creían eran sus enemigos en el brutal régimen del general Pinochet.

Le informamos detalladamente al señor Cardenal de todos los antecedentes de que disponíamos acerca del desaparecimiento. Lo mismo hicimos con Juan Villarzú y con el Rector delegado Jorge Swett. Debo señalar que los tres utilizaron toda su influencia para saber de Patricio. De los dos primeros era lógico que así procedieran, pero con Swett fue una grata sorpresa saber que tenía sensibilidad y que nuestra argumentación tenía para él algún significado, razón por la cual le guardo gratitud.

Jorge y yo hicimos todo lo que estaba de nuestra parte para mantener el espíritu de la Universidad, intentando todos los esfuerzos para conseguir que el sectarismo y el enceguecimiento de los gremialistas, no destruyeran la fecun-

da y hermosa tarea que con tanto amor desarrollara el Rector Fernando Castillo en el período de la reforma. Pero la influencia de Jaime Guzmán, Jaime del Valle y en general de los gremialistas en las decisiones del Almirante, era clarísima. Swett no sabía nada de la Universidad y por lo tanto hizo lo que le decían aquellos que efectivamente controlaban el poder. Muy pocas veces pudimos con Jorge Awad hacerle cambiar de opinión; a lo sumo, teníamos que contentarnos con amortiguar el impacto que tal o cual decisión podría haber significado en el quehacer interno. El apoyo del señor Cardenal y el de Juan Villarzú nos ayudó muchísimo en nuestra capacidad de gestión con el Rector. Sin embargo, los gremialistas no descansaban y al evaluar que nuestra remoción no era tarea fácil, optaron por convencer a Swett de que era necesario efectuar una profunda reforma administrativa en la Vicerrectoría Económica. En el fondo, lo que pretendían era crear una unidad de finanzas y otra unidad de personal, ambas dependiendo directamente del Rector. Para la primera se había pensado en el nombre de Alberto Hardensen y para la segunda en el de Raúl Lecaros. Los dos conocidos por su clara posición gremialista y de apoyo incondicional a la dictadura, en definitiva la Vicerrectoría se transformaba en una unidad de registro, quitándole todas las atribuciones de definición de políticas y asignación presupuestaria de la que estaba dotada.

Obviamente, la maniobra fue rechazada por Jorge Awad y por algunas unidades académicas que se sentían respaldadas por nuestra acción en la Vicerrectoría. A partir de mayo de 1974, el Rector permanentemente planteaba la necesidad de efectuar el cambio propuesto. Desarrollamos distintas estrategias tendientes a demostrar que tanto desde el punto de vista técnico como de organización interna no era posible llevar adelante la idea. Resulta importante señalar que, de acuerdo al reglamento interno de la Universidad, el cambio debía

efectuarse mediante un decreto de Rectoría, el cual necesariamente debía llevar la firma del Vicerrector. Si se generaba alguna diferencia entre el criterio del Rector y el de los vicerrectores, el conflicto que se generaba en ese evento debía ser resuelto por el Gran Canciller. Swett sabía que en esa instancia no podría imponer su criterio.

La situación se tornaba cada vez más desagradable y difícil, puesto que los gremialistas querían a toda costa el control absoluto de la Universidad y le insistían al Rector que debía imponer los cambios. Cada vez fuimos más acosados. En cada oportunidad que nos reuníamos con el Rector, el tema se ponía en el tapete en forma directa. Quería el poder total junto a Jaime Guzmán, Hernán Larraín y los gremialistas.

En esta situación nos encontrábamos cuando Jorge Awad contrajo matrimonio a principios de setiembre de 1974. Asistió Swett a la boda y allí pudo percatarse del fuerte respaldo que Jorge tenía con el Cardenal y con muchas otras importantes autoridades de la Iglesia. Al irse a su luna de miel al extranjero, por espacio de tres semanas, me correspondió ejercer el cargo de Vicerrector Subrogante de Asuntos Económicos.

En esa calidad me encontraba cuando un día llegan a mi escritorio los decretos que creaban las unidades dependientes directamente de rectoría. Venían con la firma de Swett y de Bulnes, por lo que sólo faltaba la mía. Consideré inconveniente seguir discutiendo con el Rector el asunto, ya que se habían agotado las instancias de conversación. Decidí por lo tanto hablar con don Raúl. Lo llamé al Arzobispado y allí me informan que se encontraba en una reunión del Comité Permanente del Episcopado en una casa de ejercicios de La Florida. Averigüé la dirección y partí de inmediato a ese lugar llevando conmigo los decretos correspondientes.

Al llegar a la casa de ejercicios me dicen que no se le puede interrumpir. Planteo que la razón de mi visita tiene el carácter de muy urgente y señalo que esperaría cuanto fuera necesario. Afortunadamente no alcanzó a transcurrir una hora de espera cuando el señor Cardenal sale de su reunión. Al verme me dice:

- Hola mijo, ¿qué haces por aquí?.-

Apresuradamente le cuento los hechos ocurridos y le muestro los decretos enviados por el Rector. Los lee con detención y me dice en forma tajante:

- No los firmes. Espérame aquí un rato que les contaré al resto de los obispos del Comité lo que está ocurriendo.

Después de otra media hora de espera aparece nuevamente por la puerta de la sala en que se encontraba y me dice:

- Regresa a la Universidad y devuelve a la Rectoría los decretos sin firmar. Veremos allí lo que pasa. Por favor manténme informado. Toda la tarde estaré en mi casa de Simón Bolívar.-

A buen entendedor pocas palabras. Se estaban generando las condiciones para que, al plantearse el conflicto de poderes, éste fuera resuelto por el Gran Canciller.

En una oportunidad anterior ya había sido utilizada esta instancia, cuando surgieron graves diferencias entre el Vicerrector Académico Fernando Molina Vallejo y el Rector Castillo, situación en la que debió participar don Raúl a fin de encontrar una solución al problema.

Sentía y agradecía el respaldo irrestricto del Gran Canciller. Así que, llegando de vuelta a la Universidad devolví los decretos a Rectoría sin mi firma.

A los pocos minutos me llama Swett señalando a través de su secretaria que vaya de inmediato a su oficina. Al llegar, la secretaria me dice que pase, ya que el Almirante me estaba esperando. Abro la puerta y sin que mediara saludo alguno, desde el sillón de su escritorio me dice:

- Siéntese-, indicándome una de las sillas que se encontraban al frente de él.

- ¿Qué significa esto?- me dice con voz airada, mostrándome los decretos sin firmar.

Haciendo un esfuerzo por mantener la calma le respondo con tranquilidad:

- No estoy de acuerdo con la creación de esas unidades. No puedo firmar lo que creo que firmemente repercutirá en contra de esta Universidad. No puedo hacerlo, señor Rector.-

- Usted, señor Sapag, al no querer firmar está actuando en contra de los intereses de la Universidad. Yo no le acepto el desacato a mi autoridad.-

- No señor Rector, yo no discuto su autoridad-, le respondo. - Existe en este instante un problema de apreciación sobre una materia de innegables proyecciones para la Universidad.-

- Yo ya he decidido lo que debe hacerse y Ud. al no aceptarlo, se ha puesto en una actitud de rebeldía hacia mi autoridad y el que así procede, ha renunciado a esta Universidad. Usted me ha presentado la renuncia.-

- Señor Rector- le replico - yo no le he presentado mi renuncia.-

- Sí señor Sapag, usted acaba de renunciar.-

Armándome de paciencia y valor, mientras él balanceaba en su sillón su larga y gigantesca humanidad, con dos de los dedos de su mano derecha puestos inmediatamente por debajo de su fosa nasal, le replico diciéndole:

- Lo que pasa, señor Rector, es que usted está adoptando actitudes sectarias reñidas con el espíritu universitario. La Universidad no es un regimiento, ni la Escuela Naval. La Universidad debe ser pluralista, puesto que en la diversidad ella se nutre y se enriquece. Aquí debe primar definitivamente la excelencia por sobre el compromiso político. Yo lamento que usted opte por lo segundo. Deseo contarle mi actual percepción de la vida y de las personas. Siendo muy joven y por mi formación cristiana, apenas ingresé a la Universidad de Chile a estudiar Economía, me incorporé en la Democracia Cristiana Universitaria. Al cabo de dos años en la Escuela, mis compañeros me eligieron Secretario General del Centro de Alumnos, al año siguiente Vicepresidente y delegado de los alumnos en el consejo de la Honorable Facultad. Un año después los estudiantes me nombraron Presidente de uno de los Centros de Alumnos más importantes de la Universidad. Gano un concurso interno dentro de la carrera docente y muy pronto de ayudante y ayudante jefe, paso a ser profesor auxiliar de la Cátedra de Introducción a las Ciencias Sociales en mi escuela.-

- Mi primer contrato de trabajo fue en la Presidencia de la República. En aquel tiempo estaba convencido de que podíamos cambiar el mundo y que los demócratas cristianos éramos los únicos capaces de hacerlo, descalificando a todo el resto de los chilenos. Posteriormente me dí cuenta de que

no tenía la razón en mi forma de pensar y dejé de adherir a las personas por su posición política. Me dí cuenta de que aún cuando tengo el derecho de asumir una opción política, y creer firmemente en ella, eso no me daba autoridad para creer que todos los que piensan como yo, son buenos y el resto, malos. He aprendido, señor Rector, que en esta vida hay buenos y malos, cualquiera sea su posición política o credo religioso; y quiero decírselo con mucha sinceridad, he aprendido también a respetar a las personas con sus virtudes y defectos, observando sus comportamientos e identificándome con aquellos cuyos actitudes son consecuentes con los valores fundamentales de respeto y de amor al prójimo. Yo ahora no indago a qué partido político o a qué religión pertenece tal o cual persona para identificarme con ella por su adhesión política. No, señor Rector, nunca más lo haré y doy gracias a Dios por haber aprendido esta lección ahora que tengo 35 años. Lamento que usted que ya tiene 60, aún no la haya aprendido.-

Dicho esto y sin esperar respuesta alguna, me levanté de la silla y me retiré de su oficina.

Llegando a mi lugar de trabajo, procedí a llamar a mis colaboradores más cercanos para relatarles lo acontecido. En eso estaba cuando Luz Jiménez, -hoy famosa actriz de telenovelas y que en aquel tiempo seguía cursos de actuación por las tardes- entra a mi oficina con un sobre de rectoría entre sus manos. Me lo entrega y lo abro delante del equipo de confianza de la Vicerrectoría y procedo a leer en voz alta:

“Decreto Rectoría N° 5/74

Santiago, Octubre 4, 1974

VISTOS:

1° La renuncia verbal presentada por el Director General de la Vicerrectoría de Asuntos Económicos y Administrativos, señor Reinaldo Sapag Chain;

2° *Las atribuciones que me otorga el Art. 20 del Reglamento Orgánico de la Dirección Superior.*

RESUELVO:

Acéptese la renuncia verbal presentada por don Reinaldo Sapag Chain a su cargo de Director General de la Vicerrectoría de Asuntos Económicos y Administrativos.

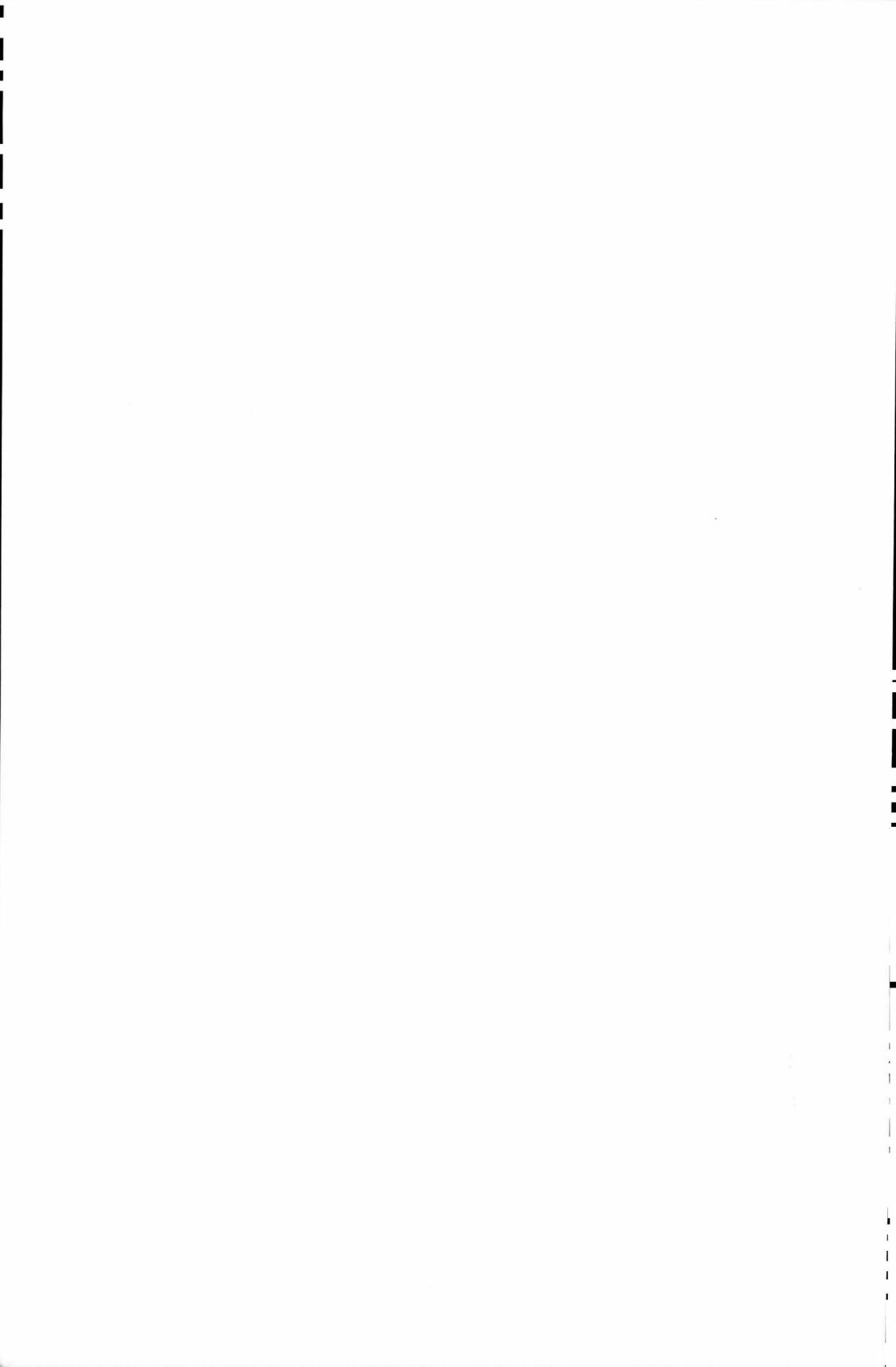
No lo podíamos creer, aceptar una renuncia nunca presentada. Rostros entristecidos e impotentes ante el abuso y la prepotencia acompañaron el silencio prolongado que provocó mi lectura.

Abandoné con gran tristeza la querida Universidad Católica para dirigirme a la casa del señor Cardenal y ponerlo al tanto de los hechos ocurridos.

Termino de escribir estos recuerdos en la localidad de Waldmünchen, ya de vuelta en Alemania. En la mañana de hoy, viernes 9 de julio, salimos de Praga para visitar el castillo de Karlstein, a unos 30 km de la capital checa. Después seguimos hasta llegar a la ciudad de Pilsen donde lógicamente paramos a tomar una pilsener, en la ciudad industrial cuna de la cerveza. Atravesamos la frontera y llegamos a este hermoso lugar donde Günther Spaett nació hace 52 años.

Para nosotros es la segunda vez que estaremos en Waldmünchen. Hace 17 años y al aparecer mis primeros síntomas de una úlcera, mi buen amigo Mariano Ruiz-Esquide, médico y actualmente Senador, me recomendó tomar unas vacaciones y olvidar los problemas que me tenían muy tenso en Chile. La úlcera, me diría Mariano, no es una enfermedad del estómago sino de la cabeza. Necesitas olvidarte por un tiempo de tus problemas. Como siempre me ocurre con Mariano, de inmediato acepté sus consejos y partí donde el amigo común, ya que Günther también es su amigo.

IX
DON RAUL SUSPENDE SU CARGO
DE GRAN CANCELLER



No dejé de ir a la Universidad a pesar del decreto. No tuve tampoco ninguna reunión con el almirante después de mi discurso póstumo. Nunca más volvería a hablar con él hasta el día de hoy; tan sólo en un par de ocasiones, años después, saludos protocolares en reuniones sociales. Era necesario esperar la llegada de Jorge Awad, quien debería estar en la Universidad el lunes 29 de setiembre. Por otra parte, muchas personas vinculadas directa o indirectamente con el quehacer universitario, querían indagar antecedentes de lo ocurrido y estimé conveniente hacerlo desde mi propia oficina. Beltrán Villegas, Nicolás Flaño, Percival Cowley, Alejandro Foxley, Víctor Maturana, Patricio Gross, Fernando Cifuentes Grez, Fernando Rozas, Guillermo Jiménez, Jaime Vicente, entre muchos otros, llegaron a expresar su adhesión y a indagar mayores antecedentes de la situación. La noticia había corrido como un reguero en todos los campus de la Universidad.

A Jorge le informé de lo ocurrido llamándolo por teléfono a Río de Janeiro donde se encontraba. No quería hacerlo, pero la gravedad de los acontecimientos hizo que me decidiera a llamarlo. Estimamos que no era prudente que adelantara su llegada respecto a la fecha prevista.

Apenas llegó me dirigí a su casa de calle Juan de Escaray, donde lo puse al tanto de todo lo ocurrido. Le señalé que el señor Cardenal quería hablar con él a fin de intercambiar opiniones acerca de la situación. El Gran Canciller había optado por no hacer nada hasta la llegada de Jorge. Esa había

sido la conclusión a la que habíamos llegado cuando le informé del decreto que aceptaba una renuncia inexistente.

Después de conversar con don Raúl, a primera hora de ese lunes, Jorge Awad pide hablar con el Rector. Lo recibe y se encierran prácticamente toda la mañana en la oficina de Swett. Difícil tarea para Jorge, puesto que la única salida digna era retrotraer toda la situación, lo que significaría una clara derrota para la rectoría. No había soluciones intermedias o de transacción. Sin embargo, a pesar de lo difícil de la tarea, Jorge no quiso cerrar totalmente las puertas. Conversó con los otros vicerrectores, se reunió con los gremialistas, especialmente con Hernán Larraín y Jaime del Valle. Volvió a conversar con el Rector, manteniendo por otra parte informado a don Raúl de sus precarios resultados. Hizo todo lo que podía hacer, para finalmente concluir con dolor, mucho dolor, puesto que tanto Jorge como yo habíamos aprendido a querer a la Universidad y nos sentíamos a gusto trabajando por ella, que todo era en vano y que no había nada más que hacer.

Junto con Jorge presentó la renuncia todo el equipo de confianza de la vicerectoría. Quisiera recordar los nombres de dos profesionales excelentes, quienes a pesar de tener posiciones de simpatía hacia el Gobierno Militar, adhirieron a la tarea que con tanto profesionalismo y entrega hiciéramos por la Universidad. Se trata de Sebastián Viviani y Marcelo Kaplán.

Por mi parte, pensaba que no se podía permitir al Rector Swett el haberme expulsado de la Universidad de una forma tan grotesca. Tenía que dejar un testimonio de lo ocurrido, para lo cual trabajé en la preparación de una larga carta al rector delegado, de la cual envié copias a buena parte de la comunidad universitaria.

Recuerdo que en una modesta casa, en la que vivían algunos sacerdotes de los Padres Franceses, entre los cuales se encontraban Percival Cowley y Beltrán Villegas, ubicada en Av. Los Leones muy cerca de calle Sucre, se preparó esa larga carta, de profundo contenido, con la ayuda de estos dos sacerdotes ejemplares, inteligentes y de permanente compromiso para con la Iglesia.

Por su parte, don Raúl preparaba sus propias decisiones. La Iglesia había impulsado, con don Raúl a la cabeza, una cruzada de defensa ineludible por los derechos humanos, lo que implicaba estar en permanente conflicto con el régimen. “Queremos ser voz de los que no tienen voz”, diría don Raúl y agregaba “cuando un hermano es torturado, apresado o encarcelado, cuando es perseguido o vejado en su dignidad personal, es un hermano el que sufre y la Iglesia sufre con él”. En otra oportunidad diría “Jesús nos dio la parábola del buen samaritano, allí está la razón de nuestra acción humanitaria”.

Siendo la Universidad Católica muy importante para la Iglesia, más importante era la defensa de los derechos humanos. Por eso don Raúl no quiso adoptar una actitud de mayor beligerancia con respecto a los hechos relatados y optó por dar una señal muy clara de respaldo a Jorge y a mí, “suspendiendo, mientras se mantengan las actuales circunstancias, el ejercicio de mi cargo de Gran Canciller”.

En las reuniones que tuvimos en su casa de Simón Bolívar, colocaba su viejo equipo de música con cassettes clásicos a buen volumen. Así, nos decía, “podemos hablar tranquilos porque a mí me espían, me graban las conversaciones telefónicas y quieren saber todo lo que hago”.

A muchos causó sorpresa que don Raúl designara al padre Jorge Medina en el cargo de Pro-gran canciller, cargo que se creaba en ese instante para buscar una solución a la

crisis. De esta forma, don Raúl mantenía el cargo de Gran Canciller y quedaba en sus manos el determinar cuándo “las actuales circunstancias” pudieran haber cambiado. En algún momento, nos decía, tendrá que irse Jorge Swett y allí, el nuevo Rector debe ser nombrado mediante un decreto del Gran Canciller.

El Cardenal tiene gran respeto intelectual por Jorge Medina. Cuando don Raúl participó en el Concilio Vaticano II, en el cual le cupo una actuación muy destacada, llevó de consejeros y asesores a Roma al propio Padre Medina y al Padre Egidio Viganó, salesiano de origen italiano, quien posteriormente sería inspector en Chile y más tarde Rector Mayor de la Congregación Salesiana para todo el mundo.

- Mira, - me decía- el Padre Medina además de ser muy preparado, es astuto. En Roma, se metía en las reuniones que separadamente tenían los obispos y sus asesores que estaban en posiciones contrarias a las nuestras, aquellos que no deseaban que se hicieran los imprescindibles cambios que se aprobaron en el Concilio. Se camuflaba con ellos como si fuera de ese bando. Como no era conocido en aquella época, pasaba inadvertido. Después llegaba donde nosotros, incluso con los documentos de las ponencias que harían los contrarios, lo que nos permitió prepararnos mejor y así, conociendo sus argumentos, poder rebatirlos adecuadamente y con la suficiente antelación. Ah!, Medina es un pillín.-

El señor Cardenal siempre ha considerado como muy valioso el aporte de Monseñor Medina a los logros del Concilio Vaticano II. Siempre relata que la curia vaticana se llevó una gran sorpresa con el Concilio puesto que habían preparado un documento muy completo el que estaban seguros se aprobaría muy rápidamente. No fue así: el gran deseo de cambio innovador de la Iglesia, obligó a que se desarrollaran múltiples comisiones y reuniones no contempladas en la

agenda original. La curia vaticana no pudo imponer su criterio y tuvo que aceptar la decisión de cambio manifestada en forma abrumadora por el Concilio. Este hecho fue muy gravitante en la toma de decisiones para la elección del Sumo Pontífice en los cónclaves que le tocó participar a don Raúl. Si tengo la oportunidad de escribir la segunda parte de este anecdotario, me referiré a este tema.

El nombre de Jorge Medina para ser designado Pro-gran Canciller, estuvo influido por su participación en el Concilio. El Cardenal me diría poco más tarde:

- Se llevarán una sorpresa con Jorge Medina-. El no va a aceptar que la Universidad pierda su identidad con la Iglesia y que sea utilizada en favor del régimen militar por los grupos políticos que lo respaldan.-

Posteriormente los hechos demostrarían que la primera parte de su esperanza se cumplió cabalmente, pero la segunda no. En efecto, una hábil estrategia desarrollada por los sectores gremialistas, con el respaldo del aparato gubernamental, ante la Nunciatura Apostólica y ante la Santa Sede, logró ir estableciendo paulatinamente relaciones directas con el Vaticano a través de la Sagrada Congregación para las Universidades para la conducción de nuestra Universidad Católica, marginando no sólo al Arzobispo de Santiago sino a toda la Conferencia Episcopal de Chile, que era el organismo eclesial con tuición última sobre estos organismos en el país. No estuvo ausente de estas gestiones, Héctor Riesle, entonces Embajador del Gobierno Militar ante la Santa Sede. De este modo, los grupos políticos que respaldaban a Pinochet pudieron hacer lo que quisieron en la Universidad sin que pudieran evitarlo los Obispos de Chile. No hay constancia pública que el Padre Medina haya impedido estos hechos, por el contrario, más me parece que fue funcional a ellos.

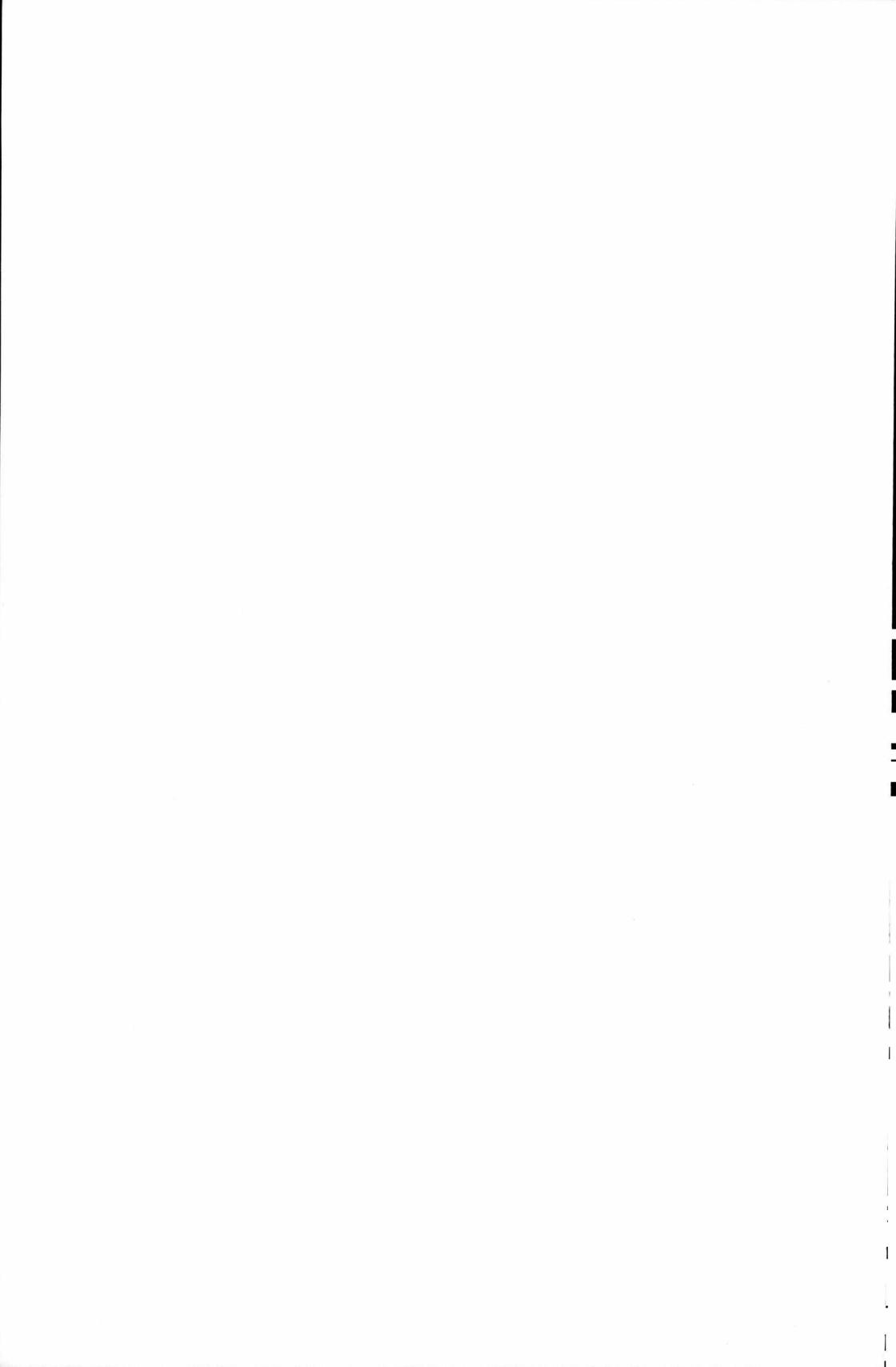
Una luz de esperanza se generó cuando el General Santiago Sinclair, relacionador entre la Iglesia y el Gobierno, le planteara al señor Cardenal la posibilidad de un cambio de Rector. Para ello, le trajo la opinión de la Junta de Gobierno en el sentido de que se le entregaría una terna a fin de que él decidiese por uno de ellos. El cambio de Rector generaba de inmediato el término de las “actuales circunstancias”, razón por la cual don Raúl podría decidir volver a ejercer en propiedad su cargo de Gran Canciller, poniendo término a la suspensión. Sin embargo, la respuesta del señor Cardenal fue tajante:

- Esta Universidad pertenece a la Iglesia y no al Gobierno. Pero sí estoy dispuesto a que la terna sea propuesta por el Arzobispado y la decisión la adopte la Junta.-

Obviamente que no hubo cambio de Rector. Muchas veces comentaríamos más tarde con don Raúl, que el largo período de Swett en el cargo de Rector delegado, se debía más a la imposibilidad práctica de cambiarlo (por el hecho de que en ese momento el Gran Canciller asumiría nuevamente el control de la Universidad), que por el deseo del gobierno de mantenerlo en el cargo. En efecto, el señor Cardenal dejó su cargo de Arzobispo de Santiago en 1983, diez años después del golpe de estado y Swett aún se mantenía como Rector delegado. El decreto que designó Rector a Juan de Dios Vial Correa, llevaba la firma de Monseñor Juan Francisco Fresno, como Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

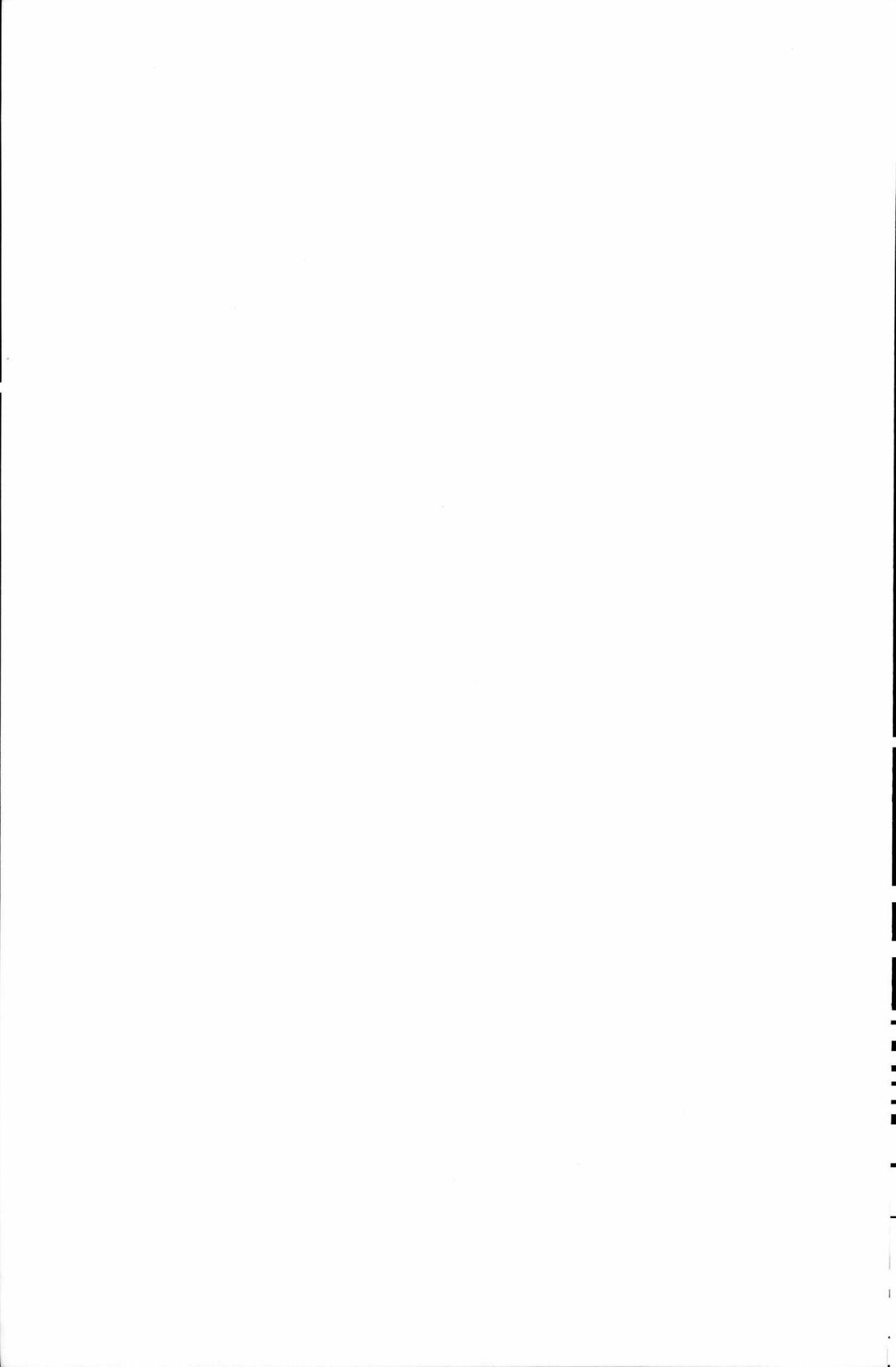
Escribo estos recuerdos en Waldmünchen en la noche del sábado 10 de julio de 1993, después de haber tenido un almuerzo de celebración con toda la familia Spaett por el cumpleaños de su hermana. Mañana temprano saldremos nuevamente hacia la República Checa, atravesando la frontera que queda muy cerca del hotel donde alojamos, a sólo 300

metros. El año 1976 fuimos a visitar este punto de la frontera. Había una barrera que imposibilitaba el paso, pero por sobre todo, había un campo minado, varias hileras de alambres de púas enrollados y de trecho en trecho, soldados checoslovacos encaramados en torres de vigilancia impidiendo la libre entrada y salida de los habitantes de ambos países. Ahora, la complementación económica, la eliminación de barreras, la libertad y la reconstrucción de la República Checa, han reemplazado a los campos minados y a los soldados.



X

EL VINO EN LA VIDA DE DON RAUL



Al señor Cardenal le gusta acompañar sus comidas bebiendo vino. Es un gran degustador del fruto de la vid y, probablemente por provenir de una familia de rancia vinculación con la agricultura, sabe mucho del vino de Chile.

Fue al entrar al noviciado Salesiano cuando comenzó la costumbre del vino en la mesa diaria. San Juan Bosco o don Bosco, había permitido a sus salesianos que bebieran un poco de vino para acompañar sus comidas. Esta costumbre se ha mantenido sin variación por más de un siglo en todos los noviciados salesianos del mundo, y en el Seminario de Macul se acostumbraba a colocar una botella de un cuarto de litro en la mesa para cada novicio.

Siempre me ha llamado la atención al leer el Evangelio que el primer milagro de Jesús se relaciona con el vino en las bodas de Caná y que en su última cena, nos deja como maravilloso legado la eucaristía, la comunión con Jesús en las especies de pan y vino. Después, su entrega y su muerte.

En la vida de Jesús el vino estuvo presente y también en la del señor Cardenal. Cuando empecé a frecuentar su casa y escuchar los primeros comentarios que él hacía de tal o cual vino, me hicieron ir aprendiendo de sus características y cualidades. Hoy día, tengo en guarda tanto en mi casa de Santiago como en Las Cruces alrededor de 2.000 botellas de vino de distintas viñas, características y años. El señor Cardenal goza escuchándome cuando le cuento que he comprado

una partida de tal o cual vino. Suele recordarme que debo cambiar el corcho a las más antiguas porque “los corchos en Chile no duran más de 10 años”. Cuando le digo que aún no lo hago, él me dice: “tienes que hacerlo, después te vas a arrepentir”. Ahora que suele ir a almorzar todos los domingos a Las Cruces y cada vez que hay un comensal distinto que por primera vez visita nuestra casa de descanso, normalmente se muestran muy admirados por las características y arquitectura de la casa, obra de mi gran amigo y arquitecto Jaime Silva. Entonces el Cardenal les dice “tú no conoces la parte principal de la casa”, para referirse a la bodega que se construyó especialmente en el subterráneo para mantener el envejecimiento del vino en las mejores condiciones posibles. Por lo tanto, se ha transformado en una costumbre habitual que nuestros invitados vayan a visitar la bodega de guarda, donde las botellas se encuentran perfectamente ordenadas, debidamente clasificadas y protegidas incluso de terremotos.

Muchos sacerdotes y amigos han pasado por Las Cruces y muchos de ellos han visitado la “cave” de guarda. Recuerdo al Cardenal Fresno, a Monseñor Jorge Manrique, Arzobispo Emérito de La Paz Bolivia y a los Padres Fernando Cifuentes Stöckebrand, Sergio Zañartu, Octavio Vio, Ignacio Vio, Ricardo Reyes, más conocido como el Padre “Chocolito” por el color de su piel, Gustavo Ferraris, Marcial Umaña, Juan Bagá, Enrique Salman, José Carraro, Ricardo Ezatti, Antonio Castellano, Renato Poblete, Antonio Hidalgo, Fernando Chomali, Wenceslao Barra, Mario Garfias, Alvaro González y tantos otros que han estado junto con el señor Cardenal en nuestra casa de descanso.

Varias son las anécdotas que cuenta don Raúl en donde el vino ha sido el protagonista. En una oportunidad, viajando por Alemania en procura de ayuda económica, le indican que el barón de Frankestein (así lo nombra él), lo invitaba a un almuerzo a fin de conocerlo y hacerle entrega de una ayuda.

Asiste el señor Cardenal a la gran casa del barón, el cual se dedicaba principalmente a la producción de vinos. Los comentarios y apreciaciones de que hizo gala don Raúl, le hicieron constatar al barón que se encontraba delante de un gran conocedor de vinos. Entonces, se le ocurre una idea y sin que lo supiera don Raúl, ordena colocar dos vasos de vino tinto frente al lugar que le correspondía sentarse al señor Cardenal. Después de la bendición de rigor, se sientan a la mesa y el barón dice en voz alta.

- He colocado dos vasos frente a Su Eminencia. Uno de ellos contiene vino de mi propia cosecha y el otro es un vino de otro productor y quisiera que el señor Cardenal me diga cuál de los dos considera de mejor calidad.-

Don Raúl sonríe y le dice:

- Con mucho gusto, pero si el que encuentro mejor no es el suyo, usted me contrata y yo lo ayudo a mejorar su vino.-

- No se preocupe -responde el barón-, sólo deseo la experiencia de una persona que acostumbra a beber buenos vinos.-

Don Raúl toma una de las copas, se la acerca a la nariz, huele el vino y después toma un sorbo. A continuación come un pedazo de pan y repite la ceremonia con el segundo vaso. Sin dudarle un instante dice con absoluta seguridad:

- Este -

Estaba indicando el vaso que contenía el vino del barón. La alegría de Frankenstein era inmensa, aplaudía alborozado por el ansiado veredicto.

Al final de la comida el barón le hace entrega al señor Cardenal de un cheque con la ayuda por una cifra que era el doble de la prometida.

“Se da cuenta, -diría posteriormente el señor Cardenal en la tranquilidad de su casa comentando el incidente,- si don Bosco tenía toda la razón al educar a los salesianos desde muy temprano a ser buenos conocedores del vino.”

En otra oportunidad, el señor Cardenal había invitado a cenar a su casa de Simón Bolívar a unos “gringos”, como cuenta y los llama él. En esa oportunidad se sirvió en la mesa tanto vino de la Viña Undurraga, que le habían obsequiado, como también vino de Cousiño Macul. Al ofrecerle el vino a uno de los comensales que casi no hablaba español le dice:

- ¿Desea Undurraga?, -mostrándole la botella. El gringo asiente y el Cardenal le llena la copa. La ubicación de su invitado no le permitía observar con detención la etiqueta con la marca de la botella.

Al cabo de un rato y al constatar el señor Cardenal que a esa persona se le había terminado el vino le dice:

- ¿Le ofrezco más? -

Y el invitado le responde en pésima mezcla de español e inglés:

- Si, muchas gracias. ¡This is my two durraga.! -

Hace poco más de un año, en 1992, el señor Cardenal invitó a almorzar a don Pedro Undurraga. Tuvo el cuidado y la delicadeza de poner en su mesa sólo vino Undurraga. Durante la comida contó esta anécdota, lo que motivó una carcajada generalizada.

En el año 1989, el Colegio de Abogados de los Estados Unidos le otorgó un premio muy especial por su defensa a los derechos humanos en los tiempos de la dictadura. Lo invitaron a Estados Unidos con el objeto de entregárselo en un solemne almuerzo que se efectuó en Washington con presencia de más de 200 invitados. En esa oportunidad lo acompañaron el Padre Gustavo Ferraris y el Padre Luis Eugenio Silva. Durante el almuerzo le sirvieron de plato de fondo un excelente pescado. La comida estaba muy bien preparada; todo exquisito y de muy buena calidad. Pero... no había vino, tan sólo sirvieron agua y punto. Difícil fue para don Raúl tener que aceptar esta situación. Sin embargo en el momento de la despedida el Presidente del Colegio de Abogados, como anfitrión, le preguntó qué le había parecido todo el acto. El señor Cardenal, con el premio aún en sus manos, le dijo que todo había sido magnífico con excepción de un detalle importante. Curioso, el Presidente quiso saber cuál había sido ese detalle y don Raúl le respondió diciéndole:

- En mi país se acostumbra a decir que el pez nace en el agua, vive en el agua y muere en el vino. Y en este caso no ha sido así: también ha muerto en el agua.-

En el año 1972 no era fácil conseguir muchos productos que escaseaban en el mercado. Entre ellos también estaba el vino. Günther Spaett siempre ha sido un gran degustador y desde su llegada a Chile en enero de 1970, después de probar el vino chileno, se transformó en un decidido consumidor, considerándolo como uno de los mejores del mundo. Siempre andaba a la búsqueda de datos que le permitieran abastecerse de algunas botellas en guarda. Ir a su casa a cenar constituía con certeza un acontecimiento inolvidable. No tan sólo por la calidad especialísima del vino añejado en botellas, sino que también por la habilidad culinaria, el ornato y el cariño que ponía su encantadora esposa, Friedl, en la preparación de la mesa y los alimentos. Asiduamente íbamos con Silvia a cenar

a la casa de ellos junto con Enrique Palet y su esposa Eliana. Nos rotábamos en las invitaciones, por lo que era habitual que nos juntáramos prácticamente todas las semanas.

Un día a finales de 1972, llega a mi casa Günther Spaett en una kleinbus Volkswagen. Toca el timbre y me informan que mi gran amigo me buscaba. Salgo a saludarlo y me percató que la kleinbus se encontraba inclinada hacia atrás dando claras muestras de estar cargada al máximo de su capacidad. Inmediatamente después de intercambiarnos los saludos de rigor, le consulto qué pasa con el vehículo. Con excitación me cuenta que, supervisando un seminario de capacitación en Talca, le pasan el dato de una bodega rural ubicada cerca de Rancagua donde una persona conocida de uno de los participantes del seminario, tenía en su poder una gran cantidad de vino de muchos años de antigüedad y que lo vendía aparentemente a buen precio. Günther, de vuelta a Santiago pasa por la bodega indicada, ubica a la persona encargada y le manifiesta que está en conocimiento que él dispone de una partida de vino de algunos años de guarda. Le responde afirmativamente, transan el precio y se procede a cargar el vehículo al máximo de su capacidad. La compra había sido de cerca de 400 botellas de distintas viñas, blanco y tinto.

Günther me muestra orgullosamente su compra. Las botellas venían envueltas en un cartón corrugado que sólo permitía verles el gollete y la parte del corcho. Se veía viruta de madera cepillada resguardando los espacios entre todas las botellas. Me percaté de que todas ellas usaban aún papel para tapar la zona del corcho y en algunos casos, el papel de color rojo se encontraba totalmente apolillado. Al consultarle los años de cosecha a que pertenecían las botellas me señaló que sólo le habían señalado que podrían ser unos de 30 años atrás. Las tablas de madera que formaban el cajón tenían unos cinco centímetros de ancho, dejando un par de centímetros entre

tabla y tabla. En algunos cajones aparecía un nombre y una dirección en Iquique.

Günther con su generosidad acostumbrada me ofreció la mitad de su compra al mismo precio que él lo había adquirido, el cual era obviamente muy conveniente, y aún más considerando el inicio de la situación de desabastecimiento que vivía el país, lo que provocaría poco más tarde, un generalizado mercado negro. Me negué en un principio a aceptar su ventajosa oferta. Sin embargo él insistió con su tozudez acostumbrada y finalmente me quedé con la mitad de su estupenda adquisición. Gran amigo el querido Günther quien siempre está dispuesto a dar y servir a los demás, sin cálculos y sin pedir nada a cambio. Su vocación de servicio es tan acentuada que su alegría de vida se fundamenta en la entrega generosa de todas sus capacidades y de todo lo que tiene para hacer posible una vida y un mundo más justo, más libre y más desarrollado. En Chile dejó una huella indeleble que es reconocida a nivel político, en la Iglesia y con todas aquellas instituciones y personas en las que desarrolló su fructífera labor durante cerca de cinco años.

Guardé el vino en mi casa, bajándolo de la kleinbus. Esa misma noche abrí un cajón y procedí a probarlo. Realmente excelente, de gran cuerpo y con el característico dejo del vino sabiamente añejado, sin poder decir cuánto era su antigüedad. Pero posteriormente, dado a que su envío primitivo era para el Norte Grande, pensé que esa partida no se despachó debido a la crisis del salitre en la década de los 30. Por lo tanto, al entrar en 1972, ese vino debería tener alrededor de unos 35 años.

En aquel tiempo, yo estaba ya frecuentemente en la mesa del señor Cardenal. Acostumbraba a llevarle algún licor o vino de buena calidad de regalo para esas ocasiones. Pocos días después de la generosa venta de Günther, don Raúl me

invitó a cenar con él. Obviamente decido llevarle dos botellas de las de 700 cc. de regalo. Las limpié, se las envolví en papel de regalo y partí a su casa de Simón Bolívar. Como era habitual nos recibía en su escritorio, el mismo donde había sido nuestro segundo y tercer encuentro.

Cuando llegué a su casa me hicieron pasar directamente al escritorio. Allí estaba él despachando correspondencia. Cuando me ve llegar deja los papeles a un lado, me saluda cariñosamente y yo le hago entrega de mi regalo. Lo abre, toma una de las botellas en sus manos y noté que la observaba con mucha atención. Después de un rato de minuciosa observación, levanta su vista y mirándome dice:

-No sabes lo que me has traído. Mira, este vino se embotellaba en Lontué, en 1928, cuando yo estaba terminando mis estudios de derecho. En dos veranos consecutivos trabajé en esta viña, la Correa Errázuriz, como procurador legal de ella. Esta etiqueta verde oliva con la firma negra de Correa Errázuriz es la misma que se utilizaba en aquella época. Esta viña dejó de funcionar posteriormente, así que yo diría que este vino tiene cerca de cuarenta años, dice el señor Cardenal. Después de haber conversado un rato en su escritorio, pasamos directamente al comedor. Para ello teníamos que cruzar el hall de entrada, después el salón de visitas con la chimenea a gas y de allí al comedor.-

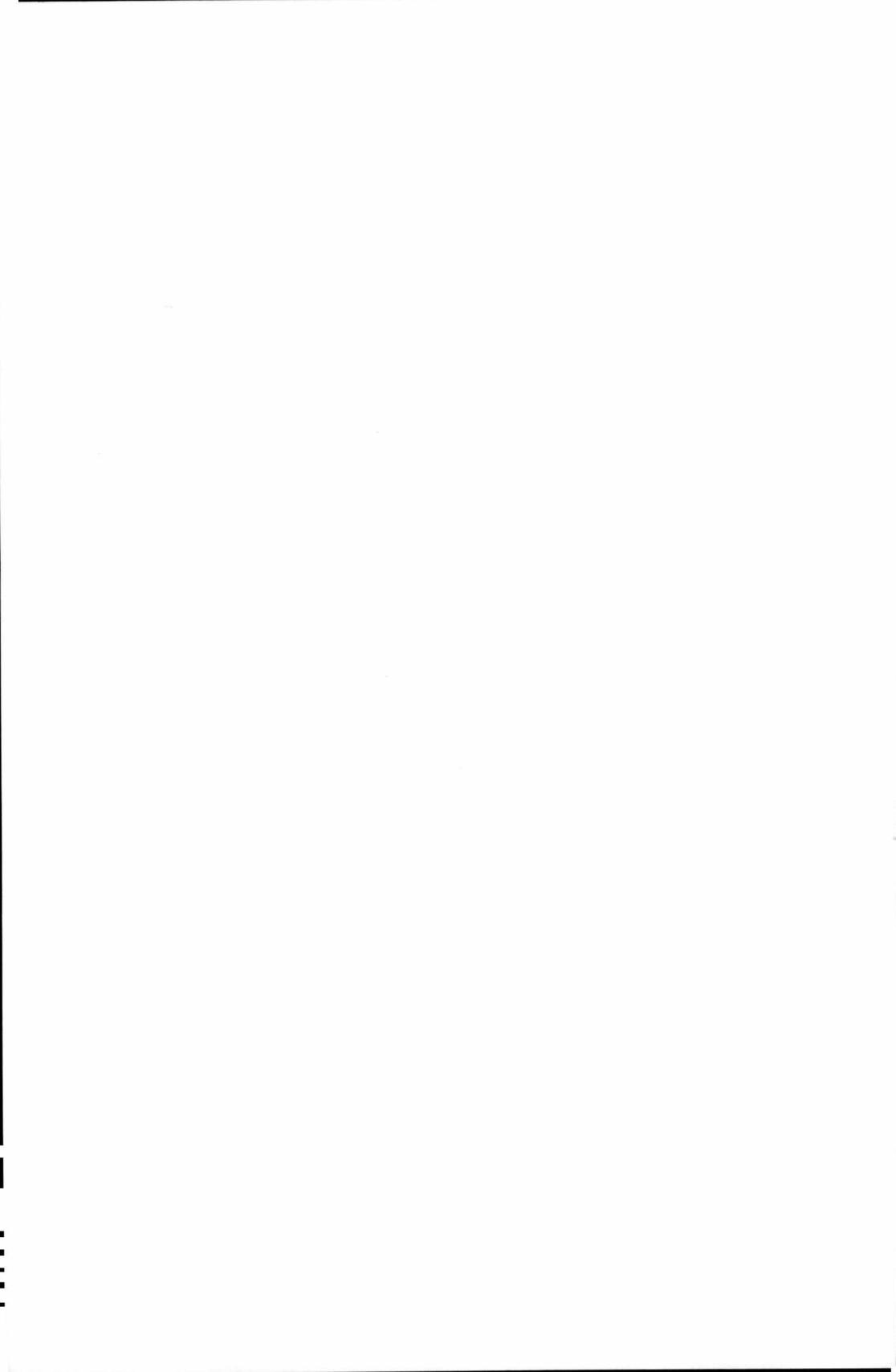
Esa misma noche nos servimos el vino de Günther, alabamos en varias oportunidades su calidad, aroma, cuerpo y buen sabor que había logrado con el envejecimiento natural.

Después de estos hechos casi todas las botellas de ese vino fueron a parar a la mesa de don Raúl. Le fui llevando de dos en dos hasta que tan sólo me quedó una. Esa la decidí guardar para una ocasión especial. En efecto, se la regalé el día que cumplía 80 años, un 27 de septiembre de 1987, en el

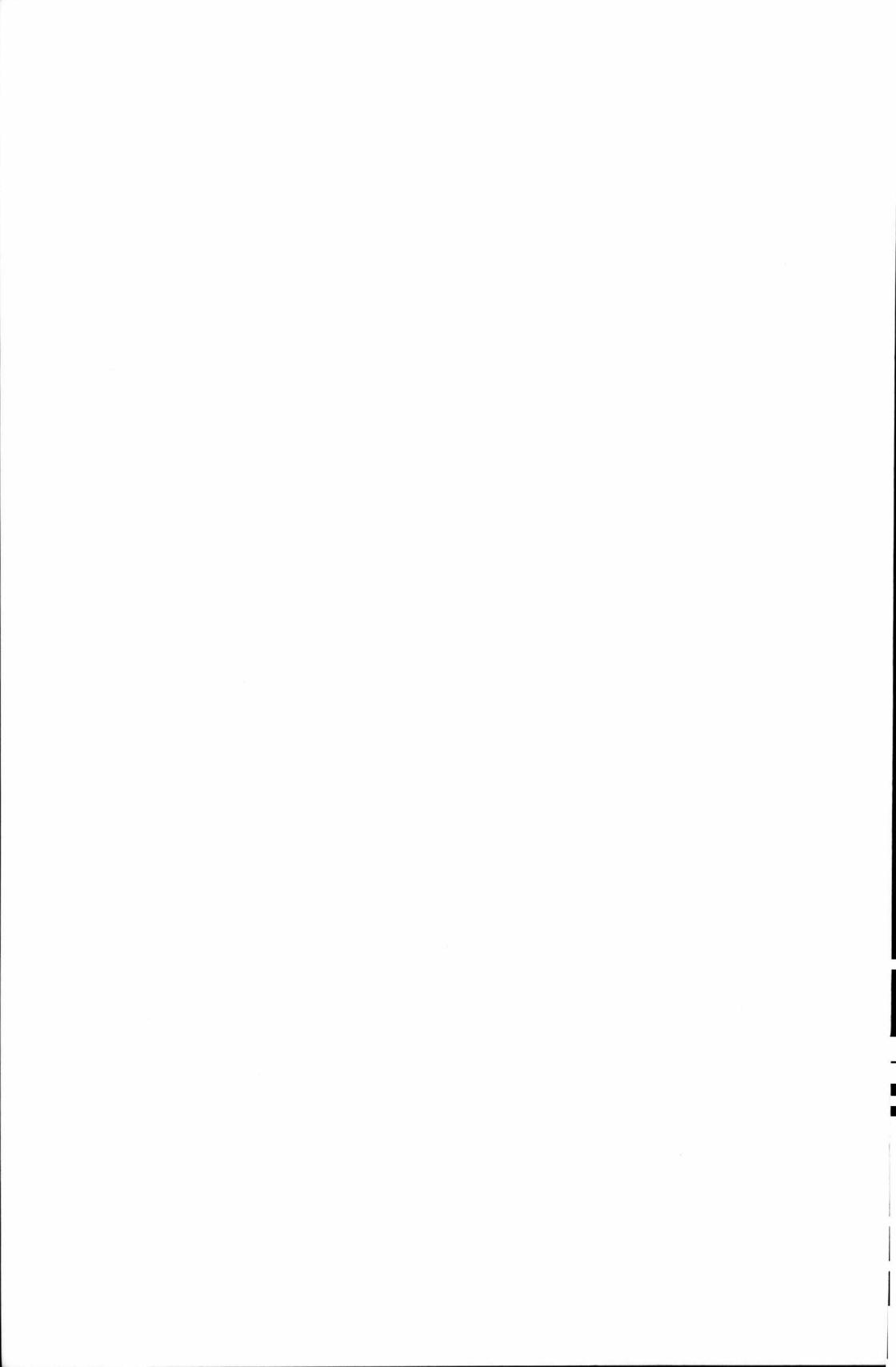
Círculo Español donde me había tocado organizar un masivo almuerzo de homenaje. En un segundo tomo de este anecdotario me referiré a este acontecimiento al que asistieron más de 1.200 personas, si las circunstancias así lo permiten.

Termino de escribir estos recuerdos en la hermosísima ciudad checa de Cesky Krumlov, cuya riqueza cultural, arquitectónica y artística es de primer nivel mundial. Recientemente Unesco la ha declarado ciudad patrimonio de la humanidad. Resulta gratificante ver cómo los checos están trabajando en la reconstrucción y mantención de sus hermosos y antiguos edificios, iglesias, casas y castillos con cientos de años de historia. Uno al lado del otro, con calles estrechas, empedradas con el trabajo y esperanzas de muchas generaciones que la hicieron posible y que 44 años de abandono no lograron destruir.

Estamos a lunes 12 de julio de 1993. Mañana martes partiremos en la mañana a Viena.



XI
LA CASA DE TALAGANTE



Estamos ahora a martes 13 de julio de 1993. Me encuentro frente a la Iglesia principal de Cesky Krumlov, después de haber asistido a la Santa Misa de las 7:30 horas. Estoy debajo de un portal resguardándome de una ligera lluvia que empezó a caer durante la ceremonia. Hace 23 años, en 1970, también asistía en la mañana a una misa muy triste. Había muerto don Chucrí Sapag, mi padre. Tanto el día de su fallecimiento como el día del funeral, llovía intensamente en el Puerto de San Antonio, donde él vivió durante muchos años y donde nací yo y el resto de mis hermanos.

Oré por él, dándole gracias al Señor por haberme dado un padre cuyo ejemplo de vida y de acción, cada día me enorgullece más. También oré por tantos buenos amigos que ese día viajaron desde Santiago a San Antonio para asistir al sepelio, en condiciones climáticas tan adversas. Entre ellos, Günther, quien siempre ha estado tan cercano a pesar de la lejanía. También recuerdo a dos buenos amigos que quisieron acompañarme, entre tantos otros, pero que por alguna razón se me vienen a la memoria: Rafael Moreno y Ramón Downey, hombres eficientes y generosos, entregados a la reforma agraria chilena donde yo trabajaba en esa época.

Antes de partir de viaje a Viena, escribo estos recuerdos de la casa de Talagante. Después de mi primer encuentro con el señor Cardenal, de resultados tan poco alentadores, Enrique Palet, Günther y yo seguimos buscando una casa para C.P.J. Finalmente, en 1972 adquirimos el Seminario de los

Hermanos del Sagrado Corazón ubicado muy cerca de la autopista a San Antonio. En aquel tiempo la carretera era un proyecto y sólo años después se procedió a su construcción.

Supe de la posibilidad de adquirir esa propiedad por los propios hermanos canadienses, a quienes conocía desde muy niño puesto que habían sido mis profesores en San Antonio. Ellos llegaron a Chile a fines de la década del cuarenta y a principios de la del cincuenta. Los hermanos Anthime, Marcos, Leonardo, Regis, Pedro, Tomás, Real, Eusebio, Reinaldo (mi tocayo) y otros cuyos nombres se me escapan, habían sido mis profesores y más que eso mis amigos y consejeros. ¡Qué tarea más hermosa realizaron los hermanos canadienses! Preocupados hasta el último detalle de nuestra formación, nos abrieron las puertas del Instituto del Puerto de San Antonio de par en par. Aprendí a querer a mi colegio y aún más, deseaba que llegara el día lunes para volver a estar trabajando y estudiando con ellos a pesar de que los fines de semana, hasta el mediodía del domingo podíamos seguir yendo al colegio.

En una oportunidad, tomamos el tren en la estación de San Antonio para ir a Talagante en una excursión inolvidable a cargo del hermano Regis. Ese día ayudamos a levantar la casa de Talagante acarreando ladrillos, arena y cemento para abastecer a los albañiles quienes eran los propios hermanos.

Ellos estaban construyendo un seminario con capacidad para más de 100 novicios. Al lado construyeron posteriormente un colegio, el que sigue funcionando en la actualidad. Pero la casa del seminario nunca funcionó a causa de que las vocaciones fueron muy pocas, razón por la cual los hermanos estaban pensando en venderla. Así fue como, después de nuestra fallida conversación con don Raúl, empezamos a buscar directamente una propiedad. De esta forma llegamos a los queridos Hermanos del Sagrado Corazón.

En el año 1972, las propiedades valían muy poco. Muchos tenían gran temor a la Unidad Popular y empezaron a vender las propiedades, las que en términos reales bajaban y bajaban de precio. Por otra parte el dólar en el mercado informal llegó a precios increíbles, precisamente porque los que vendían bienes raíces lo transformaban en dólares en esa época. Por esta razón el que disponía de la moneda americana podía adquirir las propiedades con muy pocos dólares. Como el aporte de la Fundación Konrad Adenauer a CPJ se hacía en marcos alemanes, los que se transformaban en dólares, la posibilidad de adquirir la propiedad a muy buen precio se convirtió en un hecho cierto, lo que hicimos en octubre de 1972.

Cuando los Hermanos supieron cuál sería el destino de su propiedad y las personas que estaban detrás de CPJ, quedaron muy satisfechos. Ellos sabían que estaban haciendo un pésimo negocio, pero tenían que hacerlo y antes que el beneficio lo percibiera un particular cualquiera, ciertamente que consideraron muy conveniente que fuéramos nosotros quienes nos quedáramos con la propiedad.

Poco antes los Hermanos habían hecho el cerco divisorio con el colegio colindante que ellos administraban. Apenas nos hicimos cargo de la propiedad le encargamos a los arquitectos Patricio Gross, Jaime Silva y Mario Suárez que la remodelaran de acuerdo a las necesidades de CPJ. Hicieron un excelente trabajo y aprobamos con Enrique y Günther los planos presentados. Se iniciaron las obras y así, a comienzos de 1973 teníamos la propiedad en óptimas condiciones de funcionamiento para nuestros seminarios. Se le encargó la administración de ella a un antiguo falangista, Antonio Chain, tío mío y hermano de las monjas Chain, como las llama el señor Cardenal. Antonio hizo un eficiente y muy buen trabajo junto a su esposa Elba, como administradores de la casa en

momentos muy difíciles, tanto en los finales de la Unidad Popular como en los primeros tiempos del Gobierno Militar.

La actividad de CPJ continuaba cada vez con más fuerza y éxito. Me tenía que multiplicar para desarrollar con eficiencia mis tareas docentes en la Universidad Católica en donde desarrollaba dos cátedras en la Facultad de Economía, mi cargo de Director General de la Vicerrectoría, la administración financiera de CPJ y las asesorías sindicales a las que me he dedicado ininterrumpidamente durante 28 años. La casa de Talagante empezó a ser frecuentada por cientos de jóvenes quienes recibían capacitación semana a semana. Muchos profesionales de la Democracia Cristiana muy destacados a nivel nacional, eran profesores de nuestros cursos. Así, en el pueblo se identificó a la antigua casa de los hermanos del Sagrado Corazón con actividades formativas de la juventud vinculada a la Democracia Cristiana.

En esta situación nos encontrábamos cuando se produjo el golpe militar.

Desde el punto de vista legal el traspaso de la propiedad desde la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón a la Corporación de Desarrollo y Promoción Juvenil, no había podido perfeccionarse, por las demoras que provocó la subdivisión de ella, la cual se encontraba fuera del radio urbano, por lo que hubo que efectuar diversos trámites e inscripciones y autorizaciones de distintos organismos públicos que demoraron el traspaso.

Apenas llegué de Nueva York, después del golpe, mis preocupaciones fueron múltiples. No tan sólo por los acontecimientos de la Universidad, sino que también por los de CPJ. La sede central ubicada en calle Elena Blanco, en la comuna de Providencia, fue saqueada por los militares poco después

del golpe. Entraron y destruyeron todo lo que se encontraba bajo llave. A nuestro perro guardián lo mataron de un balazo en la noche del saqueo, llevándose documentos y todo lo que encontraron a mano. Nunca recuperamos nada.

Teníamos temor a que nos quitaran nuestras propiedades mediante un simple decreto autoritario, al vincular nuestra labor a la de los partidos políticos a quienes se les confiscaron todos sus bienes. Ante este temor le sugerí a Enrique y a Günther que fuéramos a hablar con don Raúl a fin de que el traspaso de la propiedad de Talagante se hiciera desde los Hermanos del Sagrado Corazón al Arzobispado de Santiago. Si el Cardenal lo aceptaba, la casa se salvaría de la probable confiscación.

Hablé por teléfono con don Raúl y le pedí una entrevista señalándole que el tema era CPJ y no la Universidad, puesto que dadas las circunstancias relatadas anteriormente, en aquella época la razón fundamental de mis conversaciones con el señor Cardenal se vinculaban a la Universidad Católica. Cabe hacer notar que en la cada vez más estrecha relación con don Raúl, le fui contando lo que hacíamos con Enrique y Günther en CPJ, por lo que sabía perfectamente de la tarea que se estaba desarrollando. La transacción con los Hermanos del Sagrado Corazón estaba también en su conocimiento, razón por la cual para nada le llamó la atención que mi petición de entrevista tuviera que ver con esta institución distinta a la Universidad.

Otra vez, con una diferencia de dos años, los tres amigos fuimos a conversar con el señor Cardenal. La razón de la entrevista era esta vez muy distinta a la anterior, a pesar de que el tema era el mismo. Antes queríamos comprar, ahora queríamos que él comprara. Así se construye la historia. Le dimos todos los argumentos por los cuales considerábamos imprescindible que aceptara el traspaso. Después de meditarlo un rato nos dijo:

- Vienen tiempos duros y difíciles. Necesitamos de toda nuestra fuerza moral y de nuestra decidida voluntad para hacer prevalecer en Chile la cordura, la paz y la justicia. Yo les pido que ustedes hagan lo posible para que la casa de Talagante esté al servicio de estos valores fundamentales. Háganlo con prudencia puesto que nadie debe correr riesgos innecesarios. En estas condiciones, acepto que se haga este traspaso. Yo por mi parte haré una carta que quedará guardada en mi caja fuerte dirigida a quien me suceda. Uno nunca sabe cuándo el Señor vendrá a buscarnos. En esa carta explicaré el sentido de este traspaso a fin de que una vez que se vuelva a la normalidad se le entregue la casa de Talagante a la Corporación que ustedes dirigen.-

¡Qué distinto fue este encuentro al anterior!. Ahora nos encontrábamos frente a un hombre expresivo, que nos miraba a los ojos con cariño por lo que habíamos hecho en CPJ. Además, estaba dispuesto a usar todo su poder e influencia para ayudarnos en lo que le pedíamos, al igual como lo hizo con miles y miles de chilenos que volvieron los ojos hacia la Iglesia en búsqueda de consuelo, apoyo, comprensión y ayuda durante tantos años de dictadura.

Esta reunión se efectuó en algún día de la semana comprendida entre el 22 y el 28 de setiembre de 1973, en los duros momentos en que nos dábamos cuenta del rigor brutal del régimen autoritario. En esa misma oportunidad, Günther se despidió de don Raúl en consideración a que el día 30 regresaba definitivamente a Alemania con su familia. Le informó además, de los resultados de una petición que días antes de esta reunión le hiciera el Padre Luis Antonio Díaz, a la fecha secretario privado de don Raúl, quien fue a la casa de Günther, ubicada en la calle Pedro Torres de la comuna de Ñuñoa, a fin de que ayudara a que se diera a conocer en el extranjero la declaración de los Obispos en torno al Golpe Militar, la que no había sido del agrado de la Junta. En consideración a que las comunicaciones se encontraban con-

troladas por el nuevo Gobierno, se hacía necesario buscar otros canales que hiciesen posible que en el exterior se conociera la opinión de la Iglesia en torno a los graves acontecimientos que estaban sucediendo en Chile. Posteriormente el abogado de CPJ, Eduardo Cereceda, redactó la escritura definitiva para el traspaso de la casa de Talagante entre los Hermanos del Sagrado Corazón y el Arzobispado de Santiago.

Cuando los militares llegaron a la casa de Talagante y quisieron confiscarla, se encontraron con la serena explicación de mi tío Antonio, quien les advirtió que la propiedad pertenecía al Arzobispado de Santiago y que ellos asumieran las consecuencias de su acción si querían hacerse cargo de la casa. Ante ello el oficial a cargo de la misión optó por hacer las consultas pertinentes al mando superior. Volvieron después pero sólo para señalar que el derecho a reunión estaba suspendido, razón por la cual no se podrían hacer reuniones de ningún tipo en la casa. Los militares de Talagante siempre mantuvieron posteriormente una actitud de suma vigilancia en torno a la casa, sus moradores, sus visitas y sus actividades.

El 29 de setiembre de 1973, los cepejotinos nos reunimos en mi casa al mediodía, para despedir a Günther y su familia, ya que al día siguiente partían a Alemania. Fue un día triste para todos, puesto que no sabíamos cuál sería nuestro destino en las circunstancias que estábamos viviendo. No pudimos hacer la celebración en la noche ya que estábamos sometidos al toque de queda que nos obligaba a no circular por las calles a partir de las 20 horas. Para Enrique Palet, Eliana y nosotros, era doblemente triste ya que también partía nuestra ahijada Patricia Mónica de tan sólo tres meses de edad. Un nudo en la garganta, conmovidos por la emoción, cerró la última tarde de nuestros amigos en Chile.

Algunos años más tarde, Andrés Zaldivar me solicita buscar alguna solución jurídica que hiciera posible que la

propiedad quedara en manos distintas a las del Arzobispado de Santiago. Le señalé que, a mi juicio, la propiedad de la casa era de CPJ y que terminadas las circunstancias del Gobierno Militar, debería volver a la Corporación. Andrés no pensaba igual y decidió conversar con don Raúl a fin de pedirle que se traspasara la casa a alguna otra persona natural o jurídica que tampoco tuviera dificultades para su funcionamiento. Para ello se efectúa un almuerzo en la casa de don Raúl en calle Simón Bolívar donde asisten varias personas encabezadas por Andrés. Después de un intercambio de opiniones, el Cardenal acepta traspasar la casa del Arzobispado de Santiago a Cáritas Chile, para ser administrada por el Padre Baldo Santi, a petición de Andrés Zaldivar.

Esa noche me invita a cenar y me cuenta lo conversado sobre la casa y la decisión que había adoptado. Al despedirnos me toma del brazo y me dice con la dulzura de un padre:

- Hijo, a tí en el Partido Demócrata Cristiano no te quieren.-

Termino de escribir estos recuerdos en la ciudad de Bratislava, capital de la nueva República de Eslovaquia, a orillas del Danubio, después de haber viajado en la mañana desde Viena para llegar a almorzar a esta hermosa ciudad. Estando en la ciudad nos percatamos de que un Obispo y cuatro sacerdotes que lo acompañaban se dirigían con paso seguro a almorzar a un restaurante que quedaba cerca de donde estábamos. De inmediato seguimos al Obispo, diciéndonos que no nos podríamos equivocar de la calidad de la comida si un Obispo tenía ya seleccionado un restaurante. Efectivamente no nos equivocamos. Estamos a jueves 15 de julio.

XII
UN DOLOR QUE ME ACOMPAÑA



Durante el tiempo que trabajé en la Universidad Católica, logré hacerme de muchos amigos. Aún cuando mi militancia en la Democracia Cristiana podría haber significado una limitante, en consideración a la alta politización existente en el país en aquellos años, la verdad es que todas las tendencias me respetaban y yo las respetaba a ellas. Por lo tanto tenía amigos que me querían cualquiera fuese su posición política.

Uno de ellos era Manuel Cabrera, entusiasta y comprometido gremialista que ocupaba un alto cargo en el departamento de Relaciones Públicas de la Universidad. El tenía que presentarme los presupuestos para diversas actividades en el área de su competencia, los que tenía que discutir conmigo. Era un muchacho joven y alegre que quería a su Universidad. Admirador de Jaime Guzmán, del cual se declaraba seguidor incondicional.

Cuando se despidió de mí, a raíz de mi salida de la Universidad, me manifestó su adhesión y me dijo que había lamentado mucho lo ocurrido con el Rector Swett.

Nunca perdimos totalmente el contacto. De vez en cuando me llamaba por teléfono y conversábamos de cómo nos estaba yendo. Debo reconocer que siempre me simpatizó a pesar de lo equivocada que era para mí su posición política, rayana en el fanatismo.

Un día, leyendo los diarios, me entero que mi amigo había participado en una recepción de protesta que había organizado la Dina en repudio a los Obispos chilenos que habían viajado a una reunión en Ríobamba, Ecuador. Los Obispos llegaban a Pudahuel, siendo recibidos con pancartas alusivas a su dignidad, insultados, vejados y finalmente apedreados. Uno de los participantes más activos en la manifestación había sido Manuel Cabrera.

Toda la reunión de los obispos latinoamericanos, participantes en esa jornada, había sido extraordinariamente compleja. En efecto, según el relato de Ascanio Cavallo, Oscar Sepúlveda y Manuel Salazar, en su libro "La historia oculta del régimen militar", los hechos fueron como siguen:

"El jueves 12 de agosto de 1976, a eso de las cinco de la tarde, las puertas del seminario de Santa Cruz de Riobamba, donde se realizaba la reunión de 17 obispos, 19 sacerdotes, 6 religiosas y 6 laicos, se abrieron violentamente y varios civiles armados irrumpieron en la sala de reuniones y en las demás dependencias del hogar.

Los llevaron al Regimiento Quito N° 2 arrestados por la Policía Nacional bajo la acusación de atentar contra la ley de seguridad interior. Fueron acusados de realizar una reunión de contenidos marxistas, con fines subversivos que incitaban al levantamiento indígena y campesino.

Varias embajadas se movieron esa noche frenéticamente: las de Estados Unidos, México y Venezuela por sus obispos; la de Alemania Federal por una religiosa. Guardaron silencio por los obispos presos las embajadas de Chile, Argentina, Paraguay y Brasil.

Después de 24 horas sin comer, los prelados fueron puestos en libertad, a condición de que retornaran a sus

países. En Santiago la prensa actuó en sonora concomitancia con las acusaciones del Gobierno de Ecuador. Los tres obispos chilenos arrestados en el grupo -Enrique Alvear, auxiliar de Santiago; Carlos González, de Talca; y Fernando Ariztía, de Copiapó- fueron acusados de "izquierdistas".

El domingo 15, en un clima de hostilidades fomentado principalmente por los diarios El Cronista y La Segunda, se anuncia la llegada de los obispos expulsados. La Dina se reúne y acuerda organizar una recepción para los "obispos rojos" que venían de Ecuador. Sobre la marcha se compraron plumones, pintura, lienzos y palos. A toda prisa, desplegados sobre los escritorios se pintaron los lienzos. Unos 300 agentes partieron hacia Pudahuel. Se instalaron en la terraza del terminal y en la salida de la aduana y esperaron con gritos la llegada de los obispos. Cuando los prelados quisieron subirse a los autos, una lluvia de monedas y pedradas los alcanzó.

Los agentes desplegaron puñetes, patadas y amenazas. Ninguno quiso guardar el secreto: Manuel Cabrera Costa, con domicilio en el Diego Portales, exhibió su credencial para amenazar a Javier Luis Egaña y luego para encarar al obispo Carlos González diciéndole:

- No me olvide, cura. Míreme bien, no me olvide. Yo lo voy a ir a buscar".-

En consideración a que todos los testimonios y también las fotografías demostraron que Manuel había tenido una participación activa y muy comprometedor, la Conferencia Episcopal decidió su excomunión junto con los otros que habían procedido de hecho y de palabra en el vejamen a tres Obispos.

Muy dolorosa fue para Cabrera la decisión adoptada por la Conferencia de Obispos. Hombre católico, de comunión

periódica, creyente a carta cabal y más encima practicante, esta excomunión fue para él un martirio inmenso.

Cuando leí la noticia opté por no llamarlo; sólo lamenté muy sinceramente no tan sólo lo ocurrido, sino también el desenlace, ya que imaginaba su sufrimiento.

Al cabo de algunos meses de estos hechos, recibo una llamada suya. Saludándome muy cariñosamente me dice que quiere que lo aconseje y para ello me invitó a su casa, ubicada en el sector de Colón 8.000 en Santiago, a cenar en una noche que convinimos. La invitación era sin mi mujer, puesto que él deseaba una conversación de carácter muy personal.

Llegué a su casa el día acordado. Me recibe muy afablemente junto a su mujer, a quien también conocía de la Universidad. Llevaban muy poco tiempo de casados y recién habían tenido una pequeña niña. Orgulloso me presentó a su hijita quien dormía plácidamente.

Cenamos, contándonos nuestras vidas y recordando con entusiasmo los hermosos tiempos vividos juntos en la Universidad. Su mujer participó activamente en la conversación durante la comida. Después del café se despide prudentemente y nos deja solos. Obviamente que ella sabía la razón por la cual Manuel Cabrera quería mi consejo.

Con timidez al principio y al final con bastante elocuencia me cuenta su dolor y su tristeza por la excomunión. Me confiesa que había meditado mucho acerca de los hechos de Pudahuel que culminaron con la prohibición de los Obispos a recibir a Jesús en la comunión. Vi y sentí a un hombre arrepentido de su fanatismo.

Después de contarme con detalle su percepción de los hechos y su arrepentimiento, me preguntó si yo estaría dis-

puesto a hacer algo por ayudarlo. De inmediato le respondí favorablemente, agradeciéndole de paso su confianza. También le dije que lamentaba que sólo por éstos hechos, tan dolorosos para él, le hayan servido para entender las personas y la vida de una manera distinta. Hablamos de los fanatismos y de su dinámica perversa de destrucción a los incondicionales.

Me dijo entonces:

- Quiero que hables con el Cardenal Silva, le cuentes lo que hemos conversado y le pidas una entrevista para mí. Deseo que me levanten esta pena que no me deja vivir. Yo quiero ser fiel a mi Iglesia y a sus pastores aún cuando no esté de acuerdo con ellos en algunas oportunidades. Pero la excomunión constituye para mí un dolor y un peso de conciencia que no me permite vivir en paz ni gozar de mi matrimonio y ahora de mi pequeña hija.-

Le prometí que algo haría por él y que buscaría la oportunidad prudente para hablar con don Raúl. Ciertamente que la petición que me hiciera Manuel no era fácil de llevar a la práctica. El señor Cardenal en aquella época se encontraba con su agenda completísima. Además, no consideré prudente el pedir una entrevista exclusiva para plantear esta petición. Así que opté a que se diera una oportunidad conveniente y así transmitir la angustia y la petición de mi amigo, cuando las condiciones fueran propicias.

En este compás de espera me encontraba cuando recibí la triste noticia de que Manuel había muerto en un accidente de tránsito, el cual muy probablemente había sido provocado intencionalmente por él mismo, de acuerdo a los antecedentes entregados por carabineros.

Un cierto grado de culpabilidad y de dolor me ha acompañado hasta el día de hoy por esta muerte prematura, de un hombre valioso que había cometido graves errores, es cierto, pero que había meditado sobre ellos y que claramente, con lágrimas en sus ojos, había manifestado su arrepentimiento.

Yo sé que el buen Jesús con su misericordia infinita sabrá perdonarlo. Muy duramente pagó un precio excesivamente alto por un acto irreflexivo en el cual existían autores intelectuales que no recibieron castigo.

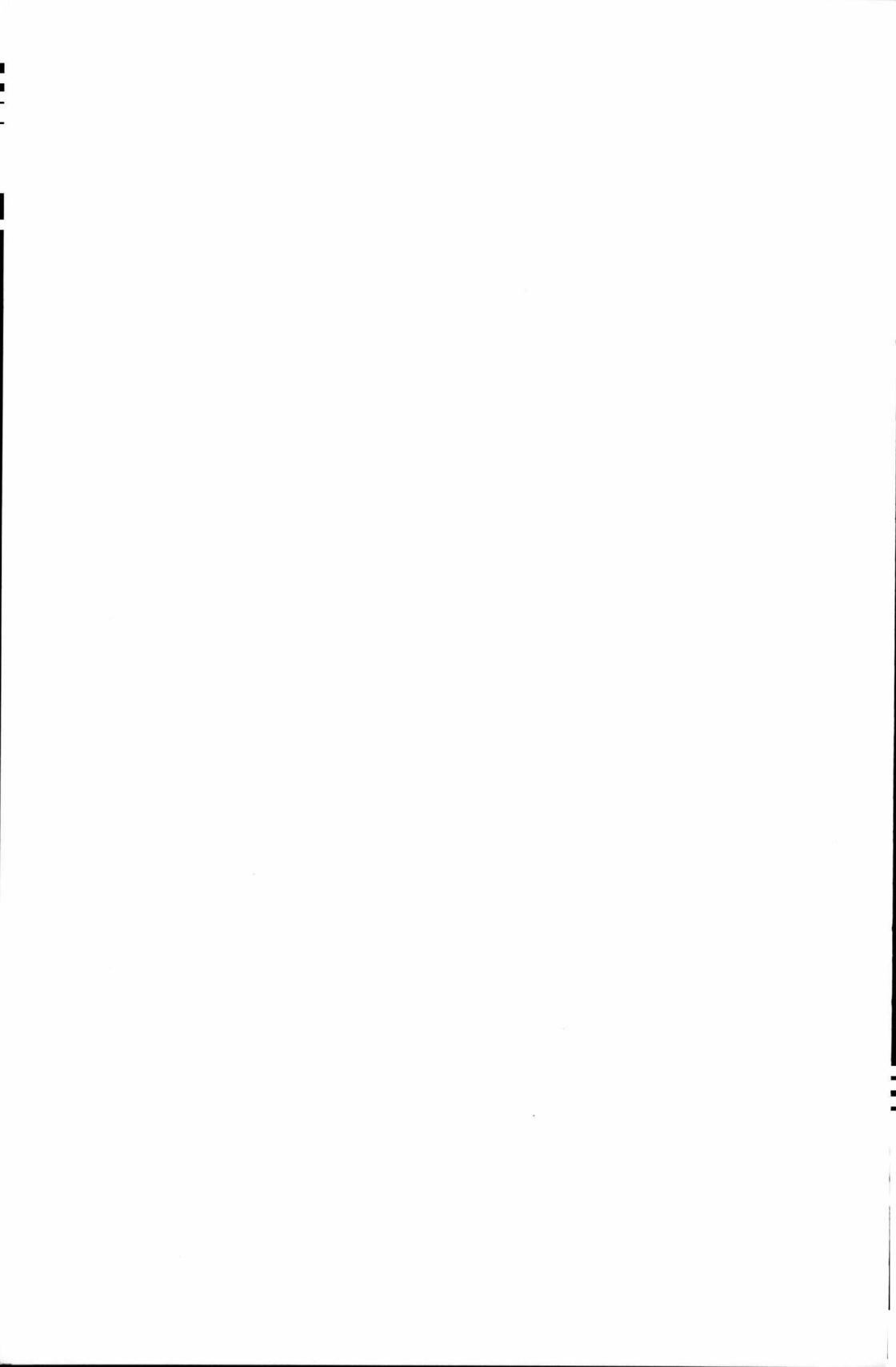
Cuando le conté a don Raúl, tiempo después, estos dolorosos hechos, me respondió diciéndome:

- Debías de habérmelo contado de inmediato.-

He rezado por Manuel y he pedido al Señor que lo reciba en su reino. Sólo El sabe lo que siente el corazón del hombre. Yo vi un corazón sufriente y arrepentido buscando perdón. Perdona, Señor, nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Termino de escribir estos recuerdos el viernes 16 de julio, aún en Bratislava. En algún rato más partiremos a la frontera con Hungría para llegar a Budapest por la tarde. Durante el trayecto visitaremos la ciudad de Komarno, aún territorio eslovaco. Estamos en las postrimerías de nuestro viaje, ya que llegaremos a Santiago el miércoles 21 de julio.

XIII
LOS VIAJES DE DON RAUL



A partir del terremoto de 1965, el señor Cardenal tomó la costumbre de viajar a los Estados Unidos y a Europa dos veces al año. Aprovechaba el mismo viaje para ir primero al país del norte y desde allí viajar a Europa y así regresar directamente del viejo continente a Chile. Normalmente los hacía en otoño y primavera de Chile, lo que equivalía a primavera y otoño en el hemisferio norte.

Distintas personas lo han acompañado en sus múltiples viajes de acuerdo a los proyectos que llevaba en carpeta, puesto que muchas veces él tan sólo hacía el planteamiento general y después dejaba que el responsable del proyecto ultimara los acuerdos finales. Otras veces se dejaba lanzada la idea de requerimiento de ayuda de acuerdo a las necesidades y se auscultaba la posibilidad concreta de que la institución visitada pudiera otorgar el financiamiento. Con el tiempo se fue ganando experiencia en estas materias, de tal forma que no tan sólo se sabía el tipo de proyecto que tal o cual fundación estaba dispuesta a financiar, sino que también la operatoria interna de cada una de ellas, sus exigencias, sus mecanismos de aprobación, el tiempo que se requería para ello, las tareas de seguimiento, los controles posteriores, etc.

De esta forma se obtenían recursos para la tan necesaria ayuda que Chile requería en aquel entonces, ya sea para la reconstrucción de templos, como para las tareas de las distintas vicarías, la Fundación para el Desarrollo, Indisa, la Academia de Humanismo Cristiano, el Instituto de Autogestión,

el Sistema de Financiamiento Campesino, la Ocac y muchas otras iniciativas que contaban con el respaldo de don Raúl. Pero fundamentalmente después del golpe militar, los requerimientos de ayuda se solicitaban prioritariamente para la tarea más importante que desarrolló la Iglesia y el Arzobispado de Santiago: la defensa de los derechos humanos. Por lo demás, dada la brutalidad implacable del régimen de Pinochet para reprimir a los chilenos, la opinión pública internacional y los organismos de ayuda se encontraban absolutamente sensibilizados frente al tema, más por los propios hechos de salvajismo del régimen que por la petición que les hacía este alto dignatario de la Iglesia.

El primer viaje después del golpe lo hizo en el mes de octubre de 1973, acompañado por el Padre Julio Dutilh Ros. El señor Cardenal no guarda buen recuerdo de ese viaje, ya que algunos sectores interesados intentaron utilizarlo para señalar que la Iglesia respaldaba, en cierta medida, la acción militar. Por otra parte era de público conocimiento que el padre Julio tenía un cierto grado de relación con el General Pinochet, puesto que éste era apoderado del Colegio Seminario Menor cuya rectoría la ejercía precisamente el Padre Dutilh. También se sabía que ambos habían tenido una conversación en la que el General pidió respaldo, aunque fuera indirecto, al golpe militar de Chile. La voz de la Iglesia sería muy importante para la Junta, ya que la prensa internacional estaba bien informada de las atrocidades que se cometían a diario en el país.

El señor Cardenal llega a Alemania y se reúne con Günther Spaett, a los pocos días que éste había llegado a Bonn con su familia. En la Embajada de Chile en ese país ya habían ocurrido algunas expulsiones entre las cuales figuraron dos militantes demócratas cristianos, funcionarios de carrera en el Servicio Exterior, Esteban Tomic y Mariano Fernández. Este último tenía convenida, desde antes del golpe, una reunión

con el Ministro de Cooperación Económica de la República Federal Alemana, el social demócrata Hans Matthöfer para tratar asuntos bilaterales. El mismo día de octubre que debía reunirse con el Ministro, le comunican que ha sido eliminado su nombre de la lista de funcionarios. Se le expulsó arbitrariamente, sin explicación alguna. Mariano decide asistir de todas formas a su reunión con Matthöfer y le dice, después del saludo protocolar, que la razón de su visita ya no tiene sentido, explicándole lo acontecido. A continuación le señala que había optado por no cancelar la entrevista porque deseaba despedirse personalmente de él y a la vez darle las gracias a nombre propio y del país por toda la ayuda y cooperación que el gobierno alemán había dispensado permanentemente al gobierno y al pueblo chileno.

El Ministro de Cooperación Económica quedó muy impactado por el relato que le hiciera Mariano, tanto de su situación personal como de los acontecimientos que estaban ocurriendo en Chile. Después de escucharlo muy atentamente le pregunta:

- Y ahora, ¿qué hará usted? -

Mariano le respondió diciéndole:

- Nada. Estoy con las manos en los bolsillos y realmente no he pensado aún qué haré.-

Sin titubear un instante el Ministro le dice:

- ¿Le gustaría trabajar para el gobierno alemán en la Fundación Alemana para el Desarrollo? -

Mariano sabía lo importante que era el trabajo de esta Fundación, por lo que consideró un honor la propuesta del señor Mattohöfer aceptándola de inmediato.

En esas circunstancias se encontraba Mariano, quien también es muy amigo de Günther, cuando llega el señor Cardenal a Alemania. Posteriormente en todos los viajes que haría a ese país se reuniría con ambos, quienes contribuían permanentemente a canalizar la ayuda alemana a los proyectos que contaron con el respaldo de don Raúl. También se preocupaban de la ayuda holandesa, razón por la cual Günther en muchas oportunidades fue con el señor Cardenal y sus acompañantes, a ese país en su vehículo personal.

Don Raúl siempre se acuerda de su primer viaje a Holanda con Günther en octubre de 1973, puesto que el nuevo vehículo en que viajarían recién se lo habían entregado en esos días. Günther lo pasa a buscar a la casa Salesiana ubicada en la calle Strässchensweg en la ciudad de Bonn. Allí se encuentra ubicada la parroquia San Winfried, colindante con la casa donde don Raúl siempre se alojaba. Se suben al vehículo y al poner marcha atrás en la entrada, el tubo de escape se destroza en la cuneta. "Pobre Günther, -diría más tarde el señor Cardenal,- le hicimos pedazos su auto nuevo."

En cierta oportunidad, en otro de sus viajes, algunos años después, una importante institución alemana le hace entrega a don Raúl de una suma en marcos alemanes que equivalía a US\$ 72.000 aproximadamente. Pensando que, por la situación en Chile, podría tener dificultades en las operaciones de cambio, los alemanes le hacen la donación en dinero en efectivo en un maletín. Después de la solemne entrega, el señor Cardenal fue a cenar a la casa de Günther en Vinxel, quien posteriormente debía llevarlo a la casa de los Salesianos para su alojamiento. Antes de partir, don Raúl toma el maletín con el dinero y le dice a Günther:

- Mira, hazme un último favor, lleva este dinero al Banco, deposítalo y que te entreguen a cambio un cheque bancario equivalente en dólares sobre la plaza de Nueva York.-

El pobre Günther tuvo que aceptar hacer la gestión, no sin antes considerar los riesgos que ello implicaba. Me contaría más tarde que fue la única vez en su vida que cerró toda su casa con llave y el dinero lo distribuyó en montones de igual tamaño, colocándolos debajo de su colchón. A la mañana siguiente, ya en el Banco, la situación le resultó tremendamente compleja. Nadie entiende en Alemania que una persona ande con tanto dinero en efectivo. De inmediato se entra en sospechas. El funcionario que lo atiende decide traspasar el caso a la gerencia, quien indaga acerca del origen del dinero. Posteriormente lo harían esperar más de media hora mientras hacían las consultas pertinentes a fin de determinar la veracidad de los datos proporcionados por Günther. Finalmente la operación pudo hacerse y el señor Cardenal, que nunca ha sabido de las complicaciones que le generó a nuestro amigo, recibió con satisfacción el documento de acuerdo a lo que había sido su solicitud.

El último viaje que hizo don Raúl a Europa fue en marzo de 1990, acompañado del Padre salesiano español Carlos Alonso y del padre Fernando Cifuentes Stöckebrand. Quiso repetir su forma de viajar de siempre, primero a los Estados Unidos y de allí a Europa para asistir a la beatificación de un sacerdote salesiano, el padre Rinaldi. En esa oportunidad, almorzó con su Santidad el Papa Juan Pablo II, junto al Padre Viganó y a los otros cardenales salesianos que asistieron a la ceremonia. El almuerzo se realizó en la Santa Sede. Sería la última vez que estaría personalmente con el Papa.

A su regreso me diría:

- Ya no estoy para viajes. Me aburrí soberanamente. Ya no viajaré más ni a los Estados Unidos ni a Europa.-

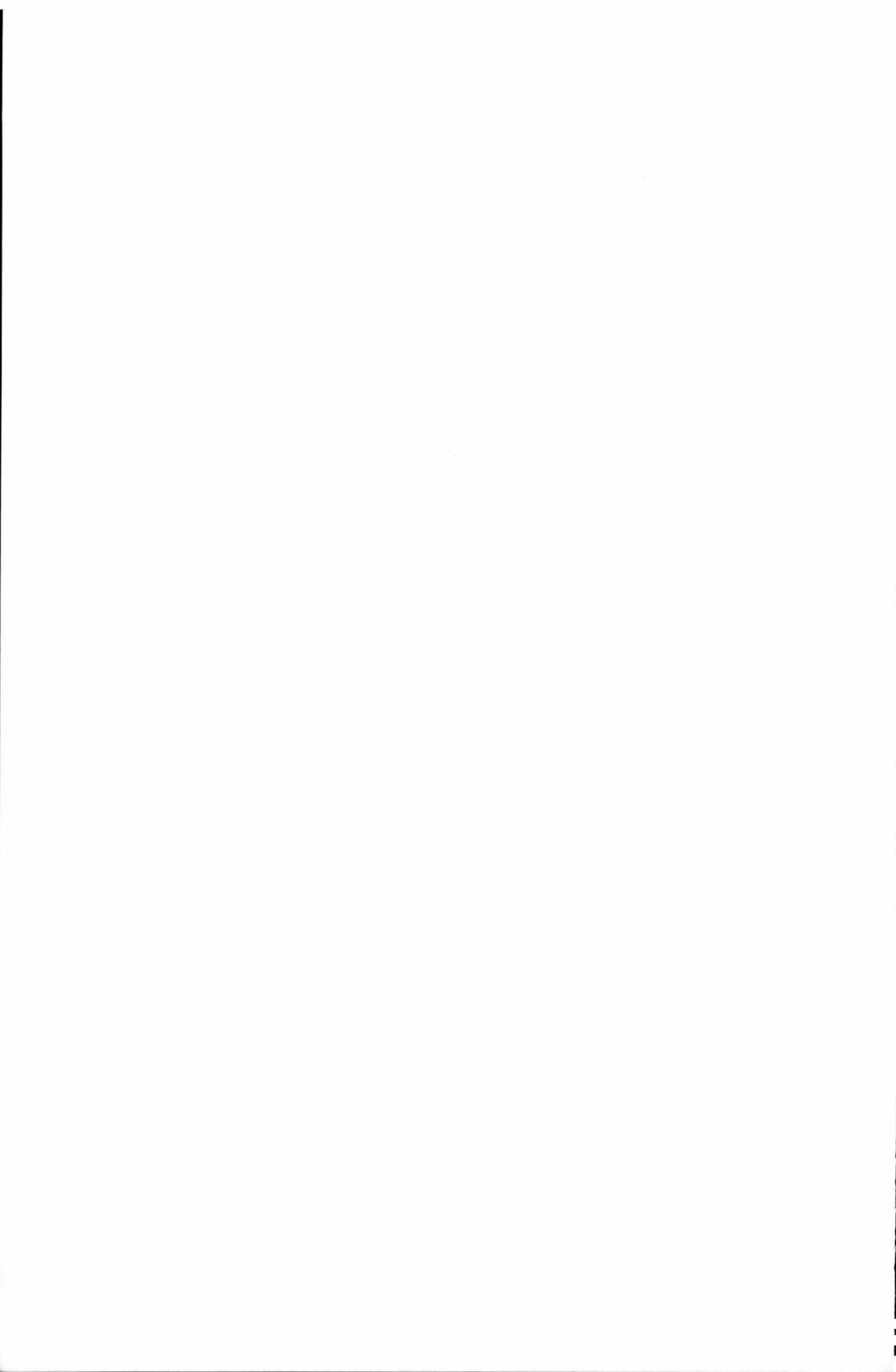
Ciertamente, a los 82 años, y ahora, sin la responsabilidad de ir de lugar en lugar a pedir ayuda para tantos proyectos de bien social, tenía que haberse aburrido.

Mariano Fernández, como Embajador de Chile en la Comunidad Económica Europea, tenía el deseo de que los embajadores en Europa del Gobierno de Patricio Aylwin, recibieran al señor Cardenal y le tributaran un homenaje por la labor desarrollada durante la dictadura. Ciertamente que en tiempos del Gobierno Militar nunca fue invitado a ninguna embajada ni tampoco fue recibido como autoridad de Chile por algún embajador, con excepción de Enrique Garín, quien siendo embajador en Grecia durante la dictadura, al saber que don Raúl estaría alrededor de ocho horas en Atenas, en escala obligada de regreso de Egipto para partir a Tierra Santa, fue a esperarlo al aeropuerto en el automóvil de la embajada, lo llevó a almorzar y departieron esas horas juntos hasta despedirlo en el aeropuerto.

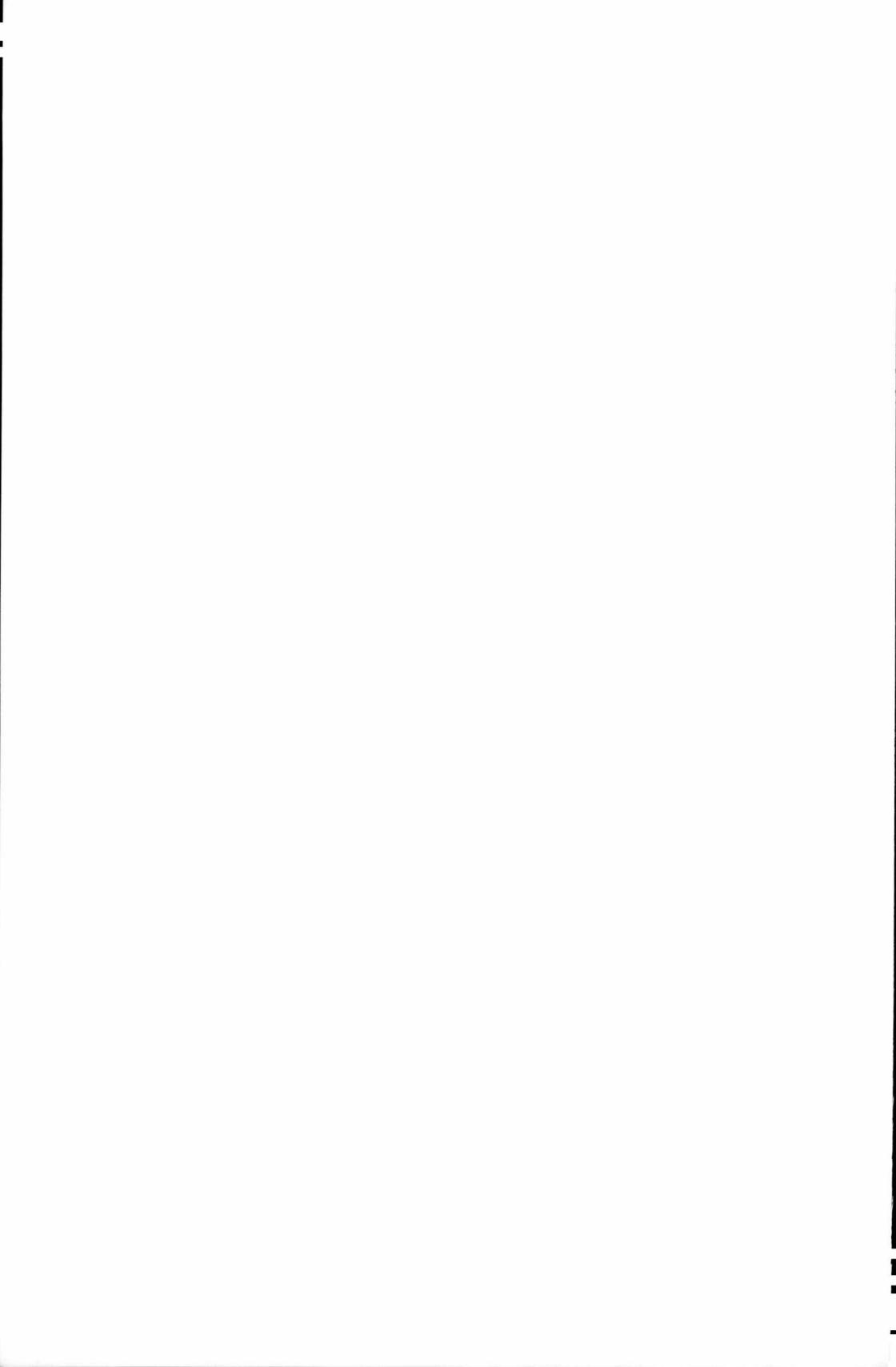
El señor Cardenal hasta el día de hoy recuerda agradecido el gesto del embajador Garín Cea y así se lo hace saber a Oscar Bonilla Menchaca, quien es yerno del embajador e hijo del General Bonilla trágicamente fallecido siendo Ministro del Interior a principios de la dictadura. “Si tu padre no hubiese muerto, las cosas en Chile habrían sido distintas”, le diría el Cardenal a Oscar años más tarde, ya que muchas veces hemos compartido la mesa juntos en los almuerzos de los martes o jueves.

Mariano Fernández siempre ha sido un gran admirador de don Raúl. Ambos se estiman y se quieren y no llama para nada la atención que sea así, puesto que los dos son muy buenos conversadores, amenos, simpáticos, buenos para las tallas y además, tienen una afición común: saben de vinos y del buen yantar.

Termino de escribir estos recuerdos a la medianoche de este viernes 16 de julio, ahora en la ciudad de Budapest. El río Danubio nos ha acompañado en tres capitales donde pasamos en total cinco noches; dos en Viena, una en Bratislava y dos en Budapest. El hotel está ubicado en la llanura Pest. Durante la tarde subimos el accidentado terreno de la orilla norte llamada Buda. La verdad es que no sabía, hasta el día de hoy, que el nombre la capital de Hungría se debe a la conjunción de los nombres de los territorios de cada orilla del río, Buda y Pest.



XIV
PUNTA ARENAS Y EL PADRE OBISPO



Esta es una ciudad de tradición salesiana. La labor hecha por la Congregación en la Patagonia chilena ha sido inmensa desde los inicios de su poblamiento hasta el día de hoy. El señor Cardenal suele contar los sueños de don Bosco, muy venerados por toda la Congregación.

En septiembre de 1987, don Raúl bendice en los terrenos salesianos de Lo Cañas una Iglesia que lleva por nombre San Francisco de Sales. Cabe hacer notar que el nombre de "Salesianos" proviene justamente de este San Francisco al que para diferenciarlo de otros santos de su mismo nombre, se le conoce acompañado del título familiar, puesto que su padre, rico y poderoso vasallo del Duque Manuel Filiberto de Savoya, se llamaba Francisco, Señor de Sales. Don Bosco, inspirado en este San Francisco, funda la Congregación en 1874, transformándose muy rápidamente en una de las mayores obras religiosas de la Iglesia Católica. En el mundo entero existen muchos millones de personas que se sienten identificadas por la gran obra salesiana y que han recibido los beneficios de su acción misionera y educadora.

La Iglesia se había construido en un período record de un año, mediante la sabia y ejecutora dirección del padre Carlos Alonso, quien requería de ayuda y aportes para lograr que la construcción estuviese lista para el cumpleaños número 80 de don Raúl. Debo agradecer a dos amigos míos, que ayudaron al padre Alonso a lograr su ansiado objetivo; me refiero a Jorge Awad, quien a nombre de la empresa Compac

donara el fierro y a Haroldo Fossa, quien sin ser amigo del señor Cardenal y al revés, sin compartir algunas de sus actuaciones, estuvo dispuesto a donar personalmente la madera. Gran persona y amigo es Haroldo, quien hace el bien sin consideraciones de ninguna especie.

En la primera homilía que se dijo en esa Iglesia, el señor Cardenal relata uno de los sueños de don Bosco, en el que conjuntamente el santo había visto cómo la Congregación levantaba colegios, iglesias y lugares para el desarrollo de su obra a lo largo de Chile, partiendo de la región austral en Punta Arenas y continuando en los faldeos cordilleranos en el centro del país, en este gran complejo de Lo Cañas donde hoy terminan sus estudios los jóvenes estudiantes salesianos en 18 hectáreas de terreno. Don Raúl estaba relatando en la realidad de los hechos lo que había sido uno de los sueños de don Bosco. Lo hacía con fuerza y elocuencia en la seguridad de que su propia acción sacerdotal, así como la primera adquisición de terrenos en ese lugar por él realizada, estaban dirigidas desde el cielo por el Santo Salesiano, San Juan Bosco.

Punta Arenas está en los sueños del santo y quizás sea por ello que la labor salesiana en esa zona haya sido guiada por él en tantos años de fructífera labor. El señor Cardenal me ha dicho que la Congregación desarrolló una tarea evangelizadora con los indios aborígenes de la región. Incluso más, el visitante de Magallanes que quiera conocer algo de la historia de la zona, debe necesariamente visitar el museo salesiano en donde está la huella indeleble de la gran obra realizada en el extremo sur de Chile. Y un dato curioso, la Isla Dawson de tantos terroríficos recuerdos para muchas familias chilenas, estuvo durante 22 años entregada en concesión a la Congregación Salesiana otorgada por el Gobierno de Manuel Bulnes con el objeto de que efectuasen una tarea de desarrollo espiritual y material en la isla y en sus habitantes aborígenes.

Pedro Felipe Ramírez, ex Ministro de Salvador Allende, señalaría años más tarde en mi casa de Las Cruces, almorzando con don Raúl, cómo fue su vida durante el tiempo que los militares utilizaron la isla como campo de concentración en los años 1973 y 1974. Fue un relato lleno de dramatismo y crudeza. Sin embargo, tuvo también un momento de distensión cuando contó que había decidido hacer a escala la Iglesia de la Isla Dawson, la que había sido construida por los salesianos durante el tiempo que tenían la concesión de la isla. Para ello se le entregaron palos de fósforos, con los cuales, más el pegamento correspondiente, construyó paso a paso y a perfecta escala, la rústica y hermosa Iglesia de Dawson. Gran amigo ha sido Pedro Felipe, quien no sólo es el constructor de nuestra casa en Las Cruces, sino que además ha estado muy cercano en todas las etapas de nuestras vidas logrando el cariño y el respeto de toda mi familia.

Nunca los salesianos se imaginaron cuántas oraciones y cuántas conversiones ocurrirían en ese lugar que ellos habían ya entregado a la Armada de Chile en el año 1911, al terminarse la concesión. Menos aún se imaginaron que allá donde ellos desarrollaron tantas obras de paz y amor se transformaría un día en un campo de concentración de tanto dolor, odio y sufrimiento.

Es por ello que a nadie debe extrañarle que el Obispo de Punta Arenas sea un salesiano, el Padre Obispo Tomás González como a él le gusta que lo llamen. El señor Cardenal tiene un especial cariño por él, no tan sólo porque sea salesiano sino que principalmente por su carácter alegre, directo y sin pelos en la lengua. Esta última característica personal le ha sido muy útil en su vida pastoral, pero también, algunas veces, le juega malas pasadas. Monseñor González quiere muchísimo a don Raúl, un cariño que se aprecia que proviene de lo más profundo de su corazón. Me he sentido muy a gusto las veces que me ha tocado compartir

la mesa del señor Cardenal con el Padre Obispo. Es segura una reunión interesante, llena de anécdotas, donde se puede estar tratando temas muy serios en un minuto y en el otro riéndonos a carcajadas. Tiene sentido del humor Monseñor González y además tiene la característica de imponer con criterio y delicadeza su carismática y festiva personalidad.

En varias oportunidades el señor Cardenal cuenta una divertida anécdota en que participó protagónicamente el Padre Obispo. En el año 1984, correspondía realizar en la Catedral de Punta Arenas el Te Deum tradicional de los días 18 de septiembre, día de la Independencia Nacional. Con el objeto de ultimar los detalles de la solemne ceremonia, el general de división a cargo de las Fuerzas Armadas y también Intendente de la Región, don Juan Guillermo Toro Dávila, envía a uno de sus oficiales a ponerse de acuerdo con el Obispo. Las relaciones entre los militares y el Padre Obispo habían sido tradicionalmente muy duras. El propio carácter del Obispo le hacía decirles lo que pensaba en forma muy franca y directa, sin dobleces.

Una vez que Monseñor González y el oficial se pusieron de acuerdo en todos los detalles formales, este último le dice:

- Monseñor, finalmente quiero pedirle un favor muy especial a nombre de mi general, quien me ha encargado hacérselo saber.-

- Sí, por supuesto - le dice Monseñor González-, dígamelo no más -

- Mire- le responde el oficial-, mi general desea que en la ceremonia religiosa, dentro del templo Catedral, no se toquen guitarras puesto que él estima que el guitarreo en la Iglesia hace perder solemnidad al acto.-

- No, no se preocupe -le dice Monseñor González-, no hay ningún problema en acceder a la petición del señor General.-

El oficial puso una cara de gran contentamiento. Nunca se imaginó que le iba a resultar tan fácil lograr que el Obispo aceptara la petición militar. Sin embargo, inmediatamente después de señalar su aceptación el Padre Obispo agrega:

- Pero yo también quisiera a cambio de lo anterior que el señor General me haga un gran favor.-

- Por supuesto, Monseñor, con gusto le transmitiré su deseo.-

- Mire, le dice, como es habitual en esta ceremonia, me imagino que a la salida de la Catedral estará la banda de guerra de la División.-

- Sí, claro; le responde el oficial; no sería posible el acto sin la banda.-

- Muy bien, entonces dígame al General que no me gustaría que toquen el bombo.-

El oficial, perplejo, no daba crédito a lo que estaban escuchando sus oídos. La cara de triunfo de unos momentos atrás se había transformado en un rostro severo y angustiado. Le dice:

- Pero cómo le voy a transmitir su petición a mi General.-

- Ah, muy fácil -le dice el Padre Obispo-: de la misma manera como usted me transmitió su deseo, transmita ahora el mío.-

Evidentemente ese 18 de septiembre tocaron las guitarras dentro de la Catedral y el bombo fuera de ella.

A finales de 1991 el Padre Obispo invita al señor Cardenal a pasar unos días en Punta Arenas, de tal forma que pudieran compartir la cena del año nuevo de 1992 juntos. El señor Cardenal acepta gustoso la invitación y anuncia su viaje para inmediatamente después de navidad.

En aquella época el Padre Obispo y el Intendente Regional Roque Tomás Scarpa estaban trenzados en una agria polémica pública a raíz de la autorización dada por la Intendencia para que se explotara el bosque nativo de Punta Arenas, transformándolo en chips y exportándolo principalmente al Japón. Las características del bosque magallánico hacen que sea poco menos que imposible recuperar las especies nativas, razón por la cual Monseñor González criticó duramente la decisión del gobierno regional.

El año 1989, acompañé en la gira electoral a Punta Arenas al candidato Patricio Aylwin. Allí, conocí a Ramón Rada Mladinic quien formaba parte de una organización empresarial que se constituyó con miras a demostrar ante la opinión pública que existían sectores empresariales, que junto con creer firmemente en la iniciativa privada y en la empresa, también creían en la democracia.

Ramón es un magallánico de tomo y lomo y por supuesto, ex alumno salesiano. Además es sobrino de un gran amigo de don Raúl, el Obispo salesiano Cándido Rada que desde hace 50 años ha desarrollado una tarea gigantesca en el Ecuador donde se ha ganado un prestigio y un cariño a toda prueba.

Cuando Ramón se traslada con su familia a Santiago en 1990, empieza a frecuentar la casa de don Raúl en los

almuerzos que me corresponde organizar los días martes y jueves de cada semana. Las características sobresalientes del punto de vista humano de Ramón, hacen que se gane fácilmente la simpatía de don Raúl, más aún dadas sus vinculaciones con la Congregación Salesiana.

En noviembre del año 1991, viaja a Santiago por razones de servicio, el Secretario Regional Ministerial de Agricultura, Fernando Baeriswyl, amigo y primo hermano de Ramón Rada, el cual al enterarse del próximo viaje de don Raúl a Punta Arenas, habla conmigo pidiéndome si yo podría invitar a Fernando al próximo almuerzo al cual ya estaba invitado Ramón. Hablo con don Raúl, quien no pone inconvenientes a la presencia de esta autoridad del gobierno regional. Durante el almuerzo uno de los temas que se conversa fue el de la polémica pública entre las dos autoridades. El Secretario Regional, le plantea, con muy buenos argumentos, la conveniencia que el Obispo y el Intendente tengan relaciones cordiales aún cuando puedan tener puntos de vista discrepantes en temas específicos y le señala a continuación que la visita a Punta Arenas podría ser una muy buena ocasión para provocar un acercamiento. El señor Cardenal se manifiesta de acuerdo en ser un instrumento de pacificación entre el Obispo y el Intendente. De esta forma se conviene en que el Intendente haría un almuerzo solemne de homenaje a don Raúl con motivo de su visita, donde además se le entregaría una distinción. Invitado necesario sería el Padre Obispo, lo que posibilitaba una conversación de los polemistas ante la presencia del señor Cardenal.

A finales de diciembre, en la fecha acordada, viaja don Raúl a Punta Arenas acompañado del Padre Carlos Alonso y cumplen a cabalidad el programa que le tenía preparado el Padre Obispo a su ilustre huésped, el cual tuvo obligatoriamente que incorporar el almuerzo con el Intendente de acuerdo a los deseos del Cardenal.

Más tarde recordaría don Raúl algunos detalles de ese almuerzo, señalando que aún cuando las heridas no estaban cerradas, sí habían empezado a cicatrizar. El Intendente Roque Tomás Scarpa envió posteriormente al señor Cardenal ya de vuelta en Santiago un set de magníficas fotografías del almuerzo. Durante algunos días don Raúl las mostraba a sus amigos o invitados, contando orgullosamente lo que había logrado conseguir.

Después de su viaje a Punta Arenas, a la edad de 84 años, me diría en enero de 1992 que éste sería su último viaje en avión y también la última vez que iría a la querida tierra magallánica de tan gratos recuerdos para él.

Termino de escribir estos recuerdos pasada la medianoche del sábado 17 de julio en Budapest. En la mañana de hoy recorrimos principalmente la zona antigua del sector de Buda donde almorzamos. Por la tarde asistimos a misa en la hermosa Basílica de Pest en cuyo altar mayor se halla la estatua de un rey, la de San Esteban, primer Rey de Hungría quien evangelizó y cristianizó a los húngaros a partir del año 1000, cuando fue ungido rey en la navidad de ese año con una corona enviada por el Papa. No entendimos nada de las lecturas ni de la prédica. Sólo me percaté que el Evangelio leído era de San Mateo.

XV
LA FAMILIA DE DON RAUL

Durante estos 24 años de estrecha relación con don Raúl, he conocido a algunos de sus familiares, puesto que conocerlos a todos es tarea imposible, ya que al ser 19 hermanos Silva Henríquez, la descendencia de ellos, más sus sobrinos, sobrinos nietos y sobrinos biznietos, llegan a ser una cantidad numerosísima. Hasta hace algunos años se reunían en un almuerzo anual, pero cuando el familión llegó a los 450, se decidió no seguir haciéndolo. Es por ello que sólo me referiré a los que he visto más cercanos en la vida de don Raúl.

Claramente es su hermana, la señora Clementina, la que ocupa un lugar de privilegio, no tan sólo por ser uno de los cuatro hermanos que a la fecha siguen vivos, sino que principalmente porque a partir del momento en que dejó el cargo de Arzobispo de Santiago y se trasladó a la casa de calle Los Pescadores, ella ha estado a cargo de su administración. De allí que conozco a la señora Clementina desde hace ya diez años.

Recuerdo que la primera vez que la vi fue en Punta de Tralca. Había ido a visitar a don Raúl junto con Silvia y nos encontramos con la señora Clementina, quien lo estaba acompañando. El señor Cardenal hace las presentaciones de rigor. Después de ello iniciamos la conversación. En cierto momento, la señora Clementina relata en forma muy entretenida un viaje que hizo con dos de sus nietas al norte de Chile, puesto que ella no conocía esa parte del país. Se fueron en bus hasta Arica en condiciones muy sacrificadas pero que para ella

significaron una experiencia novedosa y llena de atractivo. Contó con mucho entusiasmo su viaje y sus innumerables anécdotas y peripecias. Realmente me asombró desde el primer día que la conocí y debo confesar que me sigue asombrando hasta el día de hoy.

Admirado por ese viaje tan de turismo aventura realizado por una persona de su edad, me atreví cortésmente a consultarle:

- ¿Sería indiscreción, señora Clementina, preguntarle cuál es su edad? -

Ella me mira directamente a los ojos y en forma tajante me responde alzando la voz:

- ¡Por supuesto que es una indiscreción! -

Se produjo un silencio pesado que sólo el sentido del humor del señor Cardenal pudo romper. Tomando la palabra me dijo:

- Se da cuenta cómo son las mujeres, no les gusta decir su edad, más aún cuando han pasado los titantos y que ya son muchos para mi hermana, así que tendrías que comprenderla.-

Posteriormente y estando a solas, el señor Cardenal me diría:

- Mira, no se lo digas a nadie, pero la Clementina es la número 17 y nació inmediatamente después que yo, así que la diferencia de edad entre ella y yo es mínima, sólo un año nos separa. -

Con el tiempo y el conocimiento mutuo, la señora Clementina y yo nos fuimos haciendo cada día más amigos.

Mi admiración del primer día se fue acrecentando con el tiempo al percatarme de su lucidez, inteligencia, capacidad organizadora, extraordinaria memoria y por sobre todo el cariño y afán de protección hasta el infinito para con don Raúl. Siempre los objetivos de la señora Clementina están en función de los demás, en el prójimo. Toda criatura puesta en su camino es una criatura de Dios y por lo tanto ella se prodiga por buscar siempre la solución a los problemas del otro. Nunca pide nada para sí y aunque a veces demuestra un cierto autoritarismo, producto quizás de su formación y de la tenacidad que ha debido imponerse en su vida al enviudar siendo aún muy joven, éste siempre está sustentado en la solución de los problemas, jamás para servirse a sí misma de su autoridad; aunque, como es natural, a veces puede equivocarse.

Durante estos diez años he intentado apoyar en la mejor forma posible las estupendas iniciativas que desarrolla con una eficiencia y eficacia inigualables. Recuerdo que a la casa del señor Cardenal llegaba todos los días una gran cantidad de limosneras, quienes le planteaban sus penurias y problemas abalanzándose con sus guaguas en brazos apenas aparecía en el umbral de la puerta.

Cuando no lo pillaban al salir, se quedaban pacientemente sentadas en la solera de la calle esperando la ansiada llegada de don Raúl. Ellas sabían que alguna ayuda recibirían, puesto que se habían acostumbrado a que algún dinero se les entregara.

Recuerdo que almorzando juntos con Hugo Ovando cuando éste era Gerente General del Banco de Chile, le pregunta a don Raúl si era lógico dar limosna a todas las personas que se lo pedían y le puso como ejemplo que en una oportunidad yendo de su oficina a su casa, más de 10 personas distintas, en los semáforos en que se detenía su automóvil, se acercaban a pedirle ayuda económica. Hugo Ovando le dijo al

señor Cardenal que él no entregaba ayuda de esa manera y le preguntó:

- ¿Qué debo hacer en esos casos?-

El señor Cardenal le respondió:

- Si puede darles, déles.-

A lo que Hugo le replicó con otra pregunta:

- Y, ¿si me engañan?-

Entonces don Raúl le dijo:

- Ese es un problema de ellos con el Señor. No es problema suyo: usted al darles cumple con el mandato evangélico que lo obliga a amar al prójimo y por lo tanto ayudar en la medida de sus medios. Dios sabrá premiar sus buenas acciones, independientemente que aquel que recibe de su generosidad lo haya engañado.-

Posteriormente me comentaría Hugo que la respuesta del señor Cardenal lo dejó sin capacidad de contra argumentar. Don Raúl quiso ir a ver a Hugo cuando éste estuvo preso en el anexo Cárcel de Capuchinos a raíz de la dura crisis económica que vivió el país en 1983. La razón de esta visita, además de ser una obligación para el cristiano, llevaba implícita el agradecimiento de don Raúl para Hugo, puesto que cuando estaba en el Banco accedió a cambiar un crédito de la Radio Chilena, de propiedad del Arzobispado y la Congregación Salesiana, por una nueva línea de crédito en condiciones muy favorables. Don Raúl me había pedido que hiciera esta negociación, que, gracias a Dios pude cumplir bien y así lograr un apoyo que la Radio necesitaba con urgencia.

A la señora Clementina no le gustaba para nada ese desfile interminable de mujeres durante todos los días de la semana a la puerta de la casa del señor Cardenal y que es también su casa. Así que un día se acercó a ellas y les dijo que a partir de ese momento se acababa la ayuda de don Raúl y que la que quisiera tener dinero para vivir tenía que ganárselo con la dignidad que sólo el trabajo genera y les propuso enseñarles a tejer la lana. Les dijo que ella pondría el taller, el capital, la organización, la comercialización y en suma todas las tareas gerenciales. Ellas aportarían su trabajo y se les entregaría semanalmente un pago de acuerdo a lo producido. La mayor parte aceptó y el resto no se atrevió a llegar otra vez donde el señor Cardenal, razón por la cual el triste espectáculo de las mujeres pidiendo limosna frente a su casa se terminó definitivamente. Pero ello a su vez le significó a la señora Clementina un esfuerzo enorme que ha ido desarrollando con paciencia y mucho amor. Ahora tiene una empresa que exporta sus productos de extraordinaria calidad hechos por esas pobres mujeres que gracias a ella comenzaron a conocer la dignidad. "Son tus pobres, Señor", dirá permanentemente la señora Clementina, y "ayúdame a servirlos de la mejor forma posible".- ¡Cuántas satisfacciones y alegrías ha regalado la hermana del señor Cardenal a esas mujeres!. Y, aún más, ¡cuántas alegrías ha recibido la señora Clementina al ver cómo ellas eran capaces de ser dignas y de hacer un trabajo de alto nivel de perfección!, y todo hecho a pulso, día a día, con un empeño y una voluntad extraordinarias. Hoy día esas mujeres tienen casa. El Ministro de la Vivienda Alberto Etchegaray, gran amigo del señor Cardenal, y Jaime Silva, el arquitecto de la casa de Talagante, de mi oficina, de mi casa en Las Cruces, de mi casa en Santiago y de tantas otras obras, han hecho todo lo que ha estado de su parte para que, cumpliendo con las normas vigentes, pudieran tener acceso a la vivienda propia.

El señor Cardenal admira y quiere muchísimo a su hermana, a pesar de que a veces, como es natural, se producen algunos roces, los que ambos superan con facilidad.

- Te das cuenta -me dice a veces-: uno se hace cura y no se casa y al final los problemas con las mujeres los tengo igual como si me hubiese casado. -

Al recordar a la señora Clementina se me vienen a la memoria tal número de situaciones llenas de contenido humano que darían más que suficientes para escribir otro anecdótico. Quizás algún día lo haga. Un solo comentario final: ¡Qué gran ayuda ha sido para don Raúl tener a su lado a esta mujer excepcional! -¡Gracias a Dios!-

El señor Cardenal suele recordar una divertida situación que le ocurrió hace algunos años en una reunión con un grupo de mujeres católicas. Le preguntaron cómo había sido su vida familiar cuando era niño.

Don Raúl tiene un gran cariño por sus padres. Hermosas fotografías de antaño, magníficamente enmarcadas, adornan el muro principal de su living en calle Los Pescadores tanto de su padre como de su madre.

Respondió diciendo que guardaba un gran recuerdo de sus padres y de su familia.

- Mi madre, mujer abnegada y laboriosa, era el centro de la familia. Mi padre la quería muchísimo, hasta tal punto que la gran fiesta anual en nuestra casa paterna era para el día de su cumpleaños. Mi padre nunca quiso que le celebraran el suyo, todo se centraba en ella.- Y continuó diciendo:

- Yo fui el decimosexto hijo de mi madre. Ella tuvo en total diecinueve hijos.- En eso estábamos cuando una de las

mujeres que escuchaba atentamente el relato, lo interrumpió diciendo:

- ¡Diecinueve hijos!. ¡ Qué brutalidad!-

Ante esta exclamación el Cardenal le dijo:

- No diga, señora, ¡qué brutalidad!. Más bien diga ¡qué heroísmo!. No ve que dentro de la brutalidad habría nacido yo.-

Otro relato que don Raúl cuenta con gran interés es el que le ocurrió a su padre con motivo de la revolución de 1891. El señor Cardenal nacería 16 años más tarde, por lo que a esas alturas la familia aún era pequeña.

Don Ricardo Silva, así se llamaba su padre, militante del Partido Conservador de aquella época, estaba en contra de Balmaceda, el presidente constitucional. El conflicto ya se había desatado con gran violencia, produciéndose una lucha fratricida de hondas repercusiones posteriores en la sociedad chilena. La casa paterna de don Raúl se encontraba en la Región del Maule, donde nacería años más tarde. Don Ricardo y sus compañeros de ideales, analizando la situación que vivía el país en aquel entonces, concluyeron en la necesidad de impedir a toda costa el envío de fuerzas leales al Gobierno desde el sur hasta Santiago. Para ello estimaron imprescindible dinamitar el puente sobre el río Maule, a fin de dificultar el paso de las tropas balmacedistas. En esos preparativos andaba cuando un puñado de militares leales al gobierno, advertidos de la situación, llegan a buscar a su padre al fundo a fin de detenerlo y ajusticiarlo por su intención. Su madre, doña Mercedes, les dice que no está en casa. La registran y al comprobar que efectivamente don Ricardo no se encontraba allí, se van del lugar. Desesperada, su madre espera un tiempo prudencial y va en busca de su marido en el lugar donde ella

imaginaba que se encontraba reunido junto a sus compañeros, preparando el audaz golpe. En el camino encomienda el difícil trance a la Virgen de los salesianos, María Auxiliadora, quizás como un anticipo de la vocación de un hijo que aún no nacía. Llega al lugar, sin contratiempos y para su felicidad, su esposo se encontraba en la reunión. Le explica lo acontecido y después de un rápido análisis de la situación deciden que don Ricardo debía partir de inmediato a Argentina, huyendo a caballo por el paso fronterizo frente a la región y cuyo camino conocía a la perfección.

Después de su huida, su madre enviaba todas las semanas a un campesino de confianza, don Recaredo, quien le llevaba noticias de lo acontecido en Chile tanto de la familia como de la política, los negocios y los amigos.

Un día llega el leal campesino a la casa muy cercana a la frontera donde se encontraba refugiado don Ricardo. Al verle llegar le pregunta con ansiedad:

- ¿Qué noticias me traes?-

Este le responde:

- Na' muy malas patroncito. "Tenimos" nuevo Presidente.-

A don Raúl, esta forma de expresarse, tan típica de los hombres de nuestros campos, le despierta una risa espontánea, y repite riéndose:

- Mire que decir "na' muy malas" cuando el suicidio de Balmaceda le permitía a mi padre regresar junto a los suyos.-

En esta anécdota que cuenta don Raúl siempre me ha llamado la atención la presencia de María Auxiliadora. Parecie-

ra ser que aún antes de nacer, la devoción de su madre a la protectora salesiana, podría haber influido en su decisión de convertirse, ya titulado de abogado, en un sacerdote salesiano. Ahora, todos los días de su vida implora los favores de ella diciendo: ¡María auxilio de los cristianos!: Ruega por nosotros.

En los años de mi relación con don Raúl, los familiares que he visto más cerca de él han sido la Madre Mariana Silva, al abogado Clemente Silva, el hermano de éste, Juan Enrique Silva, a su sobrino Claudio Silva, a sus sobrinas Florence y Ketty Hudson, hijas de la señora Clementina. Especial mención merece su hermana que aún vive, la señora Anita Silva Henríquez.

De todos ellos, a la Madre Mariana y a Clemente son a los que más he visto en estrecha y permanente relación con don Raúl. A la Madre Mariana la conozco desde que tenía uso de razón, puesto que cuando mi madre, amelia, iba a ver a sus hermanas monjas y me llevaba recién nacido a esas visitas, pasaba de brazos en brazos de las queridas madres. La primera vez que nos encontramos en la casa de don Raúl, éste intentó presentarnos, a lo que la Madre Mariana lo interrumpió diciéndole:

- ¡Cómo me lo va a presentar si yo a Reinaldo lo he tenido en brazos!. Lo conozco antes que usted.-

La Madre Mariana es una mujer afable, humilde, frágil, sencilla y de un espíritu de trabajo y de servicio por la que ya tiene ganado el cielo varias veces.

¡Cuánto quiere al señor Cardenal!. He visto cómo le prepara sus maletas de viaje, cómo está atenta hasta el último detalle de su tío querido. Lo admira, lo quiere y lo respeta.

En una oportunidad, hace unos años, la Madre Mariana me pidió que le hiciera un estudio de la situación económica de la Clínica San José, de propiedad de la Congregación, ubicada en la avenida Colón de Santiago y que ella administra abnegadamente desde hace tiempo. Le hice el análisis solicitado y pude percatarme que ella ya había detectado, sin tener conocimientos de finanzas, dónde estaban las complicaciones y lo que se debía hacer. Hasta el día de hoy guardo una hermosa carta de agradecimiento que ella me enviara en esa oportunidad.

Clemente es el abogado sensato y cariñoso que está siempre al lado de don Raúl y que ha mantenido con constancia una relación afectiva y profesional a toda prueba.

Su sobrino Claudio es otro familiar que no escatima esfuerzos para atender y acompañar a don Raúl. Está siempre disponible para ello y cuando están juntos su actuación solícita y amorosa parece más la de un hijo para con su padre. Quizás Claudio ve en don Raúl algo de su progenitor don Octavio Silva Henríquez, quien recibió este nombre por haber sido el octavo hijo de los diecinueve hermanos.

Gran familia la de don Raúl, que mantiene incólume el legado de las tradicionales familias chilenas nacidas y criadas en la agricultura. Doy gracias al Señor por haber tenido el privilegio de estar tan cerca de ella en el último tiempo.

Termino de escribir estos recuerdos cerca de la medianoche del lunes 19 de julio. Ayer domingo por la noche, llegamos a la ciudad de Brno, la segunda en importancia de la República Checa después de Praga. En el día visitamos la más grande Basílica de Hungría, la de San Esteban, que está ubicada en la ciudad de Esztergon. Aquí se encuentran enterrados los cardenales de Hungría. Frente a la tumba del Cardenal Mindszenty, gran luchador por la libertad de Hun-

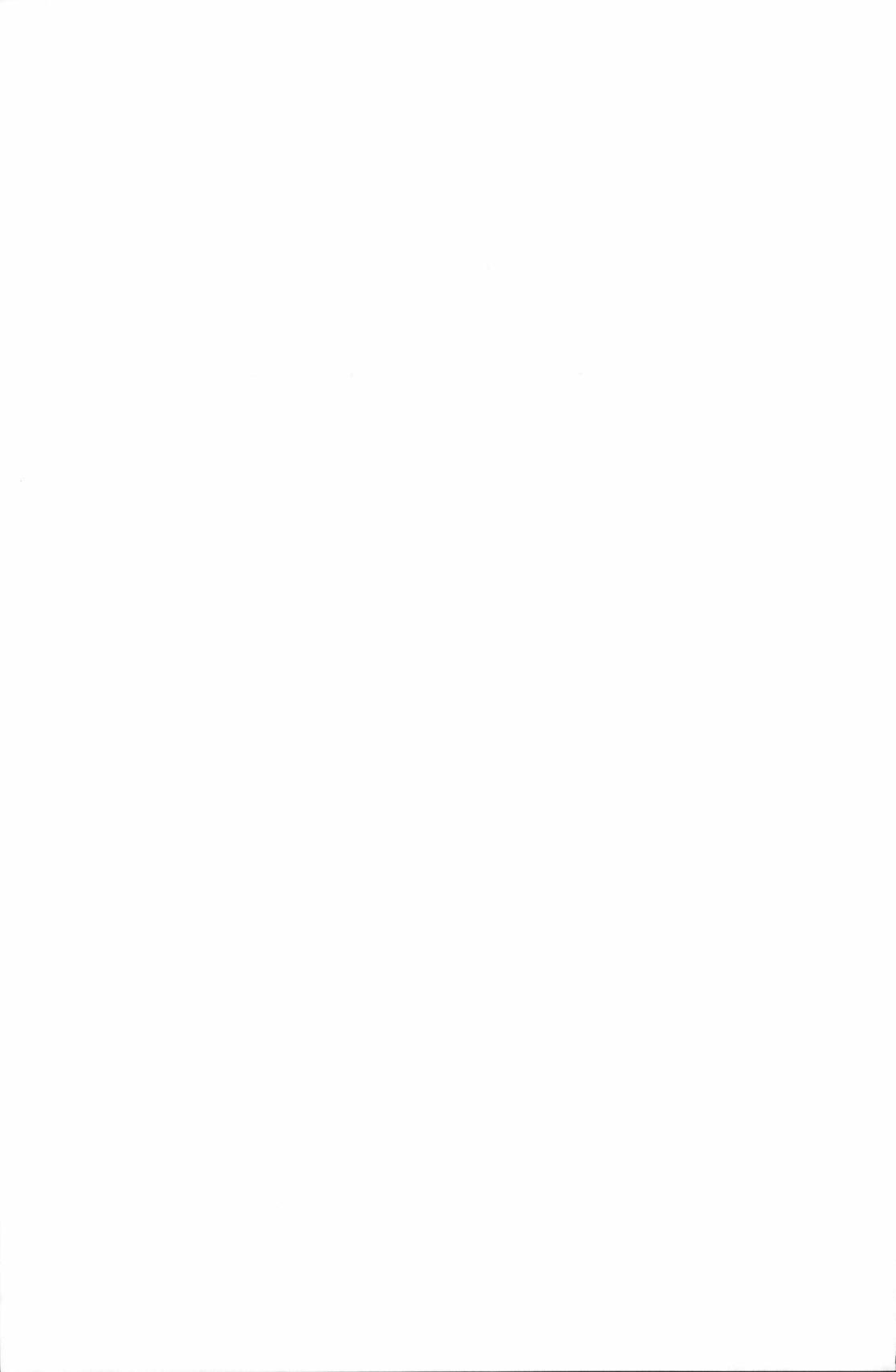
gría, hice una oración por su alma. Después visitamos la ciudad de Győr. Posteriormente en la mañana de hoy recorrimos esta hermosa ciudad, bullante de actividad y de innumerables trabajos que están dándole a la ciudad un nuevo aspecto. En la República Checa llama realmente la atención el gigantesco esfuerzo por renacer que están haciendo sus habitantes después de la caída del sistema socialista. Si la humanidad vivió hace algunos siglos la época denominada del Renacimiento, los checos de hoy están construyendo, con entusiasmo y voluntad, un verdadero renacimiento de sus valores cristianos, de la libre empresa y de la recuperación de su insuperable patrimonio arquitectónico, el cual estuvo prácticamente adormecido durante cerca de 45 años. Hemos visitado más de una veintena de ciudades checas y la tónica para todas ellas es la misma: reconstruir, venerar el pasado y recuperar la innegable riqueza de la época imperial.

Hoy día, viajando en dirección a Alemania, visitamos las ciudades de Jihlava, Pelhrimov, Pisek, Maránskelázné. Al anochecer y en medio de una gran tempestad llegamos a Fratiskovy Lázné, a cuatro kilómetros de la frontera alemana, donde cenamos y alojamos. Mañana seguiremos rumbo a Frankfurt.

P.D. En el mes de noviembre de 1995 falleció la hermana del señor Cardenal, María Victoria, por lo que a marzo de 1996 siguen vivos Don Raúl, y sus hermanas Anita y Clementina.



XVI
LA PATENTE DIPLOMATICA



Hace un rato nos despedimos de Günther y Friedel en el aeropuerto de Frankfurt. En la mañana recorrimos el balneario checo de Frantiskovy Lázně para después cruzar la frontera con Alemania. Decidimos almorzar en la hermosa ciudad de Nurburg para comer las deliciosas salchichas típicas de la región. Pudimos recorrer el centro antiguo con sus lindas y bien ornamentadas plazas, sus iglesias conmovedoras y la plenitud de vida de una Alemania consolidada y desarrollada.

Como todas las despedidas, fue triste separarnos de nuestros amigos. Vivimos 21 días juntos recorriendo 3.534 kilómetros y pudiendo ver los contrastes de una Europa que hoy no tiene fronteras ni divisiones antagónicas absurdas. Algunos países más desarrollados que otros, pero todos buscando con afán el entendimiento, la integración económica y cultural y la necesaria complementación. Maravillosa experiencia la que hemos vivido gracias a nuestros buenos amigos.

Estamos ahora a bordo del avión que nos lleva de vuelta a Santiago. Verónica, de la que aún no tenemos noticia, sigue recorriendo Europa con nuestra ahijada y con una amiga que vino de Malasia especialmente a integrarse al grupo.

Siguiendo con este anecdotario que me ha absorbido buena parte del tiempo libre del viaje, quisiera relatar un episodio que entristeció enormemente al señor Cardenal y que finalmente estuvo a punto de quitarle la vida.

Desde que Chile tiene Cardenal con Monseñor José María Caro, el gobierno decidió otorgar al vehículo de tan alto dignatario una placa patente del Cuerpo Diplomático. Esto, en virtud que los Cardenales son príncipes de la Iglesia y obtienen por este hecho la ciudadanía vaticana. En la práctica nadie nace en el pequeño país denominado Vaticano; pero eso no quiere decir que no existan ciudadanos vaticanos; los Cardenales lo son. Don Raúl me ha mostrado su pasaporte emitido por la Santa Sede, el que normalmente utiliza en sus viajes al exterior, lo que permite un trato especial.

Todos los gobiernos chilenos han reconocido la calidad diplomática de los Cardenales, razón por la cual desde los masones radicales hasta el marxista Allende, todas las administraciones que han gobernado el país desde que Chile tiene Cardenal, les han otorgado patente diplomática para circular en sus vehículos, lo que implica un reconocimiento público de su calidad de dignatarios de la Iglesia Católica. Esto hasta la administración de Pinochet, o mejor dicho hasta que Jaime del Valle Alliende asume por la dictadura, el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores el 19 de diciembre de 1983. El año 1985, cuando el fiel Osvaldo Fica, chofer de don Raúl, va inocentemente en el mes de marzo a retirar la placa N° 2 del Cuerpo Diplomático en el Ministerio de Relaciones Exteriores (la N° 1 estaba reservada al Nuncio Apostólico de Su Santidad, que tradicionalmente es también el decano del Cuerpo Diplomático acreditado en Chile), se le comunica por un funcionario subalterno que el Gobierno ha decidido cancelar ese derecho y por lo tanto el señor Cardenal debe pagar el permiso de circulación por su vehículo como cualquier otro ciudadano y adquirir así la placa en el lugar correspondiente. Duro golpe para don Raúl, quien siempre ha creído que la medida constituyó una pequeñez y una venganza por su decidida denuncia de la brutal violación a los derechos humanos que durante tantos años ejerciera el Gobierno Militar. A pesar de que nadie dijo en esa oportunidad que la orden

provenía de Jaime del Valle y probablemente conversada con Pinochet, el señor Cardenal siempre ha identificado al Ministro de la época con la medida adoptada. Al menos, señala don Raúl, no es posible que una decisión de esa importancia no estuviese en su conocimiento y aprobada por él. El hecho de que fuera un hombre católico, vinculado a la Universidad Católica, donde fue Decano de Derecho y Pro Rector, el partícipe directo o cómplice de esta pequeñez, le dolió aún más. Don Raúl siempre ha estimado a la familia del Valle y, de hecho, dos hermanos de Jaime ocupan hasta la actualidad cargos de confianza de don Raúl y de la Congregación. En efecto, la Gerencia General de la Editorial Salesiana la ejerce Gonzalo del Valle y en el directorio de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, por él creada, está otro hermano, Alfredo del Valle Alliende.

Cuando Osvaldo Fica regresó a casa del señor Cardenal y le comunicó que no le darían patente diplomática, don Raúl decidió no hacer público este hecho y ordenó que se adquiriera el permiso de circulación en la Municipalidad de Ñuñoa, como lo hace cualquier persona.

A finales de julio de 1988 el señor Cardenal se había comprometido a decir la misa de 50 años del Hermano del Sagrado Corazón Gratien Tremblay en el Puerto de San Antonio. Yo también deseaba ir, puesto que el Hermano Gratien había sido uno de mis profesores jefes cuando yo estudiaba en el Instituto del Puerto. Ese día, como es habitual en los inviernos en Chile, había restricción vehicular por la contaminación ambiental, razón por la cual el número terminal de la placa patente del Volvo de don Raúl, tenía impedimento de circular.

El señor Cardenal intenta infructuosamente ubicarme esa tarde. Había que partir a más tardar a las 16:30 horas, ya que la misa empezaba a las 18:30. En vista de lo cual llama a

su sobrina Florence Hudson y le pide prestado su automóvil, un japonés pequeño. Osvaldo, el chofer de don Raúl, va a buscar el auto y parten a San Antonio. Cuando llamé a casa del señor Cardenal para ir a buscarlo en mi propio auto, no lo encontré; había partido momentos antes. Decidí entonces no ir a San Antonio, puesto que mi deseo había sido el de acompañar al señor Cardenal, además de rendirle un homenaje a un hombre canadiense, hoy fallecido, que hizo tanto por la formación de la juventud chilena.

La Santa Misa se desarrolló con magnificencia y solemnidad, como me lo diría cuatro días más tarde el propio Hermano Gratien, cuando el sábado de esa semana asistí a otra misa que en su homenaje se hizo en la Iglesia de Barrancas en San Antonio, acompañado de Silvia y dos de mis hijos. Le conté además como había evolucionado don Raúl del terrible accidente que vivió de retorno de la misa de 50 años a la entrada de Santiago. En efecto, de vuelta a Santiago, cuando ya eran las 21 horas y don Raúl se dirigía desde San Antonio a la casa del Dr. Alberto Luchini -médico personal en esa fecha y muy amigo de don Raúl- para cenar con él y con el Dr. Juan Fierro, sobreviene un accidente de proporciones a causa de la fragilidad del vehículo, puesto que nada habría ocurrido si hubiese estado en su Volvo que dispone de modernos sistemas de seguridad.

Recién había comenzado a llover en Santiago. El pavimento se encontraba resbaladizo, producto del polvo y el agua antes de que las calles se laven con la propia lluvia. Al tomar la curva cercana al matadero Lo Valledor, el pequeño automóvil comienza a patinar. Osvaldo Fica pierde totalmente el control del volante. El auto daba vueltas y se desvía incontrolablemente al carril contrario, donde es impactado frontalmente por una camioneta americana tipo pick up. El impacto fue fuertísimo, puesto que los vehículos avanzaban ambos a velocidades cercanas a los 70 kms. Don Raúl

dormitaba en el asiento trasero, el automóvil no tenía cinturones de seguridad en la parte posterior. Su cuerpo, por la fuerza del impacto, tiende a salir hacia adelante. Se golpea con fuerza en el espejo retrovisor y rompe con su cabeza el vidrio delantero. Pierde el conocimiento. Su cuerpo se hallaba atrapado entre los asientos delanteros. El automóvil quedó completamente destrozado. Entremedio de los fierros retorcidos, se encontraba el cuerpo pálido y sin sentido de este hombre maravilloso.

Oswaldo Fica, aún cuando sangraba copiosamente, producto de los vidrios que rompieron su rostro, salió como pudo del pequeño vehículo y de inmediato comenzó a gritar:

- Es el Cardenal. El Cardenal Silva es el que está en el auto. Por favor llamen a una ambulancia. Soy el chofer del Cardenal Silva.-

En su desesperación y a pesar de sus propias heridas, la única preocupación para el buen Fica era don Raúl. Su propia salud y su vida no importaban, sólo el Cardenal era para él importante en esos momentos.

Todos colaboraron al saber quién era el ilustre accidentado. Llega la ambulancia que lo lleva rápidamente al Hospital Ramón Barros Luco de la Gran Avenida.

Mientras esta dramática situación ocurría, yo me encontraba cenando en mi casa. Había invitado a comer a Jorge Awad y a José Luis Zabala Ponce. Alrededor de las 10 de la noche recibo un llamado telefónico del Diario La Epoca; una periodista llamó para consultarme qué sabía de don Raúl. Le cuento lo de su viaje a San Antonio y a su vez le pregunto la razón de su llamada. Me responde diciéndome que había recibido la noticia del accidente y que querían saber más detalles de lo ocurrido. Inmensamente preocupado le digo que

llamaría de inmediato a la casa de don Raúl y que ella me llamara más tarde. Marco el número privado de la casa de Los Pescadores y me responde la Tere, quien me dice que efectivamente el señor Cardenal sufrió un accidente y que lo han llevado al Hospital Ramón Barros Luco. De allí lo trasladarían a la Clínica Indisa. Los médicos con los que cenaría esa noche ya estaban al tanto de la situación y se habían preocupado de los detalles del traslado a fin de hacerle los exámenes correspondientes. Corté apresuradamente la comunicación y comuniqué a mis amigos lo acontecido. Les pedí excusas por el término tan abrupto de la cena, ya que decidí trasladarme de inmediato a la Clínica Indisa. Jorge Awad me dijo que me acompañaría, así que partimos de inmediato. Cuando llegamos, vimos a la señora Clementina, quien nos dio mayor información del accidente y nos comunicó que el señor Cardenal aún no se encontraba allí y que una ambulancia venía en camino. Resolvimos esperar en la Clínica hasta la llegada de don Raúl, preocupándonos de averiguar por dónde pasaría a fin de poder verle. Al rato, en una camilla, aparece don Raúl, con su cara magullada por la fuerza del impacto. Sus ojos se encontraban cerrados y aparentaba estar sin sentido. Los médicos nos comunicaron que de inmediato se le llevaría al pabellón a fin de hacerle un riguroso y completo examen y así determinar la gravedad de su accidente. Nos señalaron que necesitarían algunas horas para efectuar un diagnóstico correcto y que los resultados sólo se tendrían al día siguiente en la mañana, razón por la cual la espera era inútil. Llegamos de vuelta a mi casa pasada la medianoche, con la angustia de no saber cuál era la real dimensión y gravedad del estado de salud de don Raúl.

A la mañana siguiente, a primera hora, volví a la Clínica. Conversé con mi buen amigo el Dr. Juan Fierro, una eminencia médica reconocida en Chile y en el extranjero. Hombre bondadoso, afectivo, inteligente y comprometido con la causa social. De tiempo en tiempo nos juntamos buscando

fórmulas viables que hagan posible en nuestro país una medicina más humana y menos comprometida con el dinero y el lucro. Después de saludarme con el afecto de siempre me dice:

- Mira, los exámenes indican un TEC con contusión y edema cerebral grave y fractura en el cráneo, magulladuras múltiples y hematomas. No tiene fracturas en el resto del cuerpo, con excepción de dos costillas. No se le podrá visitar sino hasta dentro de algunos días. Afortunadamente ha recuperado el conocimiento.-

Después, en un gesto muy característico en él, me toma del brazo y paseándonos por los pasillos de la Clínica, me cuenta en detalle el resultado de los exámenes. Después me diría:

- Un golpe de esta magnitud en una persona de casi 81 años es muy complicado. Un niño es capaz de restablecerse rápidamente, pero en la ancianidad se produce un deterioro de difícil recuperación. Con el tiempo se produce un descalabro en las neuronas que se van deteriorando implacablemente.-

El año del accidente se desarrollaría en Chile el plebiscito, que finalmente hizo posible la salida de Pinochet del gobierno. Al año siguiente se realizaron las elecciones y en marzo de 1990 tendríamos a Patricio Aylwin en La Moneda. Después de los festejos de la primera semana, llamé a la Presidencia de la República, quise hablar con el Presidente para contarle los hechos relatados en los párrafos anteriores con el objeto de que le devolvieran al señor Cardenal la patente diplomática. Conversé con sus eficientes secretarías Claudia y María Paz, quienes me señalaron que le explicarían la razón de mi llamado a don Patricio Aylwin. Este, al conocer los hechos, pidió al Ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Silva Cimma, que resolviese de inmediato el problema. Y

así fue: antes de 48 horas Osvaldo Fica estaba colocando en el Volvo de don Raúl la patente oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores que lleva el número 21.

Termino de escribir estos recuerdos a bordo de un avión Lan Chile. Un sobrino del Cardenal e hijo de la señora Clementina, Richard Hudson, es el representante en Europa de la línea aérea, por lo que cuando es necesario, abuso de su buena voluntad para las reservas de pasajes. Esta vez no ha sido necesario. Son cerca de la una de la madrugada, hora de Europa. Salimos de Frankfurt puntualmente a las 19:55 horas. Hicimos una escala en Madrid, donde aproveché de comprar en el Free shop, una botella de “agüita de cebada” para llevársela de regalo a don Raúl.

P.D. Don Osvaldo Fica falleció en Santiago en diciembre de 1994.
El Doctor Alberto Luchini falleció en Santiago en marzo de 1996.

XVII
EL PADRE JUAN BAGA



Somos muy amigos del Padre Juan. Toda mi familia le tiene una especial estimación, puesto que lo consideran un hombre de la casa, un amigo al que han visto siempre y que incluso, cuando nuestros hijos eran más pequeños, ha oficiado de baby sitter dejándolos a su cuidado.

Lo conocí en la Universidad Católica en el año 1971 cuando él era Director del Duoc, cuyas siglas significan Departamento Universitario Obrero Campesino. El Padre Juan había hecho una tarea magnífica: vinculó a la Universidad con el pueblo dándole capacitación en las más variadas disciplinas y a lo largo de todo Chile. Vibrábamos con su hermosa tarea, contagiándonos con su entusiasmo desbordante. El Rector Castillo también se encontraba muy satisfecho de esta tarea que con empeño, sacrificio e inagotable capacidad de trabajo desarrollaba este sacerdote catalán en favor de los pobres y los marginados de Chile.

Se apreciaba de inmediato que se sentía espiritualmente realizado y que estaba haciendo algo útil, de provecho y de mucha importancia para miles y miles de chilenos. Logró tener más de 50.000 alumnos en los cursos que se desarrollaban a lo largo y ancho de este querido país, que no es el suyo, pero al que ha demostrado querer y servir como pocos chilenos.

Antes de su trabajo en la Universidad colaboró muy directamente con don Raúl y Sergio Torretti en la empresa

editorial Zig-Zag, en la cual el Arzobispado efectuó inversiones, confiándole al Padre Juan el trabajo que hiciera posible que esa empresa se transformara en una gran editorial al servicio del país y de los valores cristianos. La experiencia no resultó y finalmente el Arzobispado dejó de tener intereses comprometidos en Zig-Zag. El Padre Juan siempre se ha quedado con la impresión de que don Raúl le perdió la confianza, después del fracaso que significó esa tarea a la que dedicó muchos esfuerzos durante más de dos años.

Yo he conversado este punto con el señor Cardenal en más de una oportunidad, quien me ha dicho que el Padre Juan es un gran sacerdote, un muy buen administrador y de una lealtad a toda prueba hacia la Iglesia y sus pastores.

- Mira, me ha dicho, ciertamente que habría sido mejor que lo de Zig-Zag hubiese tenido otro final; más aún por el hecho de que cuando planteé esta iniciativa a los Obispos auxiliares, no recibí de ellos el respaldo que yo deseaba. El fracaso les ha dado la razón, a pesar de que yo sigo creyendo que era posible disponer de una gran empresa a fin de contribuir a dar a conocer la palabra de Jesús y ayudar a practicar su mensaje. Juan no tiene la culpa de lo ocurrido.-

Sin embargo, este hecho marcó de alguna manera la relación entre ambos.

El Padre Juan hizo todo lo que estuvo de su parte para el éxito de esa iniciativa, como también lo estaba haciendo cuando lo conocí en el Duoc. En el momento de nuestra salida de la Universidad, a finales de septiembre de 1974, su situación era bastante incierta. Habíamos conseguido a través de Juan Villarzú en el Ministerio de Hacienda, un suplemento presupuestario para el Duoc, lo que le permitió disponer con alguna tranquilidad de los recursos necesarios para continuar su magnífica obra. Sin embargo, era clarísima la intención de

los gremialistas de eliminar al Duoc de las tareas universitarias. Si bien era cierto que durante la rectoría de Castillo se le había dado una personalidad jurídica propia denominada Fundación Duoc, no era menos cierto que los que controlaban de hecho la Universidad les molestaba esta vinculación. Ellos querían una Universidad en la que, en definitiva, terminarían llegando prioritariamente alumnos de los sectores más pudientes de la sociedad. Y lo consiguieron: basta observar a los actuales estudiantes y su procedencia para detectar esta realidad indesmentible.

Juan Bagá utilizó la estrategia de ganarse las simpatías de Swett a fin de incorporarlo a los objetivos del Duoc. Incluso logró invitarlo a Europa a solicitar ayuda financiera para sus actividades, llevándolo a su querido pueblo de Torá, donde vivían su madre hoy fallecida y parte de su familia. Torá es un pequeñito pueblo de Cataluña ubicado en los faldeos de los Pirineos, cerca de la ruta que une Barcelona con Andorra, insignificante territorio enclavado como una isla entre España y Francia. Más tarde el Padre Juan, después de que le arrebataron el Duoc, a pesar de todos sus esfuerzos, me diría:

- Si hasta le pagué el pasaje con todos los gastos en primera clase a Swett y después de felicitar me por lo que se estaba haciendo, de la noche a la mañana, ya me ves, fuera.-

Corría el año 1977.

El Padre Juan no nació para ser párroco. Hombre culto que ha viajado por el mundo entero, tiene la extraordinaria cualidad de introducir a su auditorio de las prédicas dominicales en las condiciones de la época en que se generan los hechos relatados en los textos bíblicos; posteriormente desmenuza con maestría el mensaje fundamental que desea que quede grabado en sus oyentes. Todo lo anterior adornado con

ejemplos y entretenidas anécdotas, para terminar invariablemente con un ruego al Señor para que seamos capaces de ser consecuentes con el mensaje entregado por Dios y magistralmente desarrollado por Juan.

Es por ello que no debe llamar la atención que muchos conspicuos personajes de la vida pública nacional se confiesen como seguidores de las prédicas del Padre Juan. Recuerdo que antes que su Obispo español de Solsona en España, le pidiera que retornara a su país, se desarrollaba la misa dominical de las 12:15 horas en el galpón del colegio colindante con la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Vitacura. Entre sus seguidores se encontraban Patricio Aylwin, Jorge Jiménez, Fernán Ibáñez, Andrés Sanfuentes, Jorge Navarrete, Andrés Zaldivar, Ignacio Santa María, Domingo Santa María, Genaro Arriagada (quien no iba a misa, pero esperaba en la puerta a que saliera su esposa Ana María Urzúa, fiel seguidora del Padre), Ricardo Majluf, Homero Sotomayor y muchos otros.

El pedido de retorno a Juan duró muy poco. Le hicimos una cena de despedida en el Club de la Unión Española en calle Carmen, a la cual asistió el señor Cardenal, el día 6 de enero de 1989. Al poco tiempo de desarrollar su tarea sacerdotal en la tierra natal fallece el Obispo al cual le debía obediencia. El reemplazante le dice que su presencia no le es imprescindible y que si desea regresar a Chile que lo haga; y así fue. No alcanzó a estar ocho meses en España cuando ya lo teníamos de regreso.

Las misas del galpón no se reiniciaron a pesar de las fuertes y suplicantes peticiones que se le hicieron.

Después de entregar el Duoc a los gremialistas a finales de 1977, el Padre Juan no tenía muchas cosas que hacer.

Conversa con el señor Cardenal acerca de su situación, buscando alternativas para desarrollar una tarea fructífera. Don Raúl había creado, tiempo atrás, la Librería Manantial con el objeto de poder disponer de una institución de Iglesia que estuviese al tanto de todas las publicaciones que se estaban editando en el mundo, sobre temas vinculados a la religión y la doctrina social. La Librería Manantial le significaba al Arzobispado tener que darle aportes económicos, ya que no se autofinanciaba.

En un momento el Padre Juan le dice a don Raúl:

- Señor Cardenal, si usted me traspasa la Librería para que yo la administre y me deja hacerlo a mi modo, yo me comprometo a que usted nunca tendrá que efectuar nuevos aportes de dinero.-

El señor Cardenal aceptó el trato que le ofrecía el Padre Juan y pienso que de alguna forma, el fallido intento de Zig-Zag estuvo presente en esa conversación. En verdad era como una segunda oportunidad para lograr a través de distintos métodos el mismo objetivo: difundir la palabra de Jesús.

En manos de Juan la Librería comienza poco a poco a levantarse. Con capacidad de trabajo, iniciativa y el apoyo en Barcelona de su hermana María Bagá, quien había vivido 12 años en Chile, Juan logra crear una gran empresa al servicio de la Iglesia.

Al señor Cardenal le gusta mucho contar su versión del éxito del Padre Juan. En efecto, cuando se hace una solemne bendición de la ampliación de la Librería en Plaza de Armas, convirtiéndola quizás en la mayor y mejor surtida del país, el encargado de bendecir el recinto fue el propio Cardenal.

Antes de proceder a la ceremonia religiosa a la cual

estaban invitadas unas 200 personas, el señor Cardenal de pie frente al micrófono dice aproximadamente lo siguiente:

- Estamos asistiendo a la bendición de este magnífico local destinado a colaborar en la tarea formativa del clero. Importante es para los sacerdotes, religiosos y laicos saber que disponen de una librería que se preocupa por difundir la palabra de Dios y el mensaje de la Iglesia.-

- Recuerdo que hace unos años esta empresa no era nada. Siempre necesitaba de capital que teníamos que ir aportando permanentemente. Un día llega Juan y me dice, señor Cardenal usted tiene una librería que le da problemas y que no ha logrado surgir. Si usted me pasa ese capital para que yo lo administre con la experiencia que tengo en esta área, le aseguro que al cabo de unos años la Iglesia dispondrá de una gran librería.-

- Basta mirar alrededor nuestro -continúa diciendo el Cardenal- para darnos cuenta del éxito alcanzado, de los importantes recursos invertidos que se encuentran en estos cientos de estanterías. Sin lugar a dudas, una gran obra, gracias a Dios. Al observar todo lo logrado, con sucursales en Valparaíso, Concepción y Talca, debemos reconocer la magnífica tarea realizada por Juan Bagá y el enorme capital que aquí se encuentra invertido. Cuando recién me planteó el traspaso me dijo: “Señor Cardenal, usted tiene el capital y yo la experiencia, entrégueme la Librería Manantial” y lo hice. Pero ahora lo que ha ocurrido es que el que tiene el capital es Juan y yo me he quedado con la experiencia.-

Hasta aquí el discurso de don Raúl, que arrancó fuertes aplausos y carcajadas en todos los presentes.

Juan Bagá es hoy en día un buen amigo de don Raúl. Un par de veces al mes me acompaña en los almuerzos de los martes o jueves.

Hace unas semanas, me conmovió el Padre Juan cuando le dijo al señor Cardenal:

- Usted no sabe cuánto lo quiero. No soy de los que estuvo en su época de Arzobispo intentando estar cerca suyo porque tenía poder. Pero sí quiero asegurarle que en todas sus tareas e iniciativas, usted ha tenido un amigo leal que lo ha respaldado siempre. La Iglesia, los sacerdotes y Chile le deben mucho a usted, señor Cardenal.-

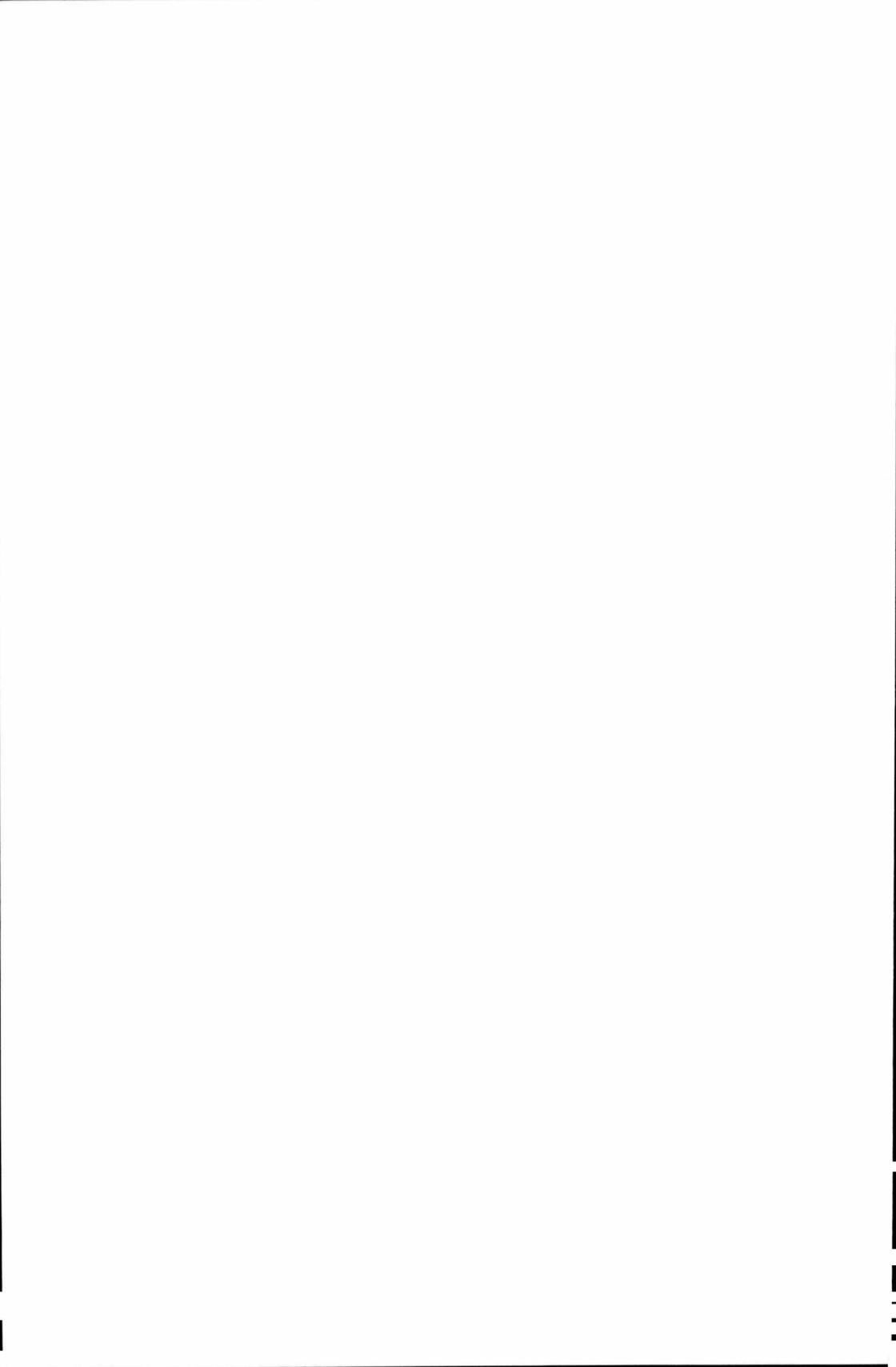
Posteriormente, cuando Juan se hubo ido, don Raúl me dijo:

- Pobre Juan, quizás esté sentido por lo que le dije el día de la bendición a la librería; yo también lo quiero mucho. Ha sido un gran colaborador; nadie podría haber hecho en la librería lo que él ha logrado. Te ruego que lo invites más a menudo, quisiera estar más tiempo con él.-

Termino de escribir estos recuerdos en el aeropuerto de la ciudad de Sao Paulo, escala obligada del avión que nos lleva a Santiago. Son las 10:10 de la mañana hora de Europa. Ahora cambiaré el reloj a la hora de Chile donde son las 04:10 de la madrugada de este miércoles 21 de julio.



XVIII
LOS 111



En el año 1991 hizo aparición en el país un brote de cólera que preocupó a las autoridades y a la ciudadanía en general. La televisión y todos los medios de comunicación social se ocuparon del tema utilizando importantes espacios para informar a la opinión pública del mortal flagelo. Se daba todo tipo de recomendaciones, llegándose incluso a prohibir el consumo de verduras crudas. Los supermercados más importantes se sumaron a la campaña no vendiendo ningún tipo de verduras y en los restaurantes simplemente se eliminaron de la carta las ensaladas no cocidas.

La población chilena, siempre muy atenta a las recomendaciones de la autoridad, aceptó de buena manera la observancia a las pautas de conducta que se le indicaban. El señor Cardenal también impuso en su casa el cumplimiento de las recomendaciones que se hacían, por lo que se eliminaron las ensaladas crudas y la Tere sólo preparaba lo que se podía digerir sin ningún problema.

Sin embargo, y a pesar de estas precauciones, en la noche de un lunes del mes de octubre y la madrugada del martes, el señor Cardenal se sintió mal del estómago, sufriendo molestias durante la noche. En vista de que a la mañana del martes seguía con problemas estomacales, decide ir a la Clínica Indisa para que le hagan un examen y chequeo a fin de determinar las causas de su malestar.

Me llama por teléfono y me explica la situación por la que estaba pasando, señalándome su intención de ir a la Clínica Indisa con el objeto de que sus doctores de confianza, Juan Fierro y Alberto Luchini, le hicieran los exámenes de rigor. Acordamos que él partiría en su auto conducido por su chofer don Osvaldo Fica y que yo lo haría por mi cuenta en mi propio automóvil, juntándonos entonces en la Clínica.

Le hicieron los exámenes y se llegó a la conclusión que su malestar no revestía ningún peligro y que sólo se trataba de una pasajera infección intestinal.

Cuando le comunican este buen resultado, don Raúl se hallaba en una de las habitaciones del pensionado, recostado en una cama, con varios médicos a su alrededor. También nos encontrábamos presentes la señora Clementina Silva Henríquez y yo.

Entonces el señor Cardenal me mira y dice:

- Siendo así, nos vamos. Reinaldo, tú te vienes a almorzar conmigo.-

Como era martes, me correspondía acompañar al señor Cardenal a almorzar, razón por la cual le respondí diciéndole:

- Sí, señor Cardenal, cuando usted diga nos vamos a su casa.-

Noté de inmediato que ese no era el plan que se traían los médicos, puesto que ellos habían estimado que, dado que el señor Cardenal se encontraba en la Clínica, sería muy conveniente hacerle un chequeo médico general, con exámenes de todo tipo a fin de determinar su estado de salud y así prevenir cualquier situación que podría afectarle.

Respaldados entusiastamente por la señora Clementina los médicos le dijeron:

- Señor Cardenal, hemos estimado que usted se quede dos días en la Clínica a fin de hacerle un chequeo médico muy completo.-

En aquel tiempo, el señor Cardenal tenía 84 años, por lo que aparecía como muy razonable que se le hicieran algunos exámenes que determinaran el exacto estado de su organismo.

Sin embargo, el señor Cardenal pensaba de distinta forma y les dijo:

- Les agradezco mucho su preocupación, pero yo me voy para mi casa.-

La señora Clementina irrumpe con fuerza y argumentación:

- Pero Raúl, hazte los exámenes. ¿Cuándo tendrás otra oportunidad como ésta?. Ya que estás aquí, debes preocuparte por tu salud y aceptar que te los hagan.-

Pero don Raúl se mantiene firme en su posición y replica:

- No me haré ningún examen, ya basta con los que me han hecho. Les doy las gracias por todo. Ahora quiero vestirme y llegar a mi casa.-

Sin embargo, los médicos no estaban dispuestos a aceptar tan fácilmente los deseos del señor Cardenal, y el doctor Fierro le dice:

- Mire, señor Cardenal, esta es una orden médica. Usted se queda aquí hasta pasado mañana. Usted tiene mucho que darnos todavía, así que por su bien y el de tantos que lo necesitan, usted se hospitaliza.-

La situación se ponía tensa. Nadie quería ceder sus posiciones.

Entonces el señor Cardenal, en un esfuerzo supremo por imponer su deseo, les dice con voz fuerte:

- Yo me voy para mi casa, ustedes son unos “ciento once” y por eso no estoy dispuesto a quedarme en la Clínica.-

Los médicos se miraban perplejos unos a otros. No entendían para nada esto de ser “ciento once”, cuando los que estaban en la pieza no eran más de cinco.

Uno de ellos se atreve a hacer la consulta y le pregunta al señor Cardenal:

- ¿Por qué usted dice que somos unos “ciento once”?.-

El señor Cardenal, con su cara llena de picardía, le responde diciéndole:

- Muy fácil: porque ustedes comienzan con uno, siguen con uno y terminan con uno. Y yo no estoy dispuesto a ser una víctima de los 111.-

Los médicos no salían de su asombro y no hallaban cómo contestarle.

Entonces el señor Cardenal, aprovechando esta situación y el silencio producido, les dice:

- Ahora me dejan solo para vestirme. Reinaldo, tú me esperas afuera para irnos juntos a almorzar.-

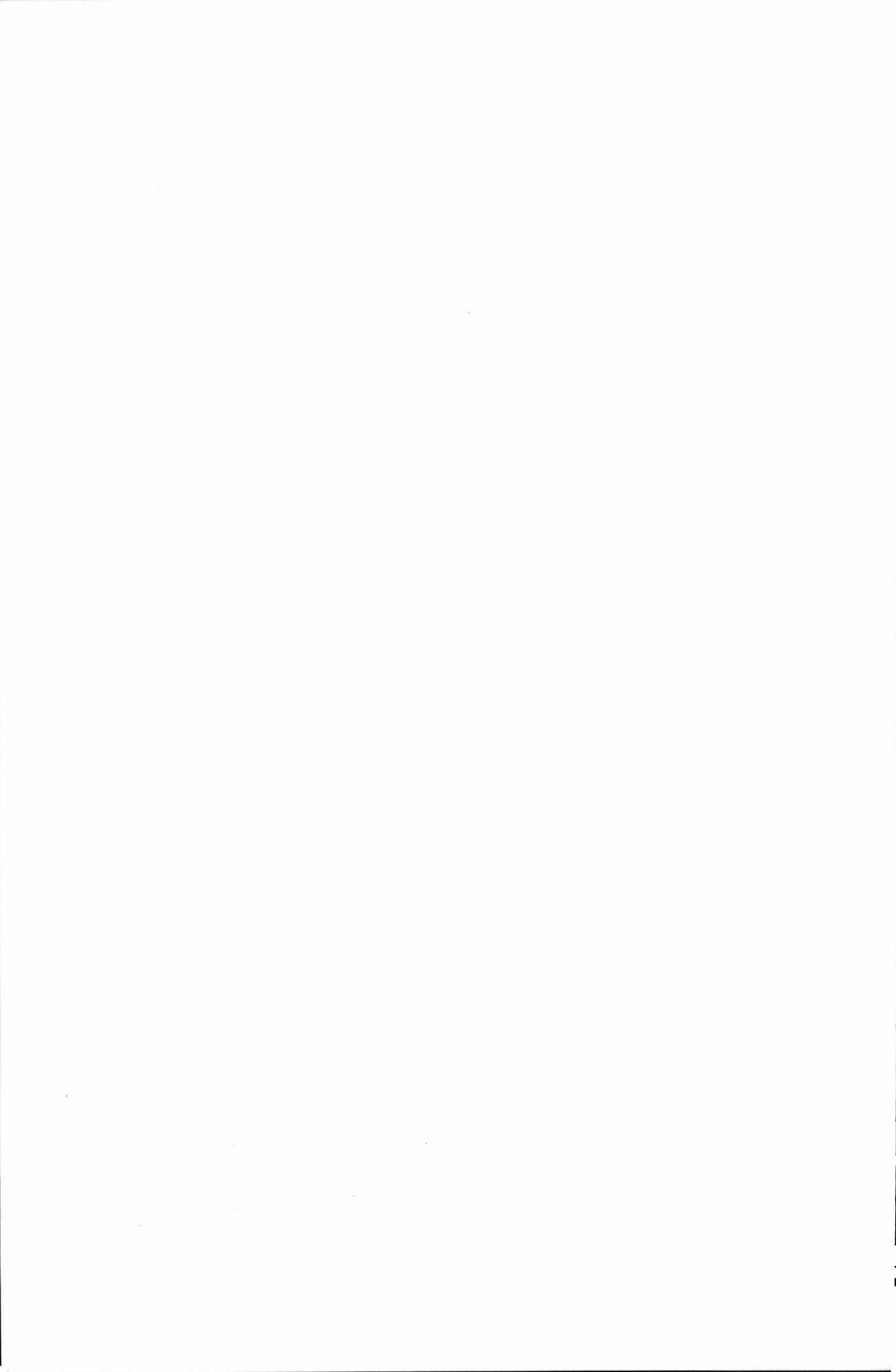
Esta anécdota me recuerda uno de los dichos preferidos del señor Cardenal:

“Hay Silvas que silban bien
Hay Silvas que silban mal
Hay Silvas que dan la oreja
Hay Silvas que no la dan”.

Termino de escribir estos recuerdos en mi casa de descanso de Las Cruces el 9 de diciembre de 1995.



XIX
LAS MUJERES Y LOS HOMBRES
DE TRABAJO



El señor Cardenal siempre ha tenido una especial predilección por el mundo del trabajo. Ama y respeta a los millones de mujeres y hombres que día a día entregan su esfuerzo creador para generar riqueza y procurar a toda la sociedad los bienes y servicios que requieren para la satisfacción de sus necesidades. Luchador incansable por la justicia, dedicó grandes esfuerzos a alentar a la sociedad chilena a considerar la dignidad del trabajador, otorgándole una justa retribución a su esfuerzo productivo e instando a los poseedores del poder y de la riqueza para que tengan un trato justo, de respeto, comprensión y entendimiento para sus trabajadores. Es por ello que no dudó ningún instante en estar junto a Salvador Allende y a los miles de trabajadores que se juntaron en Avenida Bulnes y la Plaza de la Constitución para la celebración del 1° de mayo de 1971.

Creó la Vicaría de la Pastoral Obrera, nombrando como vicario a monseñor Alfonso Baeza, quien ocupa ese mismo cargo hasta el día de hoy.

Sus homilías en el día del trabajo y sus homenajes a San José Obrero constituyen una enseñanza de hondo significado para la conciencia social de los católicos. Siempre su voz, su esfuerzo y su gran voluntad de emprender han estado al lado de las mujeres y hombres de trabajo.

Por eso es que a nadie le llamó la atención su decisión de crear bajo el alero de la Fundación para el Desarrollo, el

Sistema de Financiamiento Campesino y el Instituto de Autogestión, instituciones destinadas a promover, capacitar y dar ayuda técnica y financiera a miles de campesinos y trabajadores urbanos allá por el año 1975.

Obtuvo importantes financiamientos para estas iniciativas, tanto en Europa como en los Estados Unidos. En este último país destaca la Interamerican Foundation, institución dependiente del Congreso de los Estados Unidos, la cual siempre acogió con esmero y solicitud las peticiones económicas del señor Cardenal.

Las organizaciones campesinas y en especial las cooperativas que se crearon con motivo de la reforma agraria comenzaron a vivir momentos de serias dificultades en el régimen militar. Evidentemente no eran del agrado de las autoridades de la época. Todas las ventajas tributarias, crediticias o de cualquier índole, fueron eliminadas de una plumada. Todo el andamiaje que sostenía al sistema cooperativo de organización empresarial y comunitario se desplomó estrepitosamente. De esta forma instituciones cooperativas tan importantes como Unicoop, Sodimac, Ificoop y otras, se vieron en dificultades de tal magnitud que o desaparecieron o cambiaron de dueños y junto con ellos se modificó también el sistema cooperativo que las regía.

El señor Cardenal ha estimulado la organización cooperativa como un modelo de organización solidaria y de contenido humano que intenta eliminar el salvajismo deshumanizado que genera el modelo neoliberal de libre mercado. Es por ello que dedicó importantes esfuerzos a promover proyectos que permitiesen disponer de los recursos que las autoridades del régimen militar les negaban a las múltiples cooperativas, especialmente campesinas, que existían en el país.

A cargo del sistema de financiamiento campesino se designó como Director Ejecutivo a Edgardo Boeninger y del Instituto de Autogestión a Leopoldo Moraga, el cual fue reemplazado posteriormente por Vicente Caruz.

Debido al proceso de cambios en el sistema económico nacional, tanto uno como otro no tuvieron el éxito esperado y se vieron en dificultades importantes que obligaron finalmente a su cierre, perdiéndose muchos de los recursos obtenidos con tanto esfuerzo por el señor Cardenal. Una de las pocas instituciones que logró sobrevivir fue Fintesa (Financiera de Interés Social) de la cual también fui su Gerente General, la que posteriormente dio origen al actual Banco del Desarrollo.

El señor Cardenal relata con mucha gracia una notable anécdota ocurrida con un grupo de dirigentes campesinos que fueron a visitarle con el objeto de pedirle ayuda.

La cooperativa agrícola que ellos dirigían había obtenido ayuda financiera del Sistema Financiero Campesino, encontrándose a pesar de ello en serias dificultades económicas. No habían podido cancelar su endeudamiento, el cual había sido otorgado mediante la personal petición de don Raúl, puesto que era amigo de los dirigentes campesinos. El equipo de profesionales del Sistema Financiero Campesino, dirigido por José Manuel Morales y Juan Manuel Cruz, había estudiado la situación, llegando a la conclusión que desde un punto de vista técnico no se podía ampliar el nivel de endeudamiento. En vista de este rechazo, los dirigentes solicitaron una entrevista al señor Cardenal a fin de pedirle nuevamente su intervención para que se les otorgara mayor ayuda financiera. Le aseguraron que con el mayor aporte económico ellos podían, con posterioridad a las cosechas, devolver no tan sólo el préstamo inicial, sino que todo el nuevo aporte solicitado. Si ello no ocurría, nunca podrían devolver el primer préstamo.

Después de escucharlos atentamente, el señor Cardenal les dice:

-Su petición me hace recordar una divertida historia de un escocés, que como todo el mundo sabe se distinguen por ser muy cuidadosos con el dinero, por lo que difícilmente están dispuestos a perder lo que poseen.-

Y continuó diciendo:

-En una oportunidad un escocés estaba manejando su automóvil por una carretera cuando de pronto tuvo unas ganas incontrollables de ir al baño. Detuvo su vehículo en el primer lugar público que encontró y solicitó de inmediato que le facilitaran el baño.-

Una vez en el lugar se percató que éste era muy antiguo. Los baños rurales de épocas pasadas -explicó- tienen una canaleta por donde se evacúan los desechos. No existía una taza donde sentarse, por lo que la forma de hacerlo era de pie sosteniendo el cuerpo mediante dos argollas que colgaban de cadenas desde el cielo de la habitación, las cuales debían ser firmemente tomadas con las manos.

Después de haberse aliviado y antes de hacer correr el agua por la canaleta, se sube los pantalones con tan mala suerte que dos monedas caen encima de lo que había hecho.

El escocés se queda observando el espectáculo y duda si meter las manos para sacar las monedas o hacer correr el agua. No le era fácil perder las dos monedas y olvidarse de ellas, por lo que se mantiene paralizado en el lugar sin saber qué decisión tomar.

Finalmente se le ocurre una idea genial. Se mete las manos en el bolsillo y saca todas las monedas más algunos

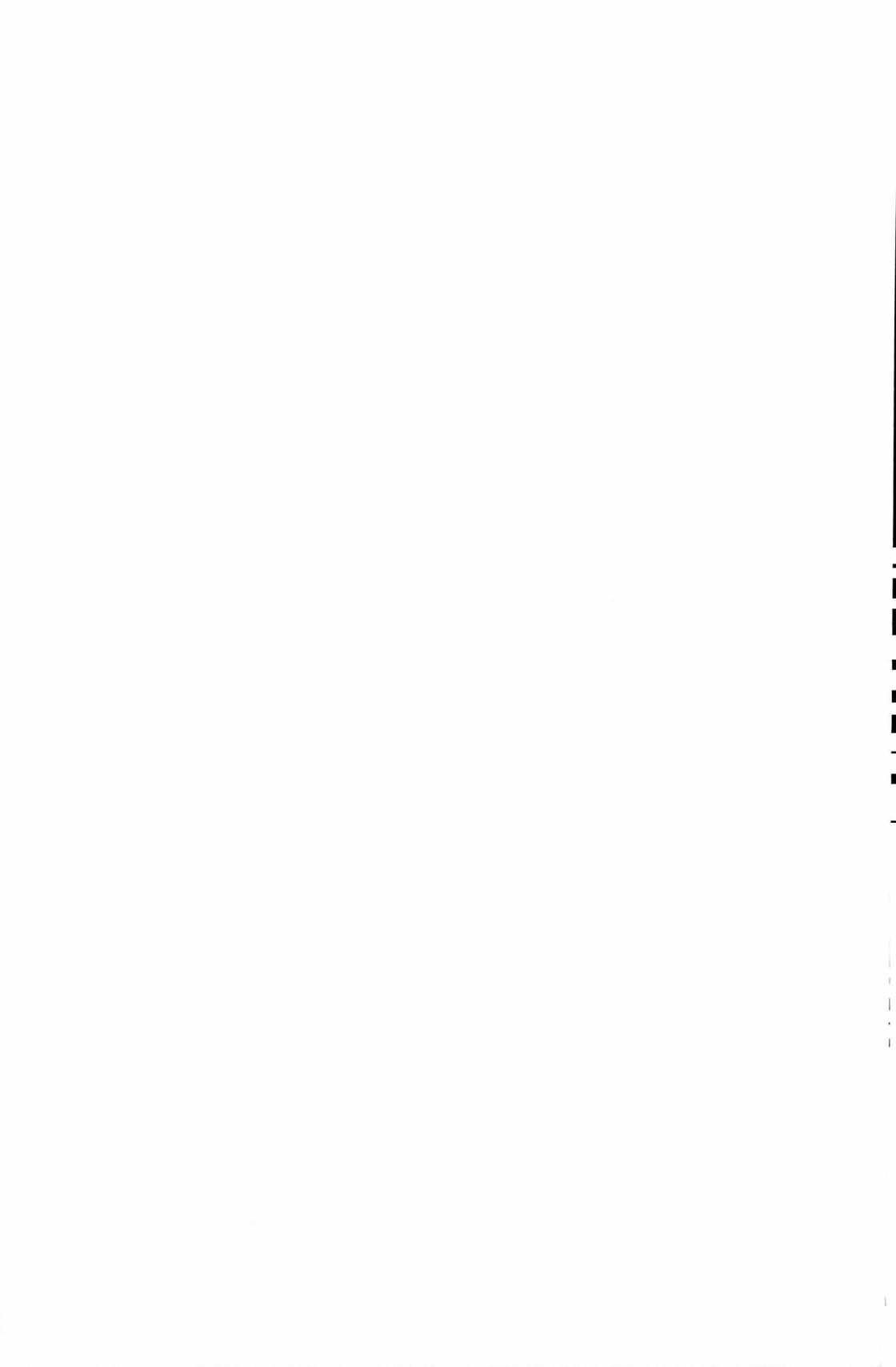
billetes y sin dudarle un instante los lanza con fuerza para que quedaran junto a las primeras monedas. Y entonces con su cara llena de felicidad exclama: ¡Ahora sí!

Después de contar esta historia y una vez acalladas las carcajadas que provocó, el señor Cardenal les dijo:

- Eso mismo quieren ustedes que yo haga para ayudarlos.-

Escribo estos recuerdos el día viernes 29 de septiembre de 1995 a bordo de un avión que nos lleva a Silvia y a mí a la ciudad de Punta Arenas.

El sábado 30 pasaré a ver al Padre Obispo, don Tomás González. Compartiremos algunos momentos y aprovecharé la oportunidad para leerle la parte de este anecdotario titulada "Punta Arenas y el Padre Obispo".



XX
MIS BODAS DE PLATA



El 13 de noviembre de 1990 cumplimos 25 años de matrimonio. La familia Sapag Puelma quiso celebrar con el debido realce esa fecha, para lo cual organizamos una misa y después una cena para unas 130 personas el día viernes 16 de noviembre.

Fue una fiesta en grande, con una misa impresionante. Decidimos hacer la renovación de nuestro voto sacramental en la Iglesia de la Anunciación, ubicada en la Plaza Pedro de Valdivia, lugar donde 25 años atrás habíamos aceptado unir nuestras vidas para siempre. Don Raúl con sus vestimentas cardenalicias presidía imponente el altar en compañía de algunos sacerdotes amigos. Estaban el Padre Juan Bagá, el Padre Fernando Cifuentes Stöckebrand, el Padre Marcial Umaña y el Padre Gustavo Ferraris.

Nuestros hijos prepararon cada uno de ellos un mensaje para nosotros, algunos lo leyeron, otros lo improvisaron, diciéndonos hermosas palabras de amor filial, relatando lo que para ellos significaba su vida junto a sus padres. ¡Que día más lleno de emociones y de felicidad!.

El Cardenal nos regaló una prédica de hondo contenido humano. Sus palabras reflejaron el gran cariño que siente por nosotros, llamándonos por nuestros nombres y relatando su experiencia de amistad junto a mi familia, que le abrió de par en par todos sus corazones. Sí, fue realmente una ceremonia inolvidable y llena de emociones.

Para después de la misa habíamos organizado una cena en el restaurante Chez Louis. Este restaurante tiene para nuestra familia un especial significado. Empezamos a frecuentarlo a partir del año 1967, cuando se llamaba Bric a Brac y estaba ubicado en la esquina de Abadía y Av. Las Condes, justo al lado del lugar donde se encuentra hoy ubicado. Hemos tratado con Silvia de ir una vez a la semana a compartir nuestras vidas, regalándonos una excelente cena y conversando a solas de la vida y de sus angustias, de nuestras alegrías y nuestras esperanzas. Mucha vida en común y confidente tiene este restaurante, el cual también ha sido testigo de tantas fechas memorables para nosotros y cada uno de nuestros hijos. Sergio Herrera es el buen “maitre” que nos ha acompañado durante tantos años. Conoce nuestros gustos y siempre está solícito a todos nuestros requerimientos. Conoce a toda nuestra familia y ahora en 1995, cuando Claudio y Verónica se han casado y siguen yendo por su cuenta a este restaurante, manteniendo una tradición familiar, allí Sergio los recibe y atiende con su eficiencia de siempre.

Para amenizar la cena habíamos contratado la orquesta árabe de Scherazade la que iría acompañada de dos regias odaliscas, las cuales, ligeras de ropa, como tiene que ser, bailarían hermosas danzas del Medio Oriente.

El señor Cardenal desde su accidente relatado en páginas anteriores, había optado por no salir a cenar fuera de su casa. Es por ello que en ningún caso me puse en la eventualidad de que asistiría a la fiesta.

Al finalizar la misa nos quedamos con Silvia en la entrada de la Iglesia para esperar la salida del señor Cardenal y agradecerle su gentileza de haber presidido una ceremonia tan hermosa y de tan hondo significado para nuestra familia.

Aparece don Raúl acompañado del resto de los sacerdotes concelebrantes. Nos acercamos a él y le damos muy efusivamente las gracias. Antes de que termináramos de agradecerle me pregunta:

- ¿Le has explicado a don Osvaldo (su chofer) cómo se llega al lugar de la cena?-

Don Osvaldo, quien se encontraba muy atento a la espera de don Raúl, llegaba en esos momentos a donde nosotros estábamos y alcanzando a oír la pregunta se encarga en responder:

- No se preocupe, señor Cardenal, sé muy bien cómo llegar al lugar.-

Don Raúl, sin perder más tiempo, nos señala que nos veríamos en un rato más, procediendo a subir a su automóvil.

De inmediato le digo a Silvia:

- Apurémonos, tenemos que llegar al Chez Louis antes que el señor Cardenal. Hay que impedir que él vea a las odaliscas.-

Partimos raudos hasta Av. Las Condes con Abadía. Afortunadamente llegamos antes que el señor Cardenal, lo que me permitió instruir a la orquesta para que sólo tocara música árabe y que cuando don Raúl se fuera a su casa, entonces aparecieran las odaliscas para realizar los bailes que traían preparados.

El buen Sergio se encargó de que ellas se ocultaran hasta que se fuera el señor Cardenal.

Don Raúl se sentó al lado nuestro y gozó con la comida, el buen vino y también con la música árabe. Aplaudía con mucho entusiasmo cuando Silvia y yo bailamos juntos una canción llena de ritmo oriental.

Pasaba el tiempo y don Raúl no daba muestras de querer retirarse. Muy cerca de la medianoche decide finalmente irse. En vista de que su chofer se había marchado temprano con el automóvil del señor Cardenal, el buen amigo Federico Cumming quedó con la responsabilidad de llevarlo a su casa.

Parte don Raúl y enseguida aparecen las odaliscas llenando el ambiente con su baile candencioso y contagioso. Todos estaban contentos y entusiasmados ante la belleza del baile y la música.

Fue una noche inolvidable, llena de contenido humano y amistad junto a nuestras familias y nuestros amigos más cercanos. Günther Spaett había viajado desde Montevideo, donde se encontraba a cargo de la Fundación Konrad Adenauer en Uruguay, para estar junto a nosotros.

El martes siguiente me correspondía almorzar con el señor Cardenal. Llegué a la hora habitual con los invitados de ese día. Al verme don Raúl y aún antes de saludarme me dice en forma pícaro:

- Me han contado que me perdí lo mejor de tu fiesta.-

Termino de escribir estos recuerdos en Santiago, en el mes de noviembre de 1995, en Eliodoro Yañez con Rafael Cañas. Tengo delante de mí un hermoso crucifijo de pedestal en fierro forjado, regalo de mi compadre y diácono Enrique Palet. Hace 10 años el señor cardenal llegó hasta mi oficina para bendecir nuestro edificio. Subió al tercer piso y tomando

la cruz la bendijo. Posteriormente, con ella en sus manos, me mira a los ojos y me dice:

- Todo lo que hagas, hazlo mirándolo a él. Vas a sentir su apoyo incondicional, su ayuda y su amor.-

¡ Cuánta razón tuvo el señor Cardenal al decirme estas hermosas palabras!. He sentido a Jesús en mi vida y por sobre todo, he comprobado su inmenso amor.



XXI
EL “VISERA SILVA”



En el año 1983 tuve que viajar a Nueva York. Lo hice acompañado de Silvia y mi hija Carolina. Una vez allí, salimos a misa en un día domingo a la Catedral de San Patricio y después paseamos por la Quinta Avenida. Al salir llovía, razón por la cual nos cobijamos en una librería que a esas horas estaba abierta. Recorriendo las estanterías me encontré con un hermoso libro sobre Juan Pablo II en donde se relataba su vida, acompañado de bellísimas fotografías. Realmente un libro de gran calidad, empastado, de tamaño majestuoso. Al verlo se me ocurrió de inmediato la idea de hacer un libro de características similares en homenaje a don Raúl.

Compré el libro y lo traje a Santiago. Poco tiempo después, al encontrar el momento propicio, se lo muestro a don Raúl y le pido que me dé su autorización para hacer un libro sobre su vida de similares características. El no quería aceptar. Su modestia infinita le hacía pensar que no era conveniente hacer un libro costoso y de tan magnífica presentación. Utilicé toda mi capacidad persuasiva para argumentar en favor de la idea. Finalmente aceptó, pero poniendo como condición que sólo se hiciera en la medida que ninguna institución de beneficencia o de Iglesia aportara recursos para su financiamiento. Le señalé que se haría con la propia venta del libro y que yo aportaría los recursos necesarios para llevarlo a cabo, los que recuperaría posteriormente con su venta.

De esta forma se dio inicio a la búsqueda de los mejores profesionales chilenos para su confección. En forma muy generosa y desinteresada Guillermo Blanco y Mónica Blanco se encargaron de la redacción del texto. La producción y diagramación estuvo a cargo de Vicente Larrea; el diseño gráfico fue de responsabilidad de Luis Albornoz y Antonio Larrea, los que pudieron obtener la colaboración de fotógrafos tan prestigiados como Pedro Sánchez, Martín Hombauer, Luis Navarro, Marcelo Montecino, Claudia Donoso, Marco Ugarte, Vicente Vergara, María Eugenia Lorenzini y los fotógrafos de la Santa Sede Felice Chieri y Nosengo.

En homenaje a estos profesionales redacté la siguiente presentación en una de las solapas de la portada del libro:

“Un libro de estas características lo hacen muchos hombres. Detrás de estas páginas están el esfuerzo, el tesón, la imaginación y la capacidad profesional de muchos chilenos que quisieron sumarse a la hermosa tarea de participar en este homenaje al amado pastor de Iglesia Católica, S. E. Raúl Cardenal Silva Henríquez.

Este esfuerzo, sin embargo, constituye un privilegio. ¿Cómo no ser un privilegio el contribuir a dar a conocer un poco más la labor de un hombre que con tanta sencillez y humildad nos entregó su vida?

Estamos ciertos que al recorrer estas páginas veremos que el grano de trigo ya ha sido fecundado, que muchas lágrimas ya han sido enjugadas y que muchas necesidades y ansias de justicia ya han sido satisfechas.

En la lucha denodada por el amor, su ejemplo servirá a tantos hermanos para seguir la senda por él trazada y poder conseguir que cada día las lágrimas, las preocupaciones, los dolores de los pobres de nuestra tierra y el respeto a sus

derechos sean reconocidos por todos tal cual él los reconoció”.

Resultó una obra magnífica, la que fue presentada en la Vicaría de la Solidaridad en marzo de 1984. José Manuel Salcedo estuvo a cargo de la locución y la redacción del libreto. Se quiso hacer una relación de la vida del señor Cardenal y así traer al acto a personas gravitantes para que dieran testimonio de sus vivencias junto a don Raúl.

Así, llegaron sacerdotes, amigos, compañeros de colegio, los niños de la Aldea SOS de Punta de Tralca, uno de sus caseros del Mercado Central donde él personalmente hacía compras para la mesa cardenalicia, beneficiarios de la reforma agraria impulsada por él, de los derechos humanos y muchos otros que fueron desfilando y contando paso a paso sus vivencias junto a don Raúl. Fue un acto extremadamente emotivo. Alegre en momentos, tristísimo en otros. El señor Cardenal derramó lágrimas de alegría, de nostalgia, de tristeza, de emociones múltiples.

El no sabía lo que le esperaba en este acto. Lo mantuvimos en el más absoluto silencio. Por ello es que cuando fue viendo el desfilar de testimonios auténticos, su emoción fue muy grande. El Ictus filmó y grabó todo el acto.

Con José Manuel Salcedo nos preocupamos de todos los detalles. Ubicar a las personas y traerlas a Santiago y juntos explicarles el sentido del acto. Trajimos al Padre Alberto Muñoz, salesiano que se recibió y estudió junto con él en el noviciado y después en Turín, ordenándose juntos como sacerdotes el 3 de julio de 1938. Aún cuando no fue al acto, también estuvo de corazón el padre Carlos Weiss, quien también se ordenó junto a los dos anteriores, siendo los tres salesianos chilenos que estudiaron juntos y se ordenaron en Italia.

Curiosamente hoy día a fines de 1995 los tres viven juntos en la casa de reposo que los salesianos recién construyeron e inauguraron en Macul, a pasos del noviciado donde ellos, cuando jóvenes, estudiaron para ser ejemplares sacerdotes.

Hoy día cuando voy todos los domingos a visitar al señor Cardenal, gozamos con Silvia de la compañía de ellos tres y de muchos otros ancianos sacerdotes salesianos que han entregado su vida a Jesús, a la juventud, a Chile y a los necesitados. ¡Dios los bendiga!

Intentamos lograr que el Presidente de la Corte Suprema de esa época, don Rafael Retamal, asistiera al acto y diera su testimonio del niño Raúl, del cual había sido compañero de curso y de banco en el Liceo Manuel Blanco Encalada de Talca. Se excusó argumentando que ya tenía muchos problemas con los militares y que si aparecía en la Vicaría de la Solidaridad homenajeando al Cardenal, la imagen que generaría sería muy complicada para él y para la Corte. Pero nos dijo que de corazón él estaría presente y que además nos enviaría su testimonio por escrito para que se leyera en el acto. Así se hizo. ¡Qué hermosas palabras tributó don Rafael a su amigo don Raúl recordándose de la niñez vivida junto al Maule!

Posteriormente, días más tarde, comentando con don Raúl el emocionante acto me dice:

- Qué gran persona y amigo es Rafael. Siempre nos hemos comprendido, querido y respetado mutuamente.- Y, haciendo memoria del tiempo de la niñez me pregunta:

- ¿Sabes cómo le decíamos a Rafael cuando era niño?. Y se responde a sí mismo: “la Chancha Retamal”.-

Con curiosidad le pregunto la causa de un sobrenombre tan especial. Entonces él cuenta:

- Rafael tenía un hermano mayor que era muy bueno para “hacer la cimarra”. En aquel tiempo se decía “hacer la chancha”. Entonces cuando llegó Rafael, heredó el sobrenombre que se le daba a su hermano y a pesar de que él siempre fue muy responsable en los estudios tuvo que soportar el mismo sobrenombre que se había ganado su hermano mayor. Mire usted el nombre que le pusimos, qué malvados somos los niños.-

Entonces yo le repliqué diciéndole:

- Bueño, pero con seguridad a usted también le habrán puesto algún sobrenombre.-

Por supuesto -me responde- me decían el “Visera Silva”.

Evidentemente que no resistí la tentación de preguntarle la razón de este sobrenombre y él se explaya explicándome:

- Siempre he tenido estas cejas tan abundantes que sobresalen claramente en mi rostro formando una verdadera visera natural. Por ello es que me pusieron ese sobrenombre que me acompañó no tan sólo en el colegio sino que también en la Universidad y el Noviciado Salesiano.-

Seguimos comentando el acto de entrega del libro, recordándonos de los principales momentos tan emotivos vividos en esa ocasión. Uno de los instantes de carcajada general ocurrió cuando José Manuel Salcedo, leyendo en su libreto la costumbre de don Raúl de ir al Mercado Central para hacer sus propias compras, relata que el pescado lo adquiere en el local llamado “Los Pochos” y que cuando se está acercando al puesto de pescados y mariscos el Cardenal con

voz potente dice: “Hola Pochito, qué me tienes de buena calidad”. Entonces, junto con decir estas palabras en su relato, en el salón de la Vicaría, aparece de verdad don Pocho con una gran corvina de 91/2 kilos en sus manos y, acercándose al señor Cardenal, quien se encontraba rodeado por el Nuncio y por el Cardenal Fresno, le dice con voz fuerte: “¡Corvina, señor Cardenal!”

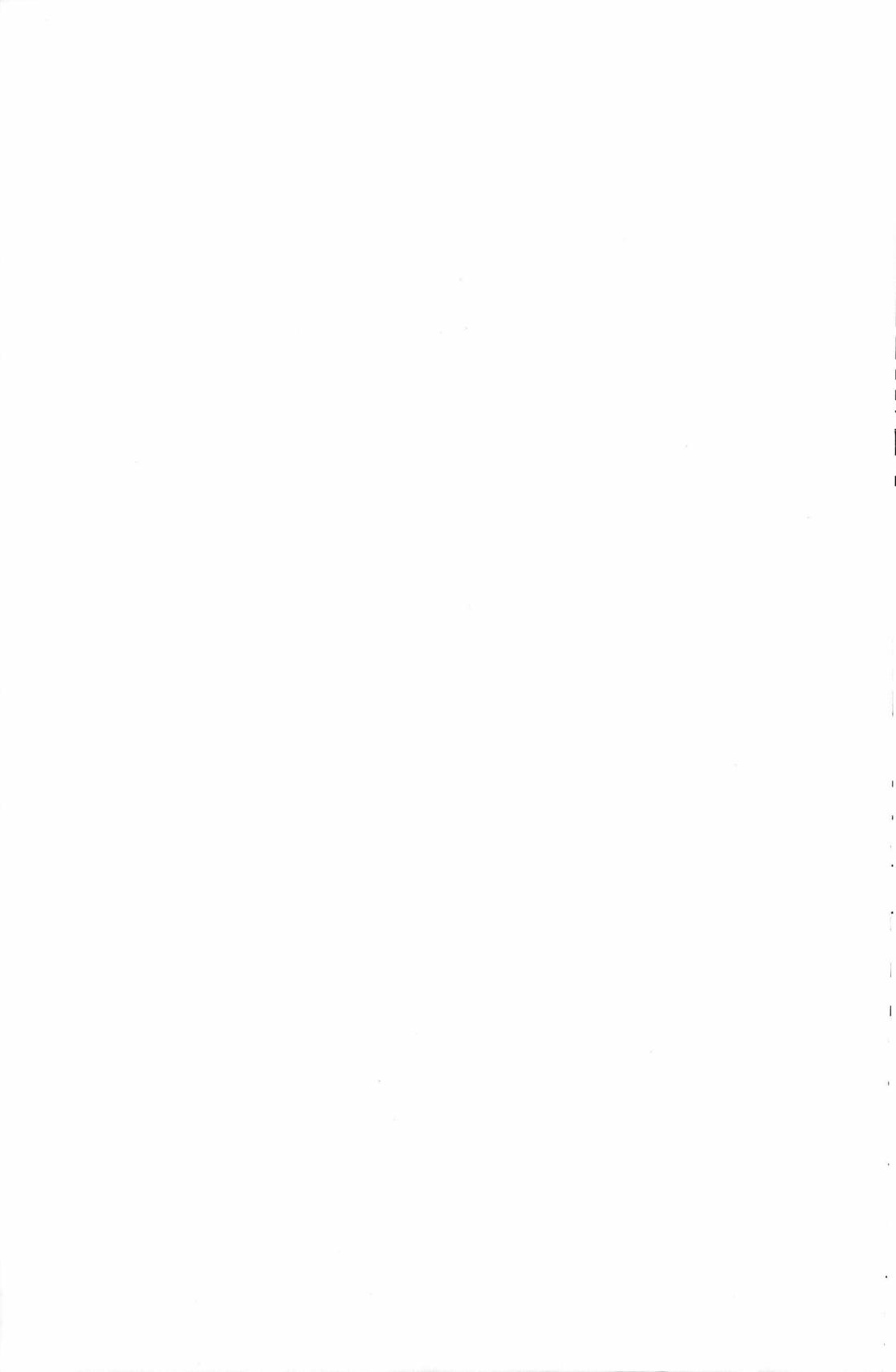
La corvina sirvió posteriormente para el almuerzo de los funcionarios de la Vicaría del día siguiente.

La hermosa corvina había sido un regalo del Terminal Pesquero de Santiago. Su gerente, mi amigo Domingo Ulloa, se había preocupado de conseguir la corvina más grande que ese día había llegado al Terminal.

Termino de escribir ésta anécdota el sábado 9 de diciembre de 1995 en mi casa de descanso de Las Cruces, en el comedor, donde tantas veces compartimos con don Raúl.

El domingo 23 de mayo de 1993 fue la última vez que él estuvo junto a nosotros en este lugar, puesto que a partir de su enfermedad nunca más ha vuelto a la costa, ni a Punta de Tralca, ni a nuestra casa. Con Silvia hemos añorado muchísimo los felices días en que compartimos tantas horas de alegría junto a él aquí en Las Cruces.

XXII
PUNTA DE TRALCA



De retorno en Santiago sigo ahora escribiendo estos recuerdos, los que necesariamente tendrán que compartir el tiempo con mis múltiples actividades diarias. En la tarde del día que llegué, llamé por teléfono a la casa del señor Cardenal. Me atendió la señora Clementina, quien me hizo un breve resumen de los acontecimientos ocurridos durante mi ausencia con respecto a la salud de don Raúl. Me dijo que tenía días buenos y días malos. Su problema principal reside en la memoria de la cual no ha podido recuperarse desde su neumonitis. Algunos días mejores que otros, pero sin lugar a dudas deteriorándose y apagándose en una dinámica sin retorno. Me he acordado mucho de las palabras del Dr. Fierro cuando nos paseábamos en la Clínica Indisa después del grave accidente de don Raúl. La sabiduría del buen médico: una vez más, los hechos le estaban dando la razón.

Si hay un lugar del territorio nacional que se pueda identificar con don Raúl, ése es Punta de Tralca. Ni su Talca natal, ni la casa de descanso del Arzobispado de Santiago en Melocotón, ni el departamento especial que disponía en Lo Cañas en el complejo salesiano, tienen para el señor Cardenal el significado de Punta de Tralca. Lugar de meditación, de descanso, de lectura, de contemplación, de amistad, de encuentro con los niños de la Aldea S.O.S., de redacción de buena parte de sus homilías, en fin, un lugar de hondo significado en la vida del señor Cardenal.

Punta de Tralca era el lugar de veraneo del Seminario Pontificio Mayor. Nace con ese objetivo a principios de siglo, en un lugar del litoral central de Chile, ubicado entre San Antonio y Algarrobo a unos 120 kilómetros de Santiago. Cuando recién se construyó, su acceso era extremadamente difícil. Prácticamente no existían caminos que permitiesen un rápido desplazamiento entre Santiago y esa localidad. Al terminarse de construir el ferrocarril entre Santiago y Cartagena, los seminaristas podían llegar por esa vía hasta ese punto terminal. Pero de allí hasta Punta de Tralca faltaban aún 20 kilómetros.

El señor Cardenal me ha contado que en aquel tiempo había un ferrocarril tirado a caballos que hacía el trayecto de Cartagena a Las Cruces, por la orilla de la playa, el cual era usado por los seminaristas en algunas oportunidades. Después de ello tenía que recorrer principalmente a caballo los 12 kilómetros que aún faltaban para llegar a su destino. El visitante de Punta de Tralca puede encontrar hasta el día de hoy la vara donde se amarraban los caballos en aquella época.

En cierta oportunidad, conversando con don Raúl, le dije que en Las Cruces había ocurrido un fenómeno muy extraordinario, puesto que había aparecido en la playa Grande que llega hasta Cartagena una gran cantidad de machas, las que habían estado desaparecidas por mucho tiempo. Le relaté que había invitado a Juan Villarzú y su familia a pasar el fin de semana de las Fiestas de la Patria de 1984 a mi casa de descanso en Las Cruces y que habíamos podido recoger, a orillas de la playa misma, centenares de machas sin ninguna dificultad. Le expresé que los mariscadores del sector habían ido donde el párroco de Las Cruces de aquel entonces, el Padre Jaime Manríquez, y le habían explicado el fenómeno de la desaparición de ellas a principios de siglo.

El Padre Manríquez decide entonces organizar una procesión con los mariscadores hasta la playa misma, en donde harían una oración a San Pedro y a la Virgen María y también bendecirían las aguas para que así volviesen las machas por tanto tiempo desaparecidas.

Pocos meses después de esta plegaria, la playa se había colmado de machas. Incluso en una oportunidad, en el verano siguiente uno de mis hijos, José Manuel, acompañado de un amigo, lograron extraer en poco más de una hora, dos sacos con más de 80 kilos de machas.

El señor Cardenal, después de escuchar atentamente mi relato, me dice con absoluta tranquilidad:

- ¿Y tú sabes por qué las machas habían desaparecido?-

Le respondo negativamente.

Entonces él me dice:

- Te contaré lo que pasó y las razones por las que las machas desaparecieron. Mira, -me dice-, cuando los seminaristas tenían que viajar desde Cartagena a Las Cruces por el ferrocarril de la playa, siempre se encontraban con un grupo de macheras, mujeres jóvenes que se encontraban extrayéndolas a orillas de la playa. Apenas veían al grupo de seminaristas también jóvenes, procedían a levantarse las polleras y les mostraban provocadoramente las piernas. En vista de que esta situación se repetía cada vez que pasaban los muchachos por la playa, entonces el Padre Inspector que estaba a cargo de ellos decidió un día hacer oración y acercándose a las aguas pidió al cielo ayuda divina para resolver el problema. Al poco tiempo no se pudo encontrar ninguna macha, desapareciendo conjuntamente con ellas las macheras provocadoras.-

Posteriormente se mejoraron los caminos, pudiéndose llegar por vehículo en forma directa hasta Punta de Tralca. El lugar era muy privado. Sólo podían acceder a él los seminaristas y personas especialmente autorizadas. Con el paso del tiempo y en especial por los cambios que se presentaron en la Iglesia Católica después del Concilio Vaticano II, la casa ha ido evolucionando paulatinamente hasta convertirse en lo que es hoy, una gran casa de acogida a jornadas de todo tipo que se desarrollan en especial los fines de semana. Los jóvenes, los trabajadores, los educadores, los partidos políticos, los ancianos, los carismáticos, los retiros de congregaciones religiosas, los encuentros de las pastorales, las reuniones de conferencias episcopales, de los sindicatos, de los estudiantes, de las parroquias de muchas ciudades del país, en fin, de todo un pueblo que busca con mayor o menor grado de motivación religiosa el organizarse y el servir al otro, el servir al prójimo.

La jurisdicción territorial de la casa de ejercicio correspondía al Arzobispado de Valparaíso. Antes del cambio de los límites provinciales que las incorporaron a las distintas 13 regiones en que se encuentra actualmente dividido el país, la Iglesia tenía una estructura organizativa geográfica muy parecida a la división política de Chile. Hoy día la situación es distinta, por lo que existe una división geográfica de la Iglesia y otra del Estado. Punta de Tralca se encontraba prácticamente en el límite de las antiguas provincias de Santiago y de Valparaíso. Justamente, tres kilómetros al sur, en Isla Negra, donde se encuentra actualmente la sepultura y una de las casas de Pablo Neruda, existe el puente Córdova para cruzar el estero del mismo nombre. Allí estaba el antiguo límite provincial.

Sin embargo, aún cuando la casa pertenecía al Arzobispado de Valparaíso, por ser pertenencia del Seminario Pontificio Mayor, era administrado por el Arzobispado de Santiago. Cuando don Raúl fue designado Obispo de Valparaíso el

29 de noviembre de 1959, los administradores de bienes le plantearon este hecho y le señalaron que él debía hablar con el Arzobispado de Santiago y así lograr que la Casa de Ejercicios Espirituales de Punta de Tralca, como empezó a llamarse, fuese administrada por el Obispo del lugar. Don Raúl lo hizo y solicitó que le fuese traspasada. No le fue bien y se mantuvo su administración en el Arzobispado de Santiago. Dos años más tarde, en mayo de 1961, lo nombraron Arzobispo de Santiago; entonces, los mismos administradores de bienes de Valparaíso fueron a verlo a Santiago para señalarle que ahora sí que se podía traspasar la Casa. Entonces el señor Cardenal les respondió:

- Esa solicitud tiene que hacerla formalmente el Obispo de Valparaíso. Ahora yo soy Arzobispo de Santiago.-

La casa se ha mantenido hasta el día de hoy bajo la jurisdicción eclesiástica del Arzobispado de Santiago.

El año 1968 se originó un gran incendio en el lugar. Se encontraban reunidos un grupo de sacerdotes y seminaristas cuando la electricidad comenzó a fallar. Se produjo un sobreconsumo de electricidad que hacía explotar en forma continua los precarios "tapones" con que se denominaba en aquel tiempo a los modernos automáticos.

En vista de esta situación, un seminarista decidió aumentar la resistencia de los tapones reforzándolos con gruesos alambres de cobre. El invento fue muy efectivo, ya que no hubo mayores explosiones. Pero, cerca de la medianoche, se produjo un incendio que arrasó con buena parte de la construcción.

Ese momento fue muy decisivo para la Casa de Ejercicios, puesto que el señor Cardenal quiso que el lugar se

reconstruyera y por lo tanto se preocupó de obtener los recursos necesarios que hicieron posible que ello ocurriera.

Se remodeló la vieja casona con una visión distinta. Ya no era necesario un sitio de descanso y veraneo para los seminaristas de Santiago. La Iglesia había cambiado y sus requerimientos, ahora de mayor contacto con la base popular, estaban más bien centrados en la de jornadas de estudio, de reflexión y de trabajo con plena participación del pueblo cristiano.

Para ello el señor Cardenal contó, a partir de 1971, con el apoyo de las monjas del Sagrado Corazón de Jesús comandadas por la Madre Magdalena Sofía Astorquiza para que se preocuparan de la administración del lugar. Parece ser que el Espíritu Santo está muy cercano al señor Cardenal puesto que no pudo haber tomado una decisión mejor. ¡Qué capacidad de administración la de la madre Astorquiza!. Eficiente, segura de sí misma, con gran capacidad de gestión, amable, dúctil y flexible en lo que corresponde, firme y autoritaria en lo que no. Ciertamente una mujer bondadosa y excepcional cuya tarea ha hecho posible lo que hoy día es y representa Punta de Tralca.

Secundada por las madres de su congregación, Mercedes Garrido, Roxana Garrido, Margarita Ulloa, Rosa Muñoz, Herminda Espinoza, Agustina Zambrano y Clotilde Echeverría, se ha podido desarrollar una tarea formidable que permite albergar a más de 1.200 personas simultáneamente. Anualmente pasan por la Casa de Punta de Tralca unas 35.000 personas.

El señor Cardenal hizo construir después del incendio, la "Casa del Obispo", un recinto que le permitía disponer de un living-comedor-escritorio bastante amplio, pero con una superficie común. Aún se aprecia en los muros de piedra de su

casa, la huella del incendio destructor que él mismo se preocupa de mostrar a sus convidados.

¡Cuántas jornadas vividas en la tranquilidad de Punta de Tralca!.

Al escribir estos recuerdos me lleno de emoción por ese tiempo hermoso, lleno de vida y de cariño que me tocó vivir junto al señor Cardenal en ese lugar. Doy gracias a Dios por haber decidido construir mi casa de descanso en Las Cruces. Eso nos permitió acercarnos mucho más, ser más amigos y programar juntos las actividades de los fines de semana. Sólo nos separaban 12 kilómetros de distancia, lo que hizo posible múltiples viajes míos de Las Cruces a Punta de Tralca y a su vez, múltiples viajes del señor Cardenal a Las Cruces. Incluso, tuvimos el honor de recibir a don Raúl a alojar en nuestra casa. Hasta el día de hoy, Verónica, nuestra hija, dice que la cama de su dormitorio de Las Cruces, está bendita, ya que en ella durmió el señor Cardenal por tres noches.

En toda época del año, Punta de Tralca está impregnada del sello y figura de don Raúl. Siempre preocupado hasta el último detalle de lo que la Madre Magdalena Sofía hacía en la casa. Conversaban los planes de expansión y buscaban mil formas de ir resolviendo los problemas que surgían. Recuerdo que existían grandes dificultades con el suministro de agua. Sin embargo, ello fue posible de resolver gracias a la gestión de un ingeniero notable, gran amigo del señor Cardenal y hombre muy cristiano; me refiero a Eugenio Celedón Silva quien también había sido Regidor de El Tabo. Eugenio no sólo es un gran católico, sino que además admira y quiere muchísimo a don Raúl. El cariño es mutuo puesto que siempre el señor Cardenal relata con profundo agradecimiento la ayuda siempre disponible de Eugenio para sus proyectos. Es usual oírle contar acerca de las peripecias vividas para obtener agua

para la casa de descanso de los Arzobispos de Santiago en Melocotón.

El fin de semana del 8 al 9 de setiembre de 1973 el señor Cardenal había viajado a Punta de Tralca. En esa fecha, Pablo Neruda se encontraba gravemente enfermo en Isla Negra. Don Raúl cuenta que en esos días decidió ir a visitarlo, cumpliendo de esta forma con el deber cristiano de confortar al que sufre. Sin tener un contacto mayor con él, el señor Cardenal sentía un gran respeto y cariño por Pablo Neruda. En una oportunidad anterior el propio Neruda había enviado su automóvil con su chofer a buscar a don Raúl para conversar con él en Isla Negra en su lecho de enfermo.

Poco tiempo antes de esas visitas, habían estado juntos en París cuando Pablo Neruda era embajador de Chile en Francia, cargo al que precisamente renunciara en consideración a su precario estado de salud. Cuenta don Raúl que en esa visita lo invitó a cenar en la hermosa mansión en que habitan los embajadores chilenos en París y que pertenece al pueblo de Chile. Fue una conversación cordial, amena y sumamente entretenida como lo relata don Raúl. Al final de la cena, Pablo Neruda le ofreció al señor Cardenal como bajativo un whisky marca Buchanan's de 12 años de envejecimiento. Siempre el señor Cardenal recordaría este hecho y posteriormente cada vez que por alguna razón le llegaba de regalo un whisky de esa marca decía:

- Este es un muy buen whisky. ¿Sabe usted quién me enseñó a conocer su calidad?. Fue Pablo Neruda, cuando me invitó a cenar en la embajada en París en 1971.-

La visita de ese fin de semana sería la última vez que vería a Pablo Neruda. Días después, el golpe y muy pocos más, el 27 de setiembre ocurre el triste y oscuro fallecimiento de un hombre excepcional al cual su patria no le pudo rendir

en ese momento, el homenaje de gratitud que se merecía con creces.

Patricio Aylwin, siendo Presidente, fue durante dos años consecutivos a la misa pascual que celebraba don Raúl en Semana Santa. La capilla de Punta de Tralca se llenaba con cerca de unas 2.000 personas, principalmente jóvenes y profesionales que asistían a los retiros programados. ¡Qué jornadas de profunda devoción se vivieron en Punta de Tralca!.

Al concluir la ceremonia, don Raúl invitaba a un pequeño grupo de personas, partiendo por el Presidente Aylwin, a abrir una botella de champán y saborear ricas tortas de mazapán y otros manjares que le enviaban de regalo, para así celebrar el triunfo de la vida sobre la muerte, la resurrección de Jesús.

Pero lo más importante de Punta de Tralca para don Raúl ha sido desde su fundación en 1980, los niños de la Aldea S.O.S. que él mismo construyera. En ese hermoso libro titulado "Aventura de una Fe" que se hiciera en honor al señor Cardenal, y al que se hace mención en éstas páginas, Guillermo y Mónica Blanco describen de la siguiente forma su relación con los niños: "Allí no es príncipe de la Iglesia ni nada, sino el tío de los chiquillos. Les dice misa, les predica en su lenguaje. Y, curiosamente, este hombre que tanto ha sido capaz de soportar, que tanta tenacidad demuestra en tantos campos allí, en la paz sin resquicios de aquellos encuentros, parece volver a la infancia".

Secundaba a don Raúl en sus preocupaciones por la Aldea, el Directorio de ella, que es presidido hasta el día por don Rodolfo Valdés; quien junto a su admirable esposa María Echeñique, han sido leales y permanentes amigos del señor

Cardenal. ¡Qué capacidad de entrega y servicio al prójimo de don Rodolfo y Marita!

La aldea dispone de un “papi”, como lo llaman los 100 niños de la Aldea, y su esposa. Viven en casas aisladas donde hay aproximadamente 10 niños en cada una de ellas, las cuales son atendidas por dos tías; una hace de cabeza de familia y la segunda, de menos experiencia, es su ayudante. Estas tías desarrollan las tareas de cocinar, lavar la ropa, se preocupan de los quehaceres escolares, son las apoderadas de los niños en las escuelas del sector, los acompañan al médico, al dentista o al psicólogo. En fin, desarrollan las mismas actividades que cualquier madre efectúa por sus hijos tanto de día como de noche.

Todos los niños que llegan a la Aldea tienen una situación familiar irregular. Algunos son abandonados por sus padres, de los cuales nunca han sabido nada. Otros llegan por la imposibilidad de tener un hogar afectivo. Múltiples son las causas por las que los jueces de menores envían a los niños a esta Aldea que los recibe de la única forma en que se puede acoger a un niño: dándole amor. Y, el Señor Cardenal les entrega en abundancia un amor paternal a toda prueba. Es por ello que para don Raúl ir todos los fines de semana a Punta de Tralca tenía un estímulo especial, ya que podía estar con los niños, darles consejos, confesarlos y entretenerse con ellos.

Antes de salir de Santiago, don Osvaldo sabía que tenía que pasar por el barrio de Estación Central y comprar golosinas para los niños. Curiosamente el local de dulces lleva por nombre “Don Raúl”.

Apenas llegado a Punta de Tralca y después de instalarse en la “Casa del Obispo”, partía con una bolsa llena de confites para entregárselos a los niños. ¡Qué algarabía se producía!. Todos rodeando al Señor Cardenal para recibir las golosinas

de su bolsa. Entonces don Raúl, apuntando con su bastón les decía en voz alta: “a formarse en una fila”. Todos los niños pujaban para quedar ubicados en los primeros lugares produciéndose una verdadera batalla campal.

Una vez que todos estaban ordenados, el señor Cardenal comenzaba a distribuir con equidad las ricas golosinas para sus 100 queridos niños. Pero no faltaba el tramposo que se ponía dos veces en la fila a fin de obtener doble ración. Esta situación era rápidamente advertida por el señor Cardenal quien procedía a pegarle un cariñoso bastonazo en el trasero al infractor.

Todo este ceremonial era observado por “los papis” y las tías, quienes también recibían dulces premios. Después de esto el señor Cardenal se ponía de acuerdo con los papis para establecer la hora de confesión de los niños del día sábado. También aprovechaba la ocasión para invitar al papi Ramón Cerda y a su esposa Alicia Acuña a compartir con él algún almuerzo o cena del fin de semana. De esta forma se podía enterar en detalle de la situación de los niños, a muchos de los cuales conocía por sus nombres y también sus vidas, sus penas y sus alegrías.

Si algún fin de semana no podía ir a Punta de Tralca, su corazón sufría y se preocupaba desde Santiago.

Ramón y Alicia han sido compañeros queridísimos de don Raúl. Ellos lo aman y respetan al máximo, estando siempre pendientes para resolver cualquier situación que se presentara durante los fines de semana. El señor Cardenal sabía que podía disponer de ellos en forma incondicional, por lo que este apoyo constituía para él una seguridad que siempre les agradecía con sencillez y humildad.

Ramón y Alicia, a pesar de llevar 18 años de matrimonio, no habían podido tener hijos razón, por la cual habían adoptado a Marcelo, un niño que requería de un hogar y mucho amor. Ellos sabían darlo y así lo hacen con este hijo adoptivo y con los 100 niños de la Aldea. El señor Cardenal, siempre preocupado por ellos, decidió hacer oración para que pudiesen tener hijos a pesar de que los médicos ya habían cerrado esa posibilidad. ¡Qué sorpresa fue para todos el saber que las oraciones de don Raúl fueron escuchadas!. Hoy día Ramón y Alicia tienen un hermoso varón de dos años que lleva por nombre Simón. Gran regalo de Dios para este matrimonio ejemplar y abnegado que tuvo como intermedio en el cielo al señor Cardenal.

A los tres años de inaugurada la Aldea, vino a Chile Pinetta Ferraris, hermana del Padre Gustavo. Su nombre verdadero es de Giuseppina, pero todo el mundo la conoce por Pinetta. Mujer sencilla, dúctil, inteligente, humilde y afable, siempre dispuesta a amoldarse a cualquier circunstancia y ser útil donde el Señor la ponga. Nos hemos hecho muy amigos de ella y la queremos entrañablemente, no sólo Silvia y yo, sino que toda la familia Sapag.

Uno de los motivos para venir a Chile fue el de colaborar con la Aldea y con los niños que recién llegaban a poblar esta gran obra del señor Cardenal. Incluso Pinetta vivió durante un tiempo en una cabaña de Punta de Tralca a fin de atender a los niños desde su llegada, preocupándose de los mil detalles que esta situación generaba. Los niños la llamaban inocentemente “tía peineta”, provocando las risas del señor Cardenal. Desde Italia trajo una placa muy hermosa que colocó en el frontis de la puerta de entrada de su cabaña que lleva escrito en italiano la palabra “Portallegra” que significa “Puerta de alegría”.

Después de cumplida su misión en la Aldea, Pinetta se trasladó a Santiago, dejando la placa en la puerta de su antigua

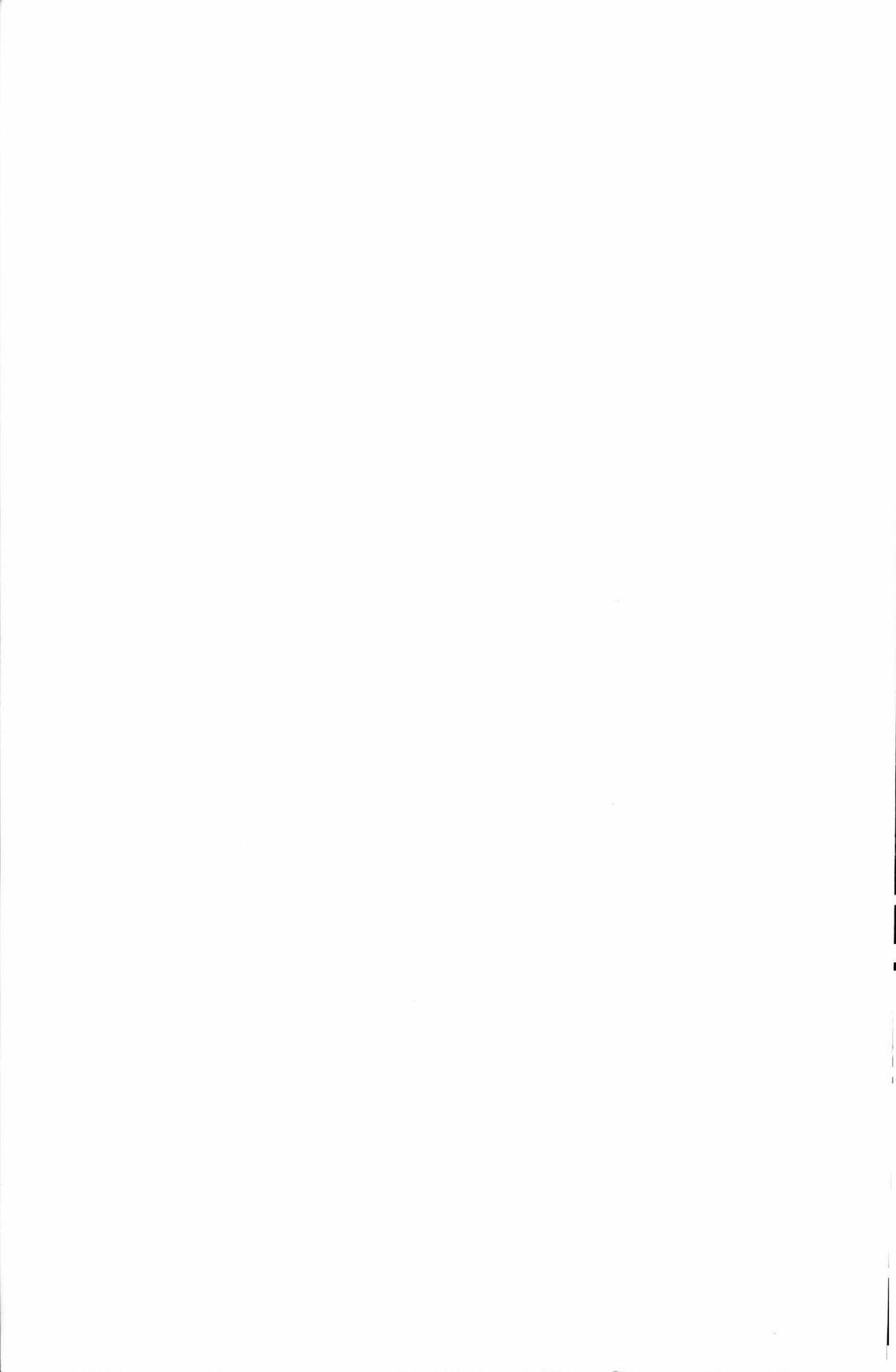
casa. Un día de Semana Santa de 1993, asistiendo juntos a una de las prédicas del Padre Gustavo, en el retiro de los profesionales, nos llevó a mostrarnos el lugar donde ella vivía. Al ver la hermosa placa y conocer su historia le pido que me la regale para ponerla en el frontis de la puerta de acceso de mi casa en Las Cruces. Así lo hizo y hoy día, en un lugar preferente se encuentra la “Portallegra” que quiere representar el sentido de nuestra casa de descanso. Gracias, Pinetta.

Muchos fines de semana Pinetta ha acompañado al señor Cardenal a Punta de Tralca. Ha sido una compañera muy querida para don Raúl, quien se siente muy a gusto con ella.

Todos los días domingo el señor Cardenal presidía la Santa Misa de Punta de Tralca a las 12:00 horas. Los niños de la Aldea, que se habían confesado el día anterior, son los invitados principales. Ellos tienen un coro, dirigido por Ramón y Alicia, el que amenizaba maravillosamente la misa. Les predicaba en lenguaje infantil, se ponía en su lugar y les llevaba el mensaje de Jesús en forma entretenida y amena. A la hora de dar el saludo de la paz, los cien niños se abalanzaban al altar para saludar al “tío Cardenal”. El, con paciencia infinita tenía un abrazo, un beso o una caricia de paz para sus niños tan queridos.

Así transcurrían los fines de semana del señor Cardenal, en la quietud y paz de esos parajes hermosos. Allí fundía su vida con la de los niños, como queriendo decirnos, al igual que Jesús: “dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos”.

Termino de escribir estos recuerdos en Santiago en marzo de 1996, después de casi tres años de demora en su elaboración, por culpa de mis múltiples actividades.



AGRADECIMIENTOS

En todo libro se contrae una deuda de gratitud con aquellos que con paciencia y gran dosis de resignación aceptan a escuchar los escritos, a dar sugerencias e incluso a revisar el trabajo realizado. A muchos les pedí ayuda con el objeto de puntualizar algunos hechos o para que, habiendo sido protagonistas, me los confirmaran. Es por ello que siento el deber de nombrar a aquellos amigos que con tan buena voluntad me ayudaron a desarrollar este anecdotario: a los Padres Antonio Hidalgo y Gustavo Ferraris en forma muy especial ya que revisaron el escrito en todas sus partes. Al Padre Enrique Salman y a los sacerdotes Carlos Weiss, Fernando Cifuentes, Alberto Muñoz, Juan Noero, Felipe Lazaro, quienes son los actuales compañeros de ruta del señor Cardenal en la casa de reposo Salesiana, quienes aceptaron escuchar la lectura de algunos de los capítulos, entregando siempre una opinión valiosa que ayudó muchísimo a confirmar o a incorporar nuevos antecedentes al relato.

A Enrique Cury, actual Secretario General de la Universidad Católica, quien con esmero procuró el decreto de rectoría de mi "renuncia" a la Universidad. A Ventura Varela, Marcelo Kaplán, Jorge Awad, Duncan Livingstone, Pinetta Ferraris, Raimundo Valenzuela y Mariano Fernández por sus comentarios y proposiciones de mejoramiento del escrito. A la Madre Magdalena Sofía y a los "papis" de la Aldea S.O.S. por sus aportes y paciencia en la lectura del capítulo de Punta de Tralca.

A mi buen amigo el doctor Juan Fierro por sus comentarios en los capítulos de la patente diplomática y los ciento

once. También a Jorge Espinosa siempre dispuesto a leer y comentar mis escritos.

Una mención muy cariñosa a Ascanio Cavallo, amigo y gran conocedor de la vida de don Raúl, por sus valiosos aportes en la corrección de los originales. Otro tanto para Enrique Palet, quien con paciencia infinita y gran dedicación se preocupó hasta el último detalle en perfeccionar el texto.

También debo agradecer a todos aquellos que me han acompañado en la aventura de hacer posible este libro. Muy especialmente a mi hijo Claudio, quien tomó su tarea no tan solo con su innegable capacidad profesional, sino que también con amor de hijo y de oveja que admira y quiere muchísimo a su pastor don Raúl. A Lorena Ahumada, Antonio Chain, Víctor Zúñiga, Juan Carlos Montecino y Leoncio Plaza, fieles colaboradores en estas mis voladuras literarias.

Finalmente agradezco a Silvia, mi mujer, la paciencia infinita de aceptar que en Europa me encerrara a escribir parte de este libro. Pero principalmente el haberme estimulado a escribirlo, editarlo y escuchar una y otra vez los capítulos que le dan forma. A mi cuñada Sonia Puelma y a mi sobrina Marisol Aravena por su eficiente trabajo de corrección de los originales.

Sin embargo, los agradecimientos más sinceros son para don Raúl.

Su alegría inmensa al escuchar mi lectura de buena parte de este anecdotario, constituyeron sin lugar a dudas, el acicate más importante para la concreción de esta obra. Una vez más, mi amigo estuvo conmigo.